

Año VII

Tomo XIV

Núm. 70

Ateneoa

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

- Tomás Mann. *Ensayo sobre Andrés Gide.*
Mariano Picón Salas. *Realismo y cultura en Hispano-América.*
Humberto Parodi A. *La epistemología de Meyerson.*
Rodolfo Oroz. *Andrés Bello como filólogo.*
Eugenio O'Neill. *Luna de las Antillas.*
Mariano Latorre. *El sentido de la naturaleza en la poesía chilena. II.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Domingo Melfi. *El Centenario de Bolívar.*
José Vasconcelos. *Las dos hermanas de Tunja.*
Manuel Rojas. *Divagaciones alrededor de la poesía. VI.*
Manuel Ugarte. *Nuestras escritoras de hoy.*
Guillermo Gandarillas M. *Los orígenes de la novela inglesa.*
Adolphe de Falgairolle. *La literatura francesa de mañana.*
Alfa. *Crónica de espectáculos.*

LOS LIBROS—LAS REVISTAS—NOTAS Y
DOCUMENTOS — DISPARATORIO — EN-
CUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA
ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA
INDICE DEL TOMO XIV

1930
REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

**REVISTA DE
LAS ESPAÑAS**

Publicada por la Unión Ibero
Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras,
artes, historia, filosofía y
ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

**REPERTORIO
AMERICANO**

Semanario de cultura hispánica

DIRECTOR:

J. García Monge

Apartado, 533

SAN JOSE-COSTA RICA

Centro América

AMAUTA

Revista mensual de Doctrina,
Literatura, Arte y Polémica

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la
Torre

LIMA - PERU

**Casilla 2107. Washington,
Izq. 544 - 970**

INDICE

Organo del grupo "INDICE"

**Mensuario de cultura actual,
información, crítica y
bibliografía**

Dirección postal:

Clasificador 24-A SANTIAGO

E. V. 75

ATENEA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

ADMINISTRACIÓN

BANDERA 131 - OF. 22
CASILLA 3148 - TELÉF. 65547

Santiago, Diciembre de 1930

Don José Toribio Medina



Ha muerto don José Toribio Medina, cuando el laurel de la gloria había depositado su última hoja sobre esa cabeza extraordinaria que nevaron los estudios.



Supóngase . . .

que

Ud.

tuviera

un

caballo!!



SUPONGASE que Ud. fuera dueño de un caballo de carrera que este año hubiera derrotado a todos los competidores, clasificándose como el caballo más rápido del mundo.

Supóngase que hubiera ganado al caballo que le seguía más de cerca no por una cabeza o un cuerpo, sino por un cuarto de milla en carrera de una milla.

¿No sería su caballo un GRAN CABALLO?

Y supóngase que hiciera esto mismo al año siguiente, al subsiguiente y al que siga de ese. Verdaderamente, sería un gran caballo.

Valdría muchas veces más que caballo alguno en el mundo porque el valor de un caballo de carrera depende enteramente de su velocidad.

Y hay una MÁQUINA DE ESCRIBIR, la «UNDERWOOD» que es más rápida que todas las otras. Como el caballo prueba su valer en la carrera.

Ha vencido en TODOS los Campeonatos Mundiales de velocidad y certeza, no durante un año ni dos, sino por 24 años consecutivos.

Y en el Campeonato Mundial de 1929 la Underwood estableció un nuevo record mundial.

Un caballo que recorriera más velozmente que nunca, en su 24 años, sería verdaderamente un gran caballo.

Sin lugar a dudas, la Underwood es una gran máquina.



DAVIS & COMPAÑIA

Bandera 169
SANTIAGO

Prat 45
VALPARAISO

CANFO - VACUNA ANTIGRIPAL

Terapéutica específica y circulatoria de las afecciones
gripales

Vacuna alcanforada cuyos efectos específicos se suman
a su acción tónica sobre la circulación.

Inyección intramuscular.

Solución acuosa de fácil absorción.

INSTITUTO M. T. SANITAS

AGUSTINAS 1955 - - SANTIAGO

PROPAGANDA COMERCIAL EN TALCA

Discos pintados y colocados en los
postes del alumbrado de Talca.

Pida precios de contrato a sus agen-
tes exclusivos para todo Chile.

SOCIEDAD CHILENA DE PUBLICACIONES

(Sección Propaganda Comercial)

Bandera 131, of. 22 - Casilla 4138, Santiago

El astrónomo francés Lucien Rudaux se ha ocupado con profundo interés de los planetas que constituyen la vida de nuestro sistema. Mercurio, es, desde luego, una de las incógnitas, ya que siendo el que se halla más cerca del sol y el más pequeño de todo el sistema, es además difícil de observar puesto que se oculta y sale junto con el sol, como Venus. En términos vulgares es alternativamente Estrella matutina o vespertina.

Visto al telescopio, Mercurio se presenta con fases semejantes a las de Venus. Sus dimensiones aparentes son, sin embargo, mucho más reducidas. Mide solamente 4,720 kilómetros de diámetro, siendo un poco mayor que la Luna. Su volumen es veinte veces menor que la tierra.

Su situación y exiguas dimensiones, hacen el estudio de este planeta sumamente difícil.

En la superficie de este astro se notan grandes manchas sombrías y regiones claras de un tinte amarillo blanquecino. La pequeñez de la imagen, no permite observación alguna de detalles, mas, de acuerdo con las apariencias, su superficie debe ofrecer una gran analogía con aquella de la Luna. En ambos astros, los accidentes del terreno tienen la misma importancia, es decir, que hay cumbres de 3,000 a 4,000 metros de altura media. Mientras la Luna parece un mundo muerto, privado de atmósfera sensible, Mercurio aparece rodeado de una capa gaseosa poco importante. Esta débil envoltura defiende mal el terreno mercuriano contra los fulgores del sol tan próximo. (Más de 50 millones de kilómetros) cuya suma de radiaciones es de 7 a 10 veces más intensa que en la tierra. El suelo de Mercurio debe ser de una aridez espantosa. El agua no podrá existir, si es que existe, en cantidad apreciable, porque su evaporación permanente e intensísima produciría grandes cantidades de vapor y en consecuencia masas de nubes que invadirían gran parte de la superficie, fenómeno que las observaciones no han revelado jamás.

Notemos sin embargo la existencia de ligeros velos que se distinguen a veces y que deben lógicamente atribuirse a la presencia de polvo sollevantado del suelo reseco, por la violencia de los vientos.

Mercurio gira sobre sí mismo, a la vez que circula alrededor del sol. Las consecuencias de esta combinación de movimientos, son, como en el caso de la Luna, que un mismo costado del globo se encuentra siempre iluminado por el astro del día, mientras que el otro permanece en la noche eterna. Esto, rigurosamente no es exacto, ya que en ciertas partes de la superficie, aquellas que se encuentran en el límite de estos dos hemisferios, de condiciones tan opuestas, existen períodos sucesivos de claridad y de obscuridad y es que en su órbita tan elíptica Mercurio se desplaza con una velocidad desigual en virtud de las leyes de la mecánica celeste, mientras que el movimiento de rotación de su globo es uniforme. De esta manera se produce un

PLANETARIAS

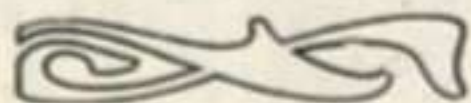
vaivén, digamos, tanto en un sentido como en otro que se traduce por una zona alternativamente expuesta a los rayos solares. Esto produce un estado permanente de desequilibrio atmosférico que existe entre los dos hemisferios: el uno sobrecalentado, el otro helado.

Sobre todas estas cuestiones de tan alto interés, la ciencia sólo posee datos de carácter general, que permiten, sin embargo, concebir la total diferenciación que existe entre ese mundo celeste y el nuestro.

Ensayemos ahora de representarnos los espectáculos y sensaciones que se ofrecerían a un hombre que pudiera llegar hasta allá:

Desde luego se sentiría impresionado por su disminución de peso. En razón de las pequeñas dimensiones de Mercurio, la intensidad de la pesantez es allí débil y nuestro hombre tendría la sensación de que no pesaba más que 29 kilos en vez de 70, su peso en la tierra. Esta sería la única sensación agradable. Respirando con gran dificultad en esa atmósfera rarificada, (admitiendo que fuera respirable) quedaría ciego por la vislumbre espantosa del sol que es en Mercurio 7 a 10 veces más intensa que en la tierra. En esta terrible claridad, los paisajes se recortan con un nitidez brutal, no bastando el tenue velo atmosférico para atenuar o estompar las lejanías; sin embargo, todo debe a veces perderse en verdaderas trombas o ciclones de polvo. Además de estos accidentes el cielo permanece por lo general puro, sombrío; la atmósfera rarificada y seca difunde la luz del sol. Este último aparece como un disco enorme, un horno reverberante e inmutable, sobre estos paisajes calcinados. El organismo humano no es capaz de soportar la altísima temperatura, ya que si admitimos las medidas efectuadas por los astrónomos americanos Pettit y Nicholson, la temperatura que tiene en Mercurio el suelo, estando el sol en el zenit se eleva hasta 400 grados. Nuestro hombre seguramente, buscaría bien luego las regiones más clementes situadas en los confines del día y de la noche, pero no podría pasar este límite, ya que más allá tampoco subsistiría.

En el costado de la noche eterna, la temperatura baja hasta un grado inconcebible para los hombres. En estos territorios condenados a un frío mortal y eterno, la única claridad que reina es aquella de las estrellas y en ciertas épocas aquella de la tierra y de Venus que iluminan el paisaje a manera de dos pequeñas lunas fulgurantes. El mundo de Mercurio debe ser sin duda inhabitable para organismos análogos a aquellos de nuestra tierra.





LA EDITORIAL CONDOR

publicará en este mes

CAMPANARIO

de Rafael Fernández-Rodríguez

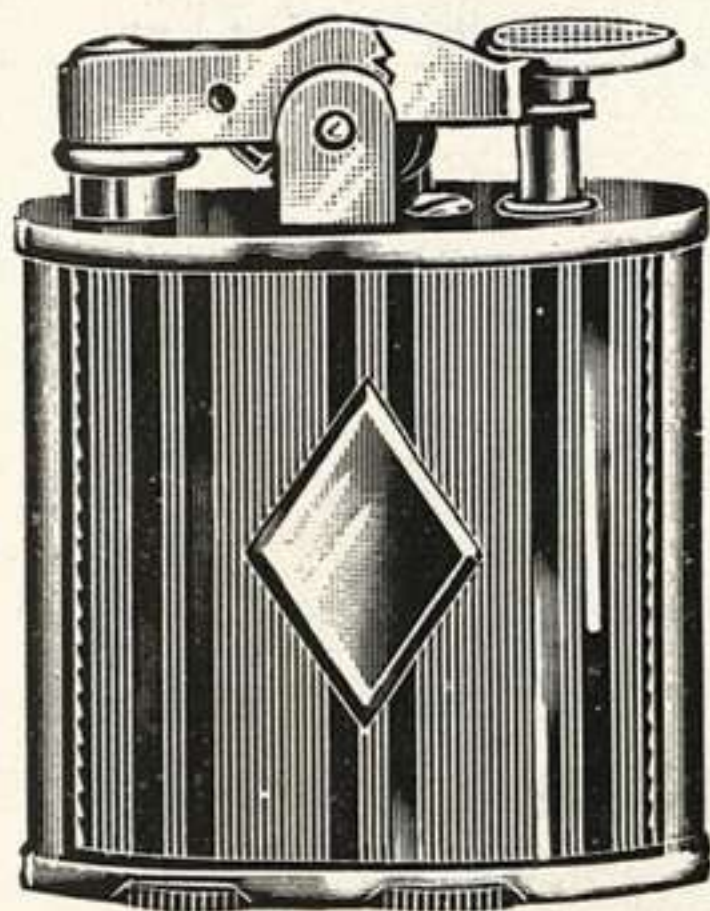
Será el más bello libro del año

Apreciación de José Santos Chocano

PRECIO: \$ 5.00

Haga sus pedidos desde hoy a Bandera
131 of. 22 - Casilla 4138, Santiago

El Encendedor "Ronson"



El nuevo encendedor Ronson «De-Light» constituye una novedad muy práctica y de interés para todo fumador.

Enteramente distinto y sencillo en construcción, requiere un solo movimiento del dedo pulgar para producir la llamita y otro para apagarla. Nada de mecanismos complicados, tapitas que levantar o ruedas que girar, guantes rotos o manchados, molestias, fracasos.

Esta acción sencilla, automática y segura ha dado su fama mundial a los encendedores Ronson.

Los acabados son muy finos y atractivos: plata legítima, metal cincelado o liso, esmaltes decorados, cueros de cocodrilo, culebra, lagarto, avestruz, o corrientes de todos colores. Hay también modelos especiales para escritorio, juegos de cigarrera con encendedor, etc.

El encendedor Ronson, tipo corriente, se vende al mismo precio que en Nueva York, cinco dólares o sea \$ 42.00 m/l. Su calidad es la mejor que se fabrica y está garantizado indefinidamente.

Estos encendedores (o los de cualquiera otra marca) se cargan con el nuevo combustible Ronson en pasta llamado «Lyterlife». Este se suministra en tubos al precio de \$ 2.60 m/l cada uno, llenan el encendedor en un momento y con toda limpieza. «Lyterlife» dura seis veces más que cualquier combustible líquido, no es explosivo, no se afecta por el calor o el frío, no se evapora y produce una llama blanca, transparente sin olor ni humo. Si Ud. ya tiene un encendedor, no deje de ensayarlo.

Bandera 169
SANTIAGO

DAVIS & Cía. VALPARAISO

Prat 639

Siempre Ud. necesita conocer los grandes problemas financieros del mundo. Hoy una gran revista.

CONTABILIDAD Y FINANZAS

publicada por la

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

lo tendrá al día en todas esas materias

Pida mayores detalles de esta revista a sus distribuidores generales para Chile.

SOCIEDAD CHILENA DE PUBLICACIONES

BANDERA 131 -- OFICINA 22

CASILLA 4138 - SANTIAGO

“ATENEA” DURANTE 1931

LA Revista ATENEA inicia el año próximo el octavo de su existencia y no quiere dejar pasar esta oportunidad de agradecer a sus favorecedores la constante atención que en ellos suscitan sus iniciativas. Habría anhelado igualmente la dirección de ATENEA que en el nuevo año la revista se hubiese seguido vendiendo al mismo precio que hasta hoy ha mantenido a costa de muchos sacrificios. Pero el encarecimiento de los materiales de primera calidad que se emplean en la confección de la revista—agravado por la reciente alza de derechos aduaneros al papel—y la cantidad cada día mayor de colaboración que se inserta en la revista han multiplicado varias veces el presupuesto de gastos de la publicación. Para el año 1931 el precio de venta de ATENEA será de dos pesos cincuenta centavos en lugar de dos pesos. Con esta pequeña diferencia no se pagan ciertamente los ingentes gastos que demanda la edición de la revista, pero se permite, en cambio, incrementar considerablemente el progreso de ATENEA.

En efecto, durante 1931 la revista de la Universidad de Concepción ofrecerá al público nuevas secciones de la redacción, trabajos de nuevos colaboradores extranjeros y nacionales, secciones gráficas de bellas artes y de artes decorativas, etc. La presentación material de la revista también sufrirá importantes modificaciones que irán en beneficio de los lectores. Teniendo presente, además, multitud de razones, la revista no dejará de publicarse durante los meses de verano, como hasta ahora ha sido costumbre hacer. De este modo se publicarán desde 1931 doce números cada año, que para comodidad de los coleccionistas y suscriptores se agruparán en cuatro tomos anuales, correspondiente uno a cada trimestre.

La Dirección de ATENEA no ha sido partidaria de

anunciar nunca nada extraordinario, y generalmente cada uno de los progresos que se han anotado en esta publicación no se ha visto precedido de ningún aviso especial. La gran cantidad de medidas de mejoramiento que se adoptará durante 1931 y en los años sucesivos y sobre todo la necesidad de informar al público sobre las reformas indicadas más arriba, han impuesto romper por esta vez esa norma, y a eso obedecen estas líneas.

ATENEA aspira a representar fielmente en sus páginas el movimiento literario, científico y artístico de Chile y acoger las repercusiones fundamentales de estos órdenes de la vida espiritual del mundo, con fidelidad y elevación de miras. Que en parte este propósito se ha venido consiguiendo lo prueban el incremento de la circulación de la revista y la opinión favorable que exterioriza la crítica literaria de Chile y del extranjero al ocuparse de la revista. ATENEA anhela seguir sirviendo todavía en mejor forma estos objetivos a partir de su primer número de 1931, y espera que en la nueva etapa de su existencia la seguirá acompañando el favor del público ilustrado.

LA COMISIÓN DIRECTORA.

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN A CONTAR DESDE EL 1.º
DE ENERO DE 1931:**

Un año..... \$ 28.00
Seis meses..... 14.00

Para las provincias de Chile y para Bolivia estos precios tendrán un recargo de dos pesos anuales para franqueo.

Suscripción en países extranjeros, excepto Bolivia, cuatro dólares anuales o su equivalente según el país.

Número atrasado de la Revista, tres pesos.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Diciembre de 1930 — Núm. 70

Thomás Mann.

(Premio Nobel de Literatura)

ENSAYO SOBRE ANDRES GIDE

EL prestigio de que goza Andrés Gide en su país es una de las más bellas y más notables manifestaciones de la vida intelectual contemporánea. Se podría haber pensado que algunas de sus tendencias impedirían que la opinión pública le otorgara toda la consideración deseada y le confiriese el título de escritor representativo. Pero esa mezcla de tradición y de europeísmo, de sentimiento conservador y de osadías que encontramos en él, logra vencer todos los obstáculos de tal manera que, hoy en día, en Francia no existe fama literaria menos discutida que la suya. El hecho de que en lo que le concierne la franqueza absoluta de sus confesiones creara la soledad en torno suyo, ha quedado sin efecto. Recordemos que sus amigos se creyeron obligados, para no comprometerse, a desaprobare su sinceridad sin recato, y juzgaron imposible permanecer en relaciones con él. Recuérdese el gesto terrible con el cual respondió al entredicho; puso a la venta todos los libros que le habían sido ofrecidos y en una subasta pública se desembarazó de todos aquellos que arbolaran dedicatorias de

sus colegas. Este renegar público y sensacional era extraordinariamente revelador del carácter del hombre.

En ese momento se trataba del *Corydon*, pero de igual manera hubiera sido recibido el libro de título bíblico cuya versión alemana acaba de sernos presentada (1). La traducción del título, si no es exactamente rigurosa, es sin embargo legítima, puesto que sitúa la obra bajo la égida de Goethe. En efecto, tiene mucho de Goethe ese protestante francés, que durante la entrevista en Pontigny, en la que franceses y alemanes se pusieron de acuerdo acerca de cuales eran los tres espíritus que habían despertado y avivado el sentimiento vital en los contemporáneos, para indicar que la selección de Whitman, Nietzsche y Dostoyevski sólo le complacía a medias, exclamó: «Yo, en todo eso, necesito a Goethe». Además, acaso el genio mismo de Goethe no guarda suficientemente la huella del espíritu protestante, nutrido en las Escrituras, para justificar el empleo de una cita tomada en el *Selige Schnusucht* con la cual se traducen las palabras del Nuevo Testamento.

La influencia de Rousseau, lo mismo que en *Dichtung und Wahrheit*, se hace, sentir en la autobiografía de Gide, el cual, por su modo de considerar la vida, permanece más cercano al maestro que el clásico alemán cuyo tono dogmático y noble reserva y el sello de circunspección y prudencia que conservaba, estarían completamente fuera de sitio en la actualidad. El autor francés, al descubrir toda la verdad, no obstante el tono moral y estrictamente intelectual de su obra, no podía menos de escandalizar a sus lectores en un país que se decide a duras penas a dejar de considerar la literatura como el adorno de los salones. Sin embargo, el hecho de ver publica-

(1) El autor se refiere a *Si le grain ne meurt*, conforme el título francés.

das y puestas a la venta estas confesiones (juiciosamente expurgadas, es verdad), constituye un triunfo de la actualidad sobre la tiranía social y una manifestación del poder de la literatura que logra liberarse de las convenciones.

Nos felicitamos porque la edición alemana haya reducido al mínimo esas depuraciones: creo que un solo episodio de las aventuras eróticas de Argelia ha sido sacrificado al «buen gusto», a ese buen gusto cuya autoridad es justamente debatible en ciertas circunstancias. Acaso no se debería dejar entera libertad a un escritor de la talla de Gide, autor de *Los Falsos Monederos*, uno de los libros de mayor significación, presagio e incitación a la vez de la crisis por la cual atraviesa la novela moderna. ¿No se debería tener confianza en él y dejarlo dueño de decidir hasta dónde se pueden llevar la franqueza y la total revelación de la verdad cuando está dispuesto a asumir la responsabilidad ante el mundo entero? ¡Es tan difícil, aun para el escritor animado de la voluntad más firme, de la más valerosa, forzar el retiro de la verdad!

Mi intención—dice Gide en una nota agregada al pie de una página de la historia de su vida—ha sido siempre la de contarla toda. Pero hay un grado en la confianza que es imposible traspasar sin artificio, sin violentarse, y yo, sobre todo, busco la naturalidad. . . Las Memorias nunca son sinceras más que a medias, porque por grande que sea la preocupación de la verdad, las cosas son siempre mucho más complicadas de lo que se dice.

Sea lo que fuese, este libro, como es el caso de Rousseau, ostenta en cada página la huella de la resolución de pintar al ser en su desnudez y verdad. No es lo que Nietzsche llamaría una biografía «inteligente». El autor del *Inmoralista* habla en un momento dado del «moralista que duerme en él». Se estará en lo justo si se considera a ese moralista como la fuente

de la despiadada exactitud de su análisis, puesto que, precisamente, se trata de la moral de un inmoralista, es decir, de una moral individual, que adolescente aun, sintió que ascendía desde las profundidades de su ser y que logró expresar en una fórmula directamente contraria a los principios de educación cristiana o puritana que había recibido. El conde de Bonnières fué quien lo obligó a hacer esta declaración. Es, en efecto, ese hombre de letras el que sostenía que la obra de un artista debe revestir la fórmula de una píldora, debe expresarse en dos palabras; en suma, que todo aquello que no pueda concentrarse no debe pretender la inmortalidad. Así que insistió cerca de su joven colega hasta que éste, exasperado, le soltó el siguiente aforismo: «Todos nosotros debemos representar.»

Estas palabras necesitan explicación y el autor precisa su sentido cuando describe una crisis de liberación que nos parece un tanto pueril y de interés relativo, sobre todo hoy, que tenemos los oídos cansados con «el derecho de vivir la vida» y el drama de la libertad individual; cuando la idea misma de la libertad es ya un tema usado y la determinación absoluta del *yo* está a la orden del día (en efecto, se trata de llegar a descubrir el lazo absoluto y de todos lados surgen sugerencias equivalentes). Pero lo relativo se encuentra ya en la noción de liberación: la vida misma es relativa y su relatividad es más sagrada y más real que cualesquiera de esas abstracciones llamadas «movimiento». Cuando se trata de una liberación real, relativa y personal, la idea de libertad no puede menos de volver a gozar de primacía, aún cuando no figure entre los problemas actuales, y ahora mismo la fórmula de Gide podría imponerse a un espíritu joven con todo el atractivo de una nueva conquista.

En ese momento—dice—la moral según la cual había yo vi-

vido hasta entonces, cedía desde poco tiempo ha, a no sabía bien aun qué visión más acariciadora de la vida.

Comenzaba a parecerme que quizá el deber no era el mismo para todo el mundo y que el mismo Dios podría sentir horror por esa uniformidad contra la cual protestaba la naturaleza, pero a la cual tendía, según me parecía, el ideal cristiano al pretender doblegar mi naturaleza; ya no admitía sino morales particulares que a veces presentaban imperativos opuestos.

Me persuadía de que cada ser, o cuando menos cada elegido, tenía un papel que desempeñar sobre la tierra, precisamente el suyo, y que en nada se semejaba al de ningún otro, de manera que todo esfuerzo para someterse a una regla se convertía a mis ojos en una traición. Sí, traición que asimilaba a ese gran pecado contra el espíritu «que no sería perdonado», por medio del cual el ser particular perdía su significado preciso, irremplazable, su «saber» que jamás podría serle devuelto... , estaba embriagado por la diversidad de la vida que comenzaba a revelármeme y por mi propia diversidad.

Se ve claramente cuál es la fuente de este individualismo moral de inspiración protestante, de esta conmovedora aspiración hacia la libertad evangélica y el por qué se siente obligado a representar «un ser particular». Es la variabilidad sexual y, sobre todo, su propia diversidad sexual la que en un principio cree deber calificar de disociación constitucional del placer y del amor y que, en seguida, se manifiesta por la dirección clara del deseo que elige por objeto seres jóvenes del mismo sexo. Un verdadero análisis de la homosexualidad, de ese fenómeno tan natural y tan complicado y tan complejo, jamás ha sido intentado y deberá serlo algún día. Pero lo que por el momento nos interesa es este hecho que toca a la vez la psicología y la moral: para nada era la dirección anormal del deseo la que entraba en conflicto con los principios que su educación puritana le había inculcado, sino solamente las reivindicaciones de la carne, la sensualidad misma. En efecto, escribe:

...Porque no se trataba de lo que mi deseo reclamaba en

tanto que creí deberle negar todo. Pero entonces llegué a dudar de si Dios mismo exigía semejante constrictión, si no era impío debatirse sin cesar y si no era en contra de El—si en esa lucha en la cual me hallaba dividido debería razonablemente culpar al otro.

Por fin entreví que ese dualismo discordante podría quizá resolverse en una armonía. Inmediatamente me pareció que esa armonía podría constituir mi meta soberana y que pretender obtenerla daría a mi vida su razón sensible.

Así es como el primer viaje de Gide a Argel en 1893, a los veinticuatro años, adquiere un sentido que recuerda de manera impresionante el papel que el viaje a Italia desempeña en la vida de Goethe. Acaso no se impone esta evocación al analizar las tendencias secretas que lo arrastraron a la aventura. El y su joven compañero, el pintor J. P. Laurens, cansados ambos de la duda, de la inquietud, del romanticismo y de la melancolía, experimentan el horror de lo particular, de lo extremo, de lo morboso, de lo anormal... (sic).

Y en la conversación que tuvimos antes de la salida nos incitamos mutuamente hacia un ideal de equilibrio, de plenitud y de salud.

Eso fué, según creo, mi primera aspiración hacia lo que se llama hoy el clasicismo. Hasta qué punto se oponía a mi primer ideal cristiano es lo que jamás podré decir suficientemente y fué cosa que comprendí inmediatamente desde luego, ya que me negué a llevar mi Biblia conmigo.

Pero la analogía está aún más marcada en la descripción que Gide hace de su estado de ánimo al regreso.

Traía conmigo un secreto de resucitado y desde luego conocí esa especie de angustia abominable que debe haber gustado Lázaro, escapado de la tumba. Nada de lo que antes me ocupara me parecía aún importante ¿Cómo había podido respirar hasta entonces en aquella atmósfera pesada de los salones

y los cenáculos en donde la agitación de cada cual levantaba un perfume de muerte?

Y sin duda también mi amor propio sufría al ver que el curso ordinario de las cosas había tenido tan poca cuenta de mi ausencia y que ahora cada quien seguía su paso como si yo no estuviera de vuelta. Mi secreto ocupaba tal lugar en mi corazón, que me asombraba no ocupar yo mismo uno más importante en el mundo. Cuando más podía perdonar a los otros que no conocieran que yo había cambiado; cuando menos, cerca de ellos, ya no me sentía el mismo; tenía cosas nuevas que decir y ya no podía hablarles. Hubiera querido persuadirlos y entregarles mi mensaje, pero ninguno se inclinaba a escucharme. Seguían viviendo, todos continuaban su camino y aquello con lo cual se contentaban me parecía tan miserable, que hubiera gritado por la desesperación de no poderlos convencer.

Tal estado de extrañamiento (del cual padecía especialmente cerca de los míos), podría haberme conducido fácilmente al suicidio. . .

Este pasaje se convierte casi en uno de imitación literaria (que se me perdone esta palabra; quiero decir que Gide es un discípulo; si verdaderamente experimenta una influencia, eso no impediría en forma alguna que su emoción fuese absolutamente sincera). ¿Habría leído ya Gide a Nietzsche cuando se dió cuenta de que la moral cristiana pone en peligro la vida y «los instintos más fuertes»? ¿Conocería ya la autobiografía de Goethe cuando experimentaba sentimientos tan cercanos a los de Goethe en Weimar después del viaje a Italia? Lo ignoramos aún. Gide jamás es pródigo en confidencias tocante a su formación intelectual. En todo caso es innegable que Alemania desempeñó tempranamente un papel en el desarrollo de su espíritu, como lo prueban aquí y allá frecuentes citas. Precisamente en la edad en que nuestras aspiraciones no miraban más alto, el joven francés leía en el original el *Buch der Lieder* de Heine.

Un rasgo curioso de estas memorias es que la necesidad irresistible de confesión, que en un principio

desconoce límites, tampoco excluye la reticencia. Por momentos Gide carece de expansión. Roger Martin du Gard no se engañaba al reprocharle cierta reserva parsimoniosa, que, es verdad, con frecuencia sólo es momentánea y a continuación, cuando las circunstancias lo permiten, se halla reparada, ya que es imposible decirlo todo en una sola ocasión. Sin embargo, me veo precisado a hacer notar que esas omisiones, remediadas más tarde, cuando el lector ya no lo espera, denotan una debilidad de composición, cuando menos, siempre que se hallan relacionadas con el dominio psíquico, como por ejemplo, las emociones resumidas en el momento del relato de la aventura con el pequeño Mohamed en Blidah. Para explicar bien la embriaguez, «el júbilo estremecido» de aquella noche, se ve obligado a describirnos los tormentos que le causara la incertidumbre ante el llamado de los sentidos, la anarquía y la privación excesiva que se extendieron sobre largos períodos de su vida anterior y que en forma alguna solicitaron nuestra atención en el tiempo deseado. Me parece que esta técnica no conviene al género de la novela. Esta descripción impresiona, pero aparece demasiado tarde. El lector se ve obligado a desandar el camino, sintiéndose completamente necio, como quien tiene que confesarse: «Y yo que no sospechaba nada.»

Si hacemos esta crítica es para afirmar inmediatamente con tanta más admiración y agradecimiento que, entre todas las Memorias, la autobiografía de Gide es una de las obras con las cuales se encariña uno más y que constituye una de las más ricas revelaciones de la naturaleza humana que poseamos. El temperamento físico y moral que ha dado nacimiento a tantas obras maestras literarias de importancia mundial, felizmente casi todas traducidas al alemán, se halla descrito en su vida íntima con toda su originalidad caprichosa; jamás habíamos tomado con-

tacto con lo que Gide llama el «sabor» del individuo. Socialmente aparece bajo los rasgos de un hijo de buena familia, rico, de salud delicada, al que se educa con solicitud, que habla al estilo de un niño mimado de la aristocracia de «Mamá», de su tío Carlos, de su tía «Henri», lo que en nosotros evoca la ingenua precocidad de los austriacos, los cuales nos hacen sonreír cuando les oímos decir: «Usted sabe que papá estuvo tan enfermo». El análisis de los sentimientos respecto a su «Mamá», esa ternura mezclada de cierta irritación que suscitaba la tiranía de la educadora, es uno de los méritos mayores de la obra.

La muerte de esa madre, al final del libro, es inolvidable, sobre todo debido a la confesión que provoca, gracias a la cual se nos revelan la frialdad, la curiosidad y la inclinación al entusiasmo de este carácter extraño:

Las penas personales no son las que pueden arrancarme lágrimas; en esas ocasiones, por doloroso que se halle mi corazón, mi faz o mi semblante permanece seco. Es porque siempre una parte de mí mismo se echa hacia atrás para ver a la otra burlarse y decirle: «¡Vamos! ¡Ni que fueras tan desgraciado como pareces!» En cambio, grande es la abundancia de lágrimas que vierto si se trata de penas ajenas que, con frecuencia, siento mucho más que las propias, pero son aún más en tratándose de cualquier manifestación de belleza, de nobleza, de abnegación, de devoción, de agradecimiento, de valentía, o de algún sentimiento muy ingenuo, muy puro o muy infantil...

De manera que en ese momento, no era el sentimiento de mi duelo lo que trastornaba mi alma hasta ese punto y, para decir verdad, me veo obligado a confesar que ese duelo no me afligía en lo más mínimo. Me entristecía ver sufrir a mi madre, pero poco me dolía el separarme de ella. No, no lloraba yo de tristeza sino de admiración por ese corazón que jamás daba entrada a nada vil, que sólo latía por los demás, que sin cesar se ofrecía al deber, no tanto por deber como por inclinación natural.

Me parece que ahí tenemos una emoción esencial

y eternamente humana, no obstante su aparente particularidad. Esa madre y ese hijo pertenecen a todos los tiempos y a todos los países, y esas son las lágrimas que todos hemos derramado en una de aquellas horas de nuestra existencia en la que nos embargaba un dolor sagrado.

Por otro lado, tenemos que citar los brillantes trozos poéticos, de un estilo notable, que le sirven para describir los lugares que conoció durante su estancia en el campo, paisajes trazados con mano maestra en los cuales la propiedad de los términos adquiere una exactitud científica de la que ignoramos el origen. Gide sobresale en la pintura de los caracteres, como lo prueban los retratos de sus profesores, de sus camaradas de infancia, de sus parientes, de sus amigos. La serie de croquis de los artistas y de los escritores que conoció en París, en particular en casa de Mallarmé, en el momento en que comenzó a frecuentar los medios literarios, conservará siempre un interés histórico. El tema que domina el libro entero, verdadero enigma psicológico, es su amor místico por su prima Emanuela a quien desea ardientemente hacer su esposa, no obstante el conocimiento profundo que tiene de su propia naturaleza, y a la cual terminará por desposar. ¿Por qué se casa? ¿Es acaso verdaderamente porque su corazón, siguiendo una ley que le es completamente personal, sigue otros caminos que su sensualidad, que en él Eros y el sexo son dos cosas absolutamente distintas? ¿Es acaso porque retrocede ante la idea de apartarse para siempre de lo normal y de la vida? ¿O bien, su yo sensible, en origen y por su esencia profunda, por sus mismas raíces no se encamina naturalmente hacia el ser femenino y el divorcio de la sensualidad y de la ternura mística, cuyo resultado es la busca del ser del mismo sexo, se ha producido únicamente en una región superior y más cercana al espíritu? Existen observa-

dores muy juiciosos que todavía ahora, por atrevida que parezca semejante teoría, sostienen que la homosexualidad, pura e innata, no existe en realidad. Las Memorias que estudiamos establecen claramente que la mujer jamás ha cesado de desempeñar «a pesar de todo» un cierto papel en la vida del autor. En verdad, su papel comienza muy temprano y aparece bajo la forma de un traumatismo preñado de consecuencias. Entonces Gide era un chiquitín de cuatro a cinco años «cubierto de un ridículo trajecito a cuadros, acurrucado entre las faldas de su madre, de aspecto enfermizo y malhumorado, con la mirada bizca». Le obligan a besar en la mejilla a una prima, bonita y joven, que tiene el traje abierto. En vez de hacerlo indicado, fascinado por el brillo exquisito del escote, «presa de quién sabe qué vértigo», muerde la espalda desnuda. La prima grita, la espalda sangra, él aúlla y escupe con asco, en tanto que se lo llevan de la habitación. Incidente nefasto y de lo más curiosos. Ha aprendido a conocer el objeto del deseo, la carne, y, por medio de los dientes, ha sentido en su boca el gusto de la sangre. ¿Será acaso por eso que más tarde persigue y alcanza la ilusión de la voluptuosidad en compañía de jóvenes árabes y se niega a conservar otra cosa que no sean las sensaciones más delicadas y depuradas para la mujer?

Vuelvo a hojear estas páginas y me reprocho haber malgastado mi papel y no haber insistido acerca de los puntos más importantes. Debería haber hecho un retrato más preciso de ese ser tan seductor en sus contradicciones, de ese carácter de una profunda complicación y tan extraordinario por su inclinación innata a la rebeldía y a la perversión, de esa naturaleza de artista fría y astuta, y al mismo tiempo, generosa, tierna, alegre; también debería haber analizado en qué forma obra la música en él, hasta el punto de influir en su estilo, como él mismo lo dice: es

la música «absoluta» que le atrae, la música de cámara; no gusta de la música literaria y polifónica de Wagner, a pesar de que ésta era objeto de un verdadero culto en casa de Mallarmé.

También hubiera sido necesario hablar de la «historia natural» de sus libros y estudiar sucesivamente algunos de sus personajes; tal es el inquietante pastor Próspero Vedel de los *Falsos Monederos*, que se encuentra ya esbozado en sus Memorias, y los proyectos a los cuales ha renunciado, como ese, grandioso, de la novela política, el cual, en el momento que lo tachó del programa de su vida, provocó esta observación:

Las dificultades de un tema conviene reconocerlas a medida que se le trabaja; descorazonaría verlas de golpe.

En una palabra yo debería haber pensado antes en la necesidad de ser breve.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Mariano Picón Salas.

REALISMO Y CULTURA EN HIS- PANO-AMERICA (1)

QUIERO justificar el hecho a primera vista amenazante que es una conferencia, con la tentativa sincera, que tal vez no resulte eficiente, de transmitirles un sentimiento personal de problemas, hechos y actitudes de la presente hora americana. Hay en nuestro tiempo y con mucha más razón en nuestros países nuevos, que para ciertos aspectos de la cultura son todavía informes, un ansia profunda de definición, y hasta pensamos que de esa como psicoanálisis de vida nacional pueda resultar una orientación más certera de nuestros problemas, un destino interno que nos exprese con más exactitud y eficacia que las formas de política y de cultura que hasta ahora nos vistieron sin adaptársenos. Me parece útil contribuir con nuestra intuición o experiencia a este análisis de nuestra realidad, y mis palabras de hoy no serán sino un modesto y provisorio tributo a esa Diosa de la claridad americana que todos avistamos en el horizonte.

Pensé—ignoro si con buen tino—que esto era mejor que venir a repetir lo que Uds. pueden conocer en mejor prosa y maduros conceptos en cuantos libros excelentes circulan ahora por el mundo. Cada conferencia tiene algo de confesión; la palabra se parece a «confidencia», y esto tan personal y subjetivo es lo que hoy intentaré.

SITUACIÓN FRENTE A LO AMERICANO

Aun surgirá de mis palabras cierta reacción contra el criterio libresco cuando él no fluye o empalma con la personalidad; cuan-

(1) Conferencia pronunciada en la Universidad de Concepción.

do lo literario suplanta a lo vital, y no se realiza la necesaria armonía entre el mundo real y el mundo imaginado. Si en este punto estuviésemos de acuerdo, yo formularía un programa que apartara de nuestra consideración al hombre libresco y al hombre de un solo libro, reservándonos para aquel en quien el pensamiento es la forma más depurada de su vida.

El primero--el hombre libresco que en muchas ocasiones pronuncia, como yo, conferencias--suele moverse entre valores que no tienen con él ninguna correspondencia vital, no se expresa, no se individualiza, y adquiere ideas como trajes que lo desfiguran, en las tiendas de ropa hecha.

El segundo--el hombre de un solo libro--es el que le pone a la realidad el biombo de su prejuicio, y se repliega y aconcha en su idea simple, como el caracol en su calcáreo. Cierra este hombre toda posibilidad de intuición o realismo. Como en ciertos países de América cuyo desorden se ha explicado por el clima, por la mezcla de razas, el caudillismo, el vómito negro o los gobiernos militares, con el hombre de un solo libro siempre estamos haciendo Constituciones. Es el hombre que vive en tensa actitud constituyente. Para él el libro es un talismán, un objeto mágico que contiene las fórmulas de la buena suerte. Lee poco el hombre de un solo libro, pero con su librito se amarra a la espalda un salvavidas. Al hombre de un solo libro debemos en América el eterno proyectismo, la copia servil de formas extranjeras, la incapacidad de situarnos directamente frente a nuestra realidad.

La vida civilizada se distingue, entre otras circunstancias, de la vida primitiva porque ha superado el proceso mágico, ha llegado a un estado de confianza, de familiaridad con las cosas. Se conforma con las cosas tales como ellas son, sin agregarles una segunda naturaleza, un segundo espíritu. Pero ante ciertas modalidades de la cultura conservamos una mentalidad mágica: pedimos a un libro que sea más que un libro, una panacea para todas las circunstancias. Naturalmente que el libro puede ser un punto de partida, la raíz de un estímulo o una inspiración, siempre que entre el motivo y la acción se interponga la fuerza plástica de una personalidad. Pero he aquí que en nuestras crisis americanas han sobrado a veces los libros, pero faltaron las personalidades.

El hombre que busca la relación entre lo real y lo imaginado, entre el pensamiento y la vida; el hombre que crea y que aplica, sería una fórmula aprovechable. Si me permitís ese poquito de necesaria autobiografía que uno necesita para objetivar los conceptos, os diría que este es uno de los ideales que nos agrupó

recientemente a varios hombres de mi edad en torno de la aun infante revista *Indice*, revista que más que a nuestra realización individual en la literatura y en la crítica para la cual hay ya revistas de tan excelente calidad como ATENEA que enaltece a la Universidad que la mantiene, busca un campo diverso de orientación ante los problemas de nuestra tierra americana, y decimos de América, porque el problema particular de cada una de nuestras naciones no es sino una parte de un vasto problema continental.

Tal afán de realidades en la gente americana de nuestra generación suele producirnos, como es natural, cierta duda transitoria y escepticismo metódico ante las cosas. No somos escépticos, ni pueden serlo mozos que tienen el panorama promisor de estos países nuevos, pero queremos limpiar nuestras conciencias de todo lo que es superstición adquirida, fórmula mágica, dogma o prejuicio. Hace falta en América recobrar esta objetividad ante las cosas. Porque, como lo explicaré más adelante, teníamos ideas antes que realidades, aquellas naturalmente obtenidas por préstamo, importación y herencia. Las abstracciones y nomenclaturas románticas (otra manera de magia), no nos han permitido durante un tiempo largo buscarnos y fijarnos objetivamente. La Cultura no ha existido por sí misma, sino siempre en función, en servicio de algún totem político. Ha existido en América, por ejemplo, la historia liberal y la historia conservadora, pero no lo que era mucho más interesante: la historia. Nuestra determinación nacional ofuscada por el prejuicio no ha podido precisarse. Así esa corriente de historia que se llama la tradición, no es propiamente en América la tradición nacional, ecuménica, como la de un francés de cualquier campo político o religioso que contemple una catedral gótica, sino una tradición particular de clan o de horda. Cada clan defiende su totem, su dios tutelar, aunque sea muy semejante al del clan del vecino.

En Chile del siglo XIX, por ejemplo, hubo historiadores carrerinos y o'higginistas, como en Colombia se dividieron los partidarios de Bolívar y los de Santander. Faltaba la perspectiva nacional, la perspectiva histórica en que Carrera y O'Higgins, Bolívar y Santander, no son sino los artífices de un mismo conjunto.

NOMBRES EXTRANJEROS Y POLÍTICA AMERICANA

Un doctrinarismo precoz venido con el correo de Europa trajo a nuestros países las luchas ideológicas de nacionalidades ya

maduras y vistió la realidad criolla con el velo de fórmulas extranjeras. El campo de discusión y explicación americana pasó de lo interno, de la propia verdad y estructura de la tierra, a lo externo: la fórmula, la etiqueta importada. Estas ideologías, como luego veremos, no sirvieron sino para nombrar (como en las drogas falsificadas) un contenido diametralmente distinto. La historia americana es, de esta manera, una historia de paradojas. Rosas que realizaba en Argentina con el ciego impulso de su voluntad bárbara una labor unitaria, se decía federal, y la idea federalista norteamericana descendiendo en grados de latitud hasta el trópico, hasta Venezuela, sirvió para dar una ocasional bandera a los subvertidos instintos de las masas rurales y mestizas, en lucha contra la población urbana. La consecuencia de esas luchas falsamente llamadas «federales» fué el caudillismo impenitente que aun sufre ese desgraciado país. «Si los contrarios hubieran dicho *Federación*, nosotros hubiéramos gritado *Centralismo*», era la cínica declaración de uno de los inspiradores de esas luchas. Así el sistema federal, producto en Estados Unidos de una realidad histórica (la diferencia de núcleos colonizadores, la lenta conquista del continente por grupos diversos, la economía industrial del Norte opuesta a la economía agrícola del Sur), sirvió en cambio en Venezuela para retrogradar las formas políticas a una etapa de primaria organización pastoril. ¿Qué es un caudillo como Juan Vicente Gómez, que se ha mantenido en el poder más de veinte años, en la Venezuela de hoy? Dándole su objetiva denominación histórica, excluyendo toda pasión, es sencillamente un jefe de horda que gobierna con los hombres de su clan. (En esos países que aun no llegan a una segura estratificación nacional, el regionalismo pre-nacional, el «nomo» o el cantón individualizado por la geografía o la economía natural, son los únicos determinantes históricos, y en estos caudillos actúa una fuerza regionalista. Así, Gómez, por ejemplo representa en Venezuela cierto primitivo regionalismo montañés, hosco, conservador y reservado, opuesto al espíritu comunicativo del litoral.)

Ahora bien, como las primarias formas políticas que esos hombres representan deben sufrir por el carácter de nuestra época (tráfico mundial, capitalismo, imperialismo) el contacto de lo exterior, caudillos como Gómez en Venezuela actúan en extraña dualidad interna y externa.

En relación con lo interior son justamente esos jeques o jefes de horda primitivos de que he hablado. El intelectual bajo estos regímenes representa lo que esos letrados chinos que seguían a Gengis Khan con la única misión de iluminar manuscritos. El

intelectual es el amanuense, el hombre que encuentra la retorcida perífrasis o la expresión ampulosa para velar o estilizar la torva voluntad del jefe. No puede haber pensamiento, alta cultura intelectual, libre explicación de los fenómenos, porque la simple estructura ideológica del caudillo demanda también ideas simples. Cada uno de estos hombres como Porfirio Díaz en Méjico y Juan Vicente Gómez en Venezuela han tenido su sofística o pseudofilosofía oficial que intenta justificarlos o explicarlos. La historia nacional se pone en función de ellos y es como el prólogo que los aclara o el escenario donde destacan. Tanto Gómez como Díaz han disfrutado en sus países de una Sociología *ad usum delphini*, Sociología que del caos de nuestra vida americana puede tomar los hechos, deformarlos y servirlos a beneficio del caudillo. El papel que éste ejerce en el interior es diametralmente opuesto al que cumple en relación con lo exterior, por ejemplo con el imperialismo norteamericano.

La bárbara energía que despliega en sus relaciones con los nacionales se torna por contraste en ciega sumisión cuando entra en contacto con la fuerza externa más poderosa. Sabe que sólo ese halago a los intereses del imperialismo puede sostenerlo, y el jefe de horda se transforma así en dócil administrador de la penetración imperialista. Hay de parte a parte—Caudillo e Imperialismo—un tácito contrato bilateral de muy claro contenido. Así la fuerza de Gómez en Venezuela no serían ya tan sólo las masas rurales en que se afirmara, sino su docilidad ante la presión del capitalismo extranjero. Pronunciaremos la palabra «petróleo» que en la política actual de Venezuela como en la política mejicana de los últimos días del porfirismo y del huertismo nos aclara muchos problemas.

Entonces al cuadro político se superpone un cuadro social y económico. Surge en esos países una burguesía de estructura nueva que no llegó al grado burgués por evolución interna o desarrollo natural, sino por circunstancias casi providenciales: amistad con el caudillo, juego de intereses externos como los del imperialismo, que volcándose en un medio de economía natural improvisaron antes de que se realizara el tránsito de la agricultura a la industria, una riqueza mágica, brotada del suelo, como la del petróleo.

Enriquecimiento desapoderado de unos pocos (los palaciegos que utilizó como agentes el Imperialismo) y empobrecimiento de otros (la vieja gente nativa que mantuvo la tradición agraria de la tierra), es el panorama económico que ya se observa en dichos países. Huelga decir la dificultad de una conciencia para levantarse con su verdad, en medios como esos donde la

estructura aun bárbara de la organización social se complica con las fuerzas corruptoras, silenciadoras, del Imperialismo.

Si el pensamiento liberal del siglo XIX repudió al caudillo como producto improgresivo de nuestra realidad, y cada gran escritor americano del pasado siglo vivió frente al caudillo que simbolizaba la tierra inculta, la hora épica y encendida de un Sarmiento o de un Montalvo, hemos visto circular por América en los últimos años cierta ideología de circunstancias que eleva aquella forma primaria casi a la categoría de arquetipo político. Ya obliga a desconfiar que toda la crítica que hagan a la política liberal escritores americanos como Lugones, Vallenilla Lanz, etc., dé por establecido que la función de autoridad sea la esencial en el Estado. El examen de lo que es la autoridad considerada objetivamente y lo que fué para los caudillos bárbaros de América, nos llevaría a un terreno de Filosofía política que sobrepasa las fronteras que quiero imponer a esta conferencia. Pero una simple consideración de la Historia nos enseña que la idea de autoridad se exagera hasta absorber todas las demás funciones políticas, en los Estados incapaces de expresar adecuadamente a la Nación; es decir, donde la conciencia nacional está en germen o en decadencia. Hay exceso de autoridad en la Argentina de Rosas, estado balbuciente, inexpresado aún, como en el Imperio romano después del siglo III, estado que se disgrega. Entonces la autoridad como símbolo primario del Estado, y sobre todo la autoridad informe, arbitraria, subjetiva, que pueda representar el caudillo, no constituye precisamente un ideal político: se explica como una transición entre las bellas leyes con que soñaron los ideólogos de la Independencia y la cruda realidad americana que seguía viviendo, pero no alcanza a constituir una meta, un imperativo, algo que convenga o se imponga después de que el medio social que lo originó haya sido superado. En el más sólido libro que escribiera esa mente fervorosa, sensiblemente dispersa que fué la de José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, éste llama «época de la Restauración» la de los caudillos surgidos después de la Independencia, suponiendo que en la América del siglo XIX se operó un proceso—que a pesar de la diversidad del medio social—puede compararse con el de la Europa post-napoleónica de la misma época. Un retorno a la realidad pre-revolucionaria, una revancha de los intereses afectados con la revolución; la estática colonial que quería imponerse de nuevo ahogando el principal bien efectivo que nos trajera la emancipación: la conciencia cultural, la conciencia política, el noble anhelo de superar el embotamiento y la inercia de

los días coloniales. De aquí se explica esa voluntad de colonia, ese empecinamiento en la no transformación, esa supervivencia de formas coloniales bajo la estructura republicana, que caracterizó a cierto tipo de caudillos de América como el Dr. Francia o García Moreno. En todos se nota un temor a la cultura que puede elevar al hombre sobre la necesidad o las circunstancias presentes: es cuando más la política del detalle, la política que afronta en forma simplista los más graves problemas, que no quedan resueltos naturalmente, sino se van proyectando hacia el porvenir en perspectiva amenazante. Esto explica las crisis que siguen en dichos países al derrocamiento del caudillo. Como el Estado se ha hecho doméstico y personal al servicio del Jefe, rompe su transitorio equilibrio, torna al caos, cuando aquel le falta. Es la ventaja de la ley, de la norma, de la política que trasciende, de la necesidad inmediata al espacio más vasto de los grandes problemas. Es la relación necesaria entre la Política y la Cultura. Si los trastornos de nuestras democracias americanas fueron tan hondos, es porque no supimos remontarnos de los intereses pequeños y eventuales que personifica el caudillo, a la política que perfora el porvenir y va creando la realidad del futuro, la política con que soñaron hombres de genio como Bolívar y como Sarmiento. Si es efectivo que el liberalismo romántico del siglo pasado ha hecho crisis y no se ajusta a la realidad americana, no lo sustituyamos por ese empirismo vestido de filosofía política que, en alabanza de los caudillos nos presentan teóricos a la inversa como Vallenilla Lanz y recientemente Leopoldo Lugones. Tratemos de fijar nuestra realidad, de orientarla, de expresarla en formas creadoras de cultura, pero no nos extraviemos más buscando en el alma primaia de un Rosas, de un Melgarejo, de un Juan Vicente Gómez, designios o ideas políticas que quiera inventarles nuestra interpretación subjetiva. Aceptémoslos, porque el hombre no puede detener el fluir de la historia, como etapas de transición en nuestro desenvolvimiento democrático; no les busquemos otro fin trascendente, otro significado.

Encuentro en un ensayo hermosísimo de Alfonso Reyes las siguientes palabras sobre Porfirio Díaz, palabras puestas en una serena perspectiva histórica, que nos aclaran en mejor prosa algunos de los problemas anteriores. Veamos cómo Reyes hace el balance del caudillismo porfirista:

Paz, estabilidad y bálsamo adormecedor para las heridas de la patria. Concentración del poder y de toda la administración en una sola voluntad absoluta. Dogmas porfirianos: 1.º La paz ante todo, la paz como fin en sí, caiga quien caiga. Si hay sublevados, «mátenlos en caliente». Si hay in-

quietos, jóvenes entusiastas y oradores, capaces de convertirse en jefes de opinión, «apuntarles a la barriga» o sea, traducido del caudillo al vulgar: desarmarlos a tiempo con buenos empleos. 2.º Poca política y mucha administración, es decir: adormecer lo más posible el sentido político del pueblo y que los negocios anden bien. El pueblo ha nacido para ser gobernado por los financieros, por los «científicos», como ellos se llaman. 3.º La noción del extranjero como idea fuerza: que el extranjero nos vea con buenos ojos, que el extranjero se sienta a gusto entre nosotros y nos dé su crédito y su confianza. Es la teoría de que la patria se debe modelar por sus contornos, y no nacer de sus propias entrañas. Es la teoría centrípeta y centrífuga de la patria. Es el concepto del positivismo evolucionista, que privaba en las escuelas públicas de entonces: el ser es un producto del medio; en consecuencia el signo de que el ser posee las condiciones de vida consistirá en que el medio ambiente le otorgue su aprobación; consistirá en que el mundo extranjero se deslice y circule en torno al país como acariciándolo. Los capitales extranjeros acuden, el crédito del país se levanta y, más o menos vinculadas con la oligarquía de los científicos, las clases privilegiadas de todo el país—que son las que dejan oír su voz, porque el pueblo gruñe en voz baja o no cree que sus males vengan de ningún error político—comienzan a disfrutar de una era de bendiciones. Y todos olvidan que la primera necesidad de un pueblo es la educación política. El gran caudillo, héroe de cien batallas, y ahora héroe de la paz, se encarga de las conciencias de todos. Hasta la moral de los individuos va a apoyarse en sus decisiones. Los padres le llevan el hijo calavera para que lo asuste o, si hace falta, lo mandan a la campaña del yaqui. Los Estados de la República vienen a ser circunvoluciones de su cerebro. «Me duele Tlaxcala», dice, y se lleva la mano a alguna región de la cabeza. Y una hora después, como traído por los aires, el Gobernador de Tlaxcala está temblando frente a él.

¿Cómo puede haber—termina preguntándose Alfonso Reyes—, cómo puede haber después de este ejemplo—magnó y asombroso si los hay, porque Porfirio Díaz era hombre de talla gigantesca—, cómo puede haber quien todavía predique entre nosotros doctrinas políticas fundadas en el materialismo histórico? No se conoce caso más puro de riqueza que un capital extranjero. El capital extranjero es una fuerza operante de exclusivo materialismo histórico, no contaminada de noción sentimental ninguna. No le importa el bien del pueblo, sino el rendimiento eficaz de sus esclavos. Es una energía irresponsable y mecánica. Y ella deshace a las naciones y entristece el trabajo (1).

CULTURA, PUNTO DE PARTIDA

Advertiríamos, pues, y de ello es un testimonio concluyente la cita anterior, que no basta en América una política paternal de buenas intenciones como la que Porfirio Díaz quiso establecer en Méjico, si la política que trasciende de la persona del gobernante no emerge hacia fuera en viva realidad cultural. Quiero ver en estas crisis de América, y ello más que el extraño panorama anterior es la finalidad de la presente conferencia, quiero ver crisis de cultura (dando a esta hermosa palabra, tan traji-

(1) Alfonso Reyes. *Méjico en una nuez*. Ensayo publicado en la revista *Méjico*. Septiembre de 1930.

nada en nuestro tiempo, el sentido de integración y armonía vital que debe tener).

La cultura es la forma que extrae y elabora de su propia existencia histórica cada pueblo, cada raza; comienza en el momento en que lo que fué inorgánico se torna orgánico, lo informe adquiere forma y sube a la luz de una conciencia radiosa hasta lo que fué instinto u oscuro retorcer subconsciente. Los pueblos como los hombres se introspeccionan; deben como el artista descubrir su temperamento, fijar de una manera consciente, y sobre todo posible, su relación con el mundo. De aquí que el hecho de la cultura es, como diría Simmel, vida y más que vida, forma que se adentra en la raíz de la personalidad, armoniza todo dualismo, da a los grandes hombres como a las grandes naciones un *tono vital*. La cultura comienza cuando cada pueblo tiene la revelación de su propia potencialidad; entre esas dos fuerzas que el desorbitado filósofo lituano llama *Eros* (lo caótico e indiferenciado, materia germinante, subsuelo y umbral de toda vida) y *Logos* (lo razonado y elaborado), se establece una circulación vivificadora. Cada cultura saca posibilidades de sí misma, irradia en ellas su propio destino.

Pero la idea de Cultura como algo que trascienda de nosotros mismos, adaptado a nosotros como el árbol importado de Europa recibe la cualidad diferenciadora del suelo americano, no se ha planteado todavía o a lo menos no ha tenido eficacia realista en nuestra vida hispanoamericana.

Claro que al libertarnos de España debíamos buscar, urgidos como niños precoces, las formas de política, administración u organización social que desconocíamos. En la vida americana, como en toda vida, debió existir ese período caótico en que nuestro instinto de ser buscaba molde o acomodo propicio. Era ese despertar de vocación que en la psique del adolescente se expresa en anhelos y pasiones encontrados, en desmesurada exaltación de la persona como enervante desesperanza. Mas después de ese período de excitación ante lo desconocido, de exploración del mundo, debió llegar la hora de síntesis, de asimilación de lo adquirido, la hora de personalidad en una palabra.

Si pensamos un poco en los contrastes de la vida americana, en el dualismo criollo que representan individuos de realidad tan primaria, tan próximos al *Eros* indiferenciado, como esos caudillos de que antes hablé, e ideólogos sin raíz en su tierra, quiméricos, desorientados, advertiremos esa fundamental desarmonía. Falta ese nivel medio, que en la cultivada Francia o en la sabia Alemania es precisamente el nivel de cultura. Porque si son las grandes personalidades las que suscitan las pe-

ripecias de la Historia, son los pueblos conscientes los únicos que pueden conservarlas. En nuestra América española, el ideal de un hombre de genio como Bolívar cae roto por las fuerzas híspidas, anárquicas, de la barbarie. El hombre superior en nuestro continente arrastra ese tremendo destino de incompreensión. De aquí el permanente pathos de la vida americana; somos pueblos de *biografía* más que de *historia*. Nos parecemos a esos semitas de los primeros milenios de la historia antigua, pueblos en perpetua movilidad y nomadismo, entre los cuales despuntaba de pronto un profeta. Y precisamente porque ese profeta hablaba palabras extrañas, venía cargado de un destino profundo, se erguía sobre su pueblo de pastores como una voz sobrenatural, pasaba al relato oral o al folklore religioso, transfigurado. Un análisis de la concepción americana de lo heroico nos revelaría semejante actitud de espíritu. La historia no puede aparecer ante nuestros ojos sino como maravillosa biografía; la concepción de fuerza social nos es muy abstracta, y preferimos ver pasar por el horizonte—aunque este después se nuble—el rastro fulgurante de una personalidad. Así por una de esas paradojas de nuestra morfología social, el pueblo donde nació Bolívar, donde el culto de Bolívar tiene todos los caracteres de la biografía romántica, es el pueblo donde ahora gobierna Juan Vicente Gómez. La historia como contemplación, alarde y espectáculo, más que como fuerza reguladora.

La cultura como la vida social requiere permanencia. Empieza la historia cuando el cazador prehistórico se sedentariza por la invención de la agricultura, el perfeccionamiento del útil y la habitación fija. El hombre se detiene en un punto del Universo, edifica su límite geográfico; a la vida incierta y errante del primitivo opone su clara determinación de *ser* y *estar*. Estos son los dos primeros verbos históricos. Y en la tensión del *ser* y la fijeza del *estar* (la fuerza de cambio y la fuerza de tradición), se sitúa la cultura. La cultura equilibra, pues, las fuerzas externas de cambio o transformación (en la técnica, en la economía, en la vida política) con la personalidad permanente que se revuelve en el fondo del ser histórico.

Este equilibrio cultural es el que nos falta. Nuestras crisis de política y de educación son crisis de formas que pugnan por adaptarse a una realidad en que no se ven soldadas ni correspondidas. Ello da a la vida hispanoamericana su tinte de permanente impresionabilidad, de indecisión e inconstancia semejantes al del adolescente incapaz de seria concentración. Un temor a ser, a afirmar la personalidad, a diferenciarse en la lucha vital o la era histórica. Si el liberalismo americano ha pecado

de irrealidad, y los caudillos surgieron como fuerzas plutónicas de la tierra precisamente porque los ideólogos no supieron advertirlos, lo que llamaríamos nuestros conservadores pecan por el extremo contrario: por miedo al porvenir, por estancamiento. Las clases conservadoras de América creyeron, como casi todas las clases conservadoras del mundo, pero con menos razón porque no había detrás de ellas una auténtica fuerza tradicional que las amparara, creyeron que bastaba para resolver el problema de nuestras democracias con las reformas políticas, inscritas en el lenguaje abstracto de los libros de Derecho Público. Que estos románticos derechos de nada sirven si no están correspondidos por una realidad social equivalente y justa, si no son más que un disfraz de las oligarquías, nos lo ha advertido la subversión social de nuestro siglo. Torno al ejemplo de Méjico que está más próximo y nos es más comprensible—por ser más simple—, que el ejemplo ruso. Toda esa estupenda máquina de la oligarquía urbana que, como hemos visto, Porfirio Díaz engrasaba con positivismo científico, con el prestigio mágico de los técnicos, los profesionales, los hombres nutridos de libros y útiles europeos, esa como república darwinista que los diarios mejicanos anunciaban haber ya realizado hacia 1909 o 1910, se vino al suelo cuando un indio melancólico pero cargado de fe religiosa anunció una simple verdad a los simples indios: los abusos del latifundismo, la injusticia social de la oligarquía. Porque no hay ciencia ni técnica que logre detener la rebelión contra la injusticia. Y el deber de toda política no es velar la realidad con bellas frases ni intangibles derechos, sino afrontarla valientemente, prever el porvenir, tener la conciencia y sobre todo el sacrificio que demande la hora.

Por ello toda política reclama un contenido cultural que se alce sobre lo transitorio de los hombres y las necesidades, que esclarezca la realidad, integre lo que está disperso y sea capaz de trascender en perspectiva de porvenir y de historia. ¿Tenemos en Hispano-América esta cultura? ¿Nos remontamos sobre lo eventual de los hombres y las circunstancias, con clara conciencia nacional, con responsabilidad histórica? Mucho me temo que sobre la idea de *cultura*, idea que expresa integración y destino, haya prevalecido entre nosotros la idea más falsa, quimérica e intelectualista de *ilustración*.

CULTURA E ILUSTRACIÓN

Opongo estos dos conceptos de *cultura* e *ilustración* porque ellos pueden servirnos para fijar nuestra relación con las ideas

y la distancia americana entre realidad y teoría. La idea de ilustración es hermana gemela de la idea de progreso y ambas corresponden a esa superficial filosofía de las luces, filosofía muy del siglo XVIII que partía de la unidad de la especie humana, no distinguía bien las razas ni las temperaturas históricas y pensaba que la clara y laborada *raison* de un francés era la misma que determinaba la conducta de un japonés o un chino. La naturaleza humana podría ser moldeada según ese contenido racional y el hombre ilustrado, que almacenó datos como el bibliotecario guarda libros, era su principal producto. El libro y el instrumento técnico eran como obras de magia que según la concepción del progreso podrían transformarnos ilimitadamente, superar nuestras posibilidades. Tomando las formas externas de la vida intelectual europea sin darnos cuenta del impulso interno que colmó su contenido, llegamos nosotros a pensar que progresábamos. Podíamos conocer, por ejemplo, con tanta destreza memórica como la de un estudiante francés los detalles de la guerra de Cien Años o las luchas entre Luis XI y el Temerario, y pensábamos que esas noticias constituían la cultura. Nuestra educación no hizo sino yuxtaponer informaciones sobre pueblos o culturas exóticas que repetimos sin comprender, sin adherirlas a nuestra personalidad. La mayor crítica que merezca la educación vigente en casi todos los países hispanoamericanos es la de ser una educación invertebrada, que se ha ido formando con las sueltas piezas de museo que nos mandaron de Europa. Con esas piezas de museo superpuestas o flotantes sobre una realidad muy distinta, no hemos hecho la síntesis, la ocupación que reclama toda cultura. A la calidad de la cultura, preferimos la cantidad de la ilustración. Cambiábamos de programa y derrotero como esos impresionables países pequeños que, según fueran las influencias que soplaran en la política mundial, trocaban las voces de mando, la táctica y los uniformes de sus ejércitos. Así los mismos soldados se cubrían sucesivamente con el kepi francés, el casco prusiano, el ancho sombrero yanqui. La realidad criolla bajo las aparatosas formas extranjeras seguía su arbitrario curso. Teníamos ante lo venido de fuera la boba sumisión y el impersonal sometimiento de la factoría. De esta manera nos manteníamos culturalmente pobres como esas naciones que importan más de lo que exportan.

Más que una conciencia social, la cultura suele parecernos aislado ornamento individual. Es privilegio de unos pocos que alardean de sus informaciones, o gozan de sus secretas búsquedas con mero designio decorativo—he dicho en otra parte. El libro que les llegó por el último correo es para ellos hermoso

como buen artículo de París; le extrajeron una metáfora o una paradoja con que enriquecieron su dandismo intelectual. Llevarán durante algún tiempo esa metáfora o esa paradoja como flor en la solapa, o irisará a la luz de sus cónclaves exquisitos, como una corbata del ingenio (1). Acentuamos de esta manera el tremendo desnivel americano entre el hombre ilustrado, que asume para nosotros el carácter esotérico de un mago en una sociedad primitiva, y el pueblo—nuestro sagrado pueblo de los himnos nacionales y las declamaciones patrióticas—que está sumido aún en muchos países del continente en oscura e inexpressada vida vegetativa.

No hay que ilusionarse pensando como cierta crítica materialista y a ras del suelo que este problema esencial del espíritu americano puedan resolverlo la técnica y los hombres prácticos. Debemos desconfiar de eso que mi compañero Gómez Millas llamaba en un penetrante artículo de *Índice* la «paradoja del progreso»; es decir, que los cambios externos produzcan una nueva psique, que el movimiento en la técnica colme una apetencia del alma. El progreso quiere ir de afuera hacia adentro, la cultura irradia de adentro hacia afuera. La técnica es necesaria, pero el espíritu es anterior a la técnica. Aún en los países que surgieron bajo la égida alucinante de la técnica como los Estados Unidos, se invoca hoy la necesidad de un nuevo humanismo. Toda la literatura yanqui de los últimos años—Dreiser, Lewis, Sherwood Anderson, Dos Passos, Waldo Frank—revela la tragedia de esa concepción instrumental del hombre y clama desesperada—en el país más rico de la tierra—por un humanismo integrador. El hombre no puede ser solamente un instrumento de producción. Debe educársele no sólo para dotarlo de un útil en la lucha económica, sino también para que su espíritu trascienda, para suscitar en él todas las posibilidades. Para la armonía y orden del mundo Kant y Shakespeare son tan necesarios como Edison y Ford. La realidad del mundo está primero en el cerebro del filósofo que en las manos del hombre práctico.

Jamás podrá una mente estrecha y unilateral abarcar la complejidad de los sucesos e insertar una acción trascendente en ellos—dice un joven y agudo ensayista mejicano, Samuel Ramos.—Nuestro más grande anhelo es situarnos por encima de las oposiciones, no para evadir el campo de la lucha sino porque sólo desde la altitud se ensancha la comprensión, y lo que abajo parecía discordancia y enemistad, arriba se muestra como matices diversos de la misma cosa. Queremos que nuestro punto de vista nos permita comprender la identidad de los contrarios en el sentido hegeliano

(1) Véase *Índice*, N.º 1. Santiago de Chile.

de esta idea. Sólo así puede el hombre con el entendimiento conocer y dominar con eficacia la corriente del devenir histórico (1).

EL NACIONALISMO EN RELACIÓN CON LA CULTURA

Debía suspender con este elogio del espíritu filosófico el curso de mi conferencia, ya extensa, si no me quedara el escrúpulo de esclarecer algunos detalles. Reclamo para la cultura y como consecuencia para la política de América una *idea* en el sentido hegeliano, porque es lo único que pueda hacernos salvar esta etapa de pequeños intereses, de pequeñas necesidades, la política miope en que se debate sin espacio, perspectiva ni ámbito histórico la vida criolla. La lucha por la cultura fué en nuestros países más difícil, porque sobre el ideal ecuménico de un Bolívar prevaleció el interés aislador y regionalista de los caudillos. Estamos en el momento de recobrar con criterio realista, con sentido totalizador, ese ideal inicial de la América española.

Llegaremos a ese método realista sin sobrestima y sin desdén, con conocimiento justo que no excluye la crítica sino que más bien se fundamenta en ella. En la primera parte de esta conferencia oísteis una homilía contra el desdén. Negando lo propio, sometiéndonos indolentemente a nuestro carácter de factorías de la cultura europea, no afirmaremos nunca nuestra autonomía espiritual. Estaremos avistando siempre las naos que vengan de Occidente. Nuestras Universidades repetirán sin agregarles ningún contenido, moviendo como un cuerpo extraño, las ideas llegadas de Europa. Nuestra literatura y nuestro arte expresarán tal vez la última moda surgida en los cenáculos de París, pero en ningún modo la esencia y la verdad de la tierra. Pero hay que defenderse también de la sobrestima y el nacionalismo rabioso, que nos cantan una canción optimista y nos ungen ya de un destino mesiánico. El optimismo sin crítica y la boba confianza no constituyen filosofía. El espíritu filosófico es ante todo análisis y vigilancia. Para el hombre que tiene espíritu filosófico siempre hay algo que enmendar, algo que puede ser mejor. Esta tensión del espíritu sobre la cosa es la primera fuerza de cultura. Nuestra condición de países nuevos que llegaron a la luz de la cultura cuando ésta ya ascendía al alto zenit, nos impone y nos impondrá durante mucho tiempo cierta dependencia espiritual de los viejos países que pueden suministrarnos los útiles y las formas de que carecemos. La

(1) Samuel Ramos, *Nacionalismo y Cultura*.

personalidad nuestra se revelará no recorriendo el proceso de técnica o de ciencia que necesitó el europeo, para llegar a los productos actuales, lo que nos significaría retardo y absurda economía cultural, sino aplicando aquella ciencia y aquella técnica como método para explorar nuestro propio destino. Lo que urge es, pues, no crear un método americano que no podría ser sustancialmente distinto del método europeo, ya que fuimos países de conquista y estamos en la ruta de la civilización occidental, sino cargar ese método de nuestra propia sustancia, hacerlo nuestro expresando nuestro contenido. Método europeo, contenido americano parece por el momento la fórmula conciliadora de nuestro supranacionalismo cultural. Daré un sencillo ejemplo de la manera cómo concibo el problema.

Hace unos meses se debatía en los círculos literarios de Santiago la cuestión de si podía existir una literatura chilena, absolutamente diferenciada de las otras literaturas de habla española. La revista *Letras* abrió una encuesta cuya primera pregunta se expresaba así: «¿Puede existir la novela genuinamente chilena?» Invitado a responder, formulé las siguientes reflexiones: «La expresión *genuinamente chilena* me parece que limita el concepto. Los pueblos hispanoamericanos aún no pueden aspirar a una cultura y una vida tan propias en el sentido en que lo serían por ejemplo la vida inglesa, la vida rusa, la vida china. Las ideas y los hombres son en nuestras tierras productos aclimatados. Además, el mundo contemporáneo tiende a ser cada día más un mundo ecuménico, según la palabra grata al Conde Keyserling. Pero creo que dentro de lo *general* y *universal* (la manera de nuestro tiempo), es posible (y aun más es necesario) exaltar una modalidad chilena. Esto no podríamos realizarlo poniéndonos a espaldas de Europa. No podemos crear formas con nuestra sola voluntad. Necesitamos la técnica europea, puesto que no existe una técnica mapuche. No podemos prescindir de lo GENERAL europeo puesto que no hemos inventado nada con que reemplazarlo, pero dentro de ese imperativo general (que es el de nuestro tiempo), podemos ser *particulares* de nuestros países e *individuales* de nuestro propio sentido estético. No creo que estemos en situación de prescindir de la relación con lo extranjero. Las naciones sólo son naciones cuando entran en el activo juego de la concurrencia universal. El nacionalismo no es una fuerza estática. La cultura como la economía tiende a ser universal. Eso sí que como en los grandes mercados del mundo se cotiza el producto típico: salitre de Chile o víveres coloniales, lo que se buscará en nosotros dentro de la gran circulación humana es aquello en que nos diferenciamos.

Los productos de nuestro clima espiritual que, siendo propio, se rige por las leyes universales del clima.»

Con las palabras anteriores expresé lo que pensaba del nacionalismo en literatura. Pudiera extenderlas a otras formas de la realidad como la economía o la política. Pero sería abusar de ustedes. La Universidad de Concepción, que alienta el más caluroso hogar de cultura que existe en Chile, no me ha llamado a resolver problemas. Simplemente, sencillamente, quise revelarles la sensibilidad de un hombre joven ante imperativos vitales de la tierra y la raza. Como las circunstancias nacionales y el proceso cultural en el continente tienen más de un punto de contacto, me atreví a hablar no de un país exclusivo sino de toda América. No lo hice por alarde ni tendencia a la generalización. Creo que se nos aclaran las circunstancias peculiares de cada país cuando lo comparamos con otros. La historia es hoy ante todo historia comparativa. Todos nuestros pueblos con más o menos grados de progreso o de conquista técnica, viven en las mismas inquietudes espirituales, reaccionan ante los mismos estímulos. Por otra parte, nuestra comprensión aumenta, nuestro destino se hace más responsable, cuando sobre las fronteras de nuestros países, que no son fronteras espirituales, tendemos una mirada de totalidad. Hace falta, por circunstancias que todos sabemos, no perder esa ecuménica posibilidad hispanoamericana. El hispanoamericanismo si no se queda en las vanas fanfarrias y los discursos de las fiestas de la raza, si no es un pretexto para hacer retórica, si se apuntala en un firme método crítico, puede darle a la presente y a las próximas generaciones del Continente, una conciencia de raza y de cultura que sería lo mejor que nuestra América española ofreciera al mundo. Desgarrado por las crisis más dramáticas que conozca la historia de Occidente, óyense en el mundo contemporáneo clamorosas voces que piden unidad. El espíritu rebalsa las fronteras. Los pueblos de la misma tradición, del mismo origen, quieren agruparse. Ven venir peligros comunes y como ovejas perdidas en los despeñaderos, al atardecer, retornan al valle a apretar el rebaño. Hasta la misma Europa dividida y nacionalista pide unidad. Recientemente Ortega y Gasset cerraba las páginas del libro más conmovido y más lleno de sustancia moral que haya escrito—él que siempre danzó sobre las ideas—con ese clamor de unidad. Por los otros confines del mundo se oyen el llamado hindú, el llamado islámico, el llamado hispanoamericano. Los pueblos sueñan en las anfictionías de razas y culturas que por sobre sus ambiciones nacionales y pequeños odios los purifiquen y les abran con mayor fe las puertas obstinadas del porvenir.

Vuestra Universidad no carece de ese sentimiento de la hora. Véola abrir generosamente, a diferencia de otras instituciones emparedadas en la rutina y el prejuicio, véola abrir una ventana al futuro. Prever el futuro es la más alta política. Y por ahí, en letras grandes, en la excelente revista que publica esta Universidad, leo las palabras claras de una Encuesta sobre la Independencia económica de la América Española. El que vuestra Universidad se plantee problema tan esencial para la vida de nuestros países, me indica que de aquí podría irradiar por todo Chile la luz de una nueva conciencia: conciencia de cultura, firme conciencia de realidad.

Humberto Parodi Alister.

LA EPISTEMOLOGIA DE MEYERSON

A TRAVÉS DE SU OBRA «DE LA EXPLICACIÓN EN LAS CIENCIAS».

LA concepción corriente de las ciencias es evidentemente positivista y no da importancia a dos comprobaciones fundamentales: el carácter ontológico de ella y la tendencia a sobrepasar la búsqueda de la ley por la búsqueda de la explicación.

El término *explicar* etimológicamente significa desarrollar. En lenguaje científico, explicar es hacer inteligible lo que es obscuro o, como dice Lalande, «explicar es, en todos sentidos, hacerse comprender». Dentro de la concepción positivista de la ciencia que, considerando sólo su contenido epistemológico, involucra la abstención de toda metafísica, bastaría el sentido que acaba de determinársele; pero cuando el hombre trata de explicar siempre hace metafísica y piensa en la existencia de las leyes naturales con realidad en sí: «el principio de Arquímedes existía en la esencia de las cosas antes de que los sólidos hayan flotado en los líquidos».

Crear que las abstracciones científicas existen verdaderamente fuera de nosotros es profesar un realismo en el sentido medioeval del término. Las concep-

ciones del hombre formado en la escuela moderna de la ciencia son nominalistas o conceptualistas. «Hay entre la ciencia y la realidad una verdadera laguna.» La ley física es una concepción ideal que expresa lo que pasaría si se establecieran ciertas condiciones. La teoría cinética de los gases nos enseña que ningún gas sigue regularmente la ley de Boyle y, por otra parte, nadie ha visto seguir a los cuerpos un movimiento inercial; por lo tanto, no debemos alimentar la ilusión de que las leyes que descubrimos sean verdaderamente leyes de la naturaleza. Lo son tan sólo en relación con nuestras sensaciones y con nuestra inteligencia.

MÁS ALLÁ DE LA LEY FÍSICA

Esta teoría no sería, en suma, más que una desviación de la verdadera concepción positivista que no da a las leyes ningún carácter trascendental, pero hay una divergencia considerable entre este esquema y la imagen que la ciencia realmente presenta. Stuart Mill declara que las leyes últimas se referirían a las sensaciones cualitativas que experimentamos y serían en número igual al de ellas. Enuncia así una consecuencia ineluctable de los fundamentos de su teoría.

Por una parte se define la ciencia como un conjunto de reglas destinadas a facilitar la previsión y fundadas en los fenómenos conocidos y, por otra, se abstiene expresamente de buscar lo que hay más allá de los fenómenos. No resta sino relacionar directamente los fenómenos mismos, lo que es buscar relaciones entre las sensaciones concebidas puras, como despojadas de toda ontología.

La actitud mental del físico que estudia la naturaleza no es la convicción de buscar relaciones entre las sensaciones, sino penetrar en el misterio que es independiente de la sensación misma. La evolución

de la física moderna muestra claramente cómo el programa trazado por Mill se aparta de la realidad, y Plank considera como algo característico de la ciencia que en su marcha se aparte, más y más, de lo que él llama «consideraciones antropomórficas». El hombre afirma la existencia de las cosas con independencia de las sensaciones.

La teoría positivista reposa, en el fondo, sobre un error psicológico, fácil de poner en evidencia: no es exacto que al *hacer ciencia* se tenga como único punto de vista la acción. La inquietud que el hombre ha manifestado por conocer, sin contemplar la acción, sin considerar la aplicación práctica, florece en todas las épocas. El punto de partida de toda ciencia es el asombro que el hombre experimenta ante la naturaleza, y ya Aristóteles ponía de manifiesto este hecho al declarar que «el asombro y la admiración conducen a los hombres a la filosofía». Podrían citarse numerosas declaraciones de sabios eminentes; pero, a nuestro juicio, ninguna tan elocuente como la respuesta que dió el matemático Jacobi a Fournier. Le reprochaba éste el estudiar matemáticas puras en vez de dedicarse a otro asunto científico de interés más inmediato. Le respondió Jacobi: «El fin de la ciencia es únicamente el honor del espíritu humano.»

La explicación del fenómeno, la investigación de la causa, el deseo de conocer... Ninguna inteligencia se declara satisfecha con la simple descripción del fenómeno o con la medición de él. Las leyes físicas empíricas, cuantitativas, no satisfacen. Hay que ir más allá de ellas. Si se quiere suprimir este deseo, la marcha de la ciencia antes y ahora, aparecería como una «monstruosidad absurda y gigantesca».

Tenemos presente las palabras que Anatole France pone en boca de Gallion, pro-cónsul de Achaia, refiriéndose a lo que él llama ingeniosas mentiras de los filósofos griegos que ansían conocerlo todo:

¡Cuánto mejor es confesar nuestra ignorancia! El pasado se nos oculta como el porvenir; vivimos entre dos densas nubes, en el olvido de lo que fué y en la incertidumbre de lo que será. Sin embargo, nos atormenta la necesidad de conocer la causa de las cosas y una *ardiente inquietud* nos incita a meditar en los destinos del hombre y del mundo.

El esfuerzo de Meyerson para demostrar el error psicológico del positivismo y, sobre todo, para evidenciar esta insatisfacción del espíritu humano ante la ley física, nos parece de alto valor ideológico y aun de valor ético. Se nos habla de este siglo anti-cientista, siglo de decadencia y finalización de cultura. Ortega y Gasset dice que «mientras la idea de ayer pueda ser corregida por la idea de hoy no podrá hablarse de cultura fracasada» y, con Meyerson, habría que agregar que la idea de hoy es el producto de esa inquietud trascendental que nos lleva más allá de la ley descriptiva.

LA NATURALEZA ES EXPLICABLE

La marcha de la explicación en las ciencias reposa evidentemente sobre este postulado: la naturaleza es explicable. Lo es porque para razonar acerca de ella hay necesidad de suponerla adecuada a nuestra razón. Estamos íntimamente convencidos de que la naturaleza, hasta en sus manifestaciones más profundas, está gobernada por leyes rigurosas. Es necesario pensar que todavía no hemos alcanzado a descubrir esas leyes, y que las nuestras irán modificándose con los nuevos recursos experimentales. La complejidad de algunos fenómenos atómicos o interatómicos da base para suponer que jamás logrará alcanzarse la verdadera formulación de sus leyes. Por ejemplo, es imposible predecir la posición final de una molécula de un gas después de un tiempo cualquiera, y sólo sabemos calcular la probabilidad matemática de pro-

ducción y funcionamiento. La palabra azar involucra el reconocimiento de la imposibilidad de predicción y, como diría Henri Poincaré, esta imposibilidad reposa en la enorme pequeñez o en la enorme complejidad de las causas. Pero, como siempre pensamos en la existencia ontológica de las leyes, si no podemos afirmar que verdaderamente rigen los fenómenos, será preciso admitir que existe en ellos algo que corresponde a nuestras leyes. Se justificará, así, cualquier investigación que pretenda descubrirlas.

Las concepciones de Comte y de los positivistas acerca de la especie de armonía preestablecida entre nuestra razón y el mundo exterior son más estrechas que las que, en realidad, reconoce la ciencia al construir sus teorías. Bertrand Russell observa que:

Las verdades generales y *a priori* deben tener la misma objetividad que poseen los hechos particulares del mundo físico.

Y agrega:

la lógica y la matemática nos obligan a admitir una especie de realismo en el sentido escolástico, es decir, a admitir que hay un mundo de los universales y que hay verdades que no tratan de determinada existencia particular. Este mundo de los universales debe subsistir, aun cuando no exista en el mismo sentido que los hechos particulares.

Por lejos que se lleven algunas deducciones matemáticas y algunas investigaciones físicas, irán siempre de acuerdo. Irán de acuerdo nuestras sensaciones y nuestro entendimiento. Ya habíamos dicho que cuando el hombre razona acerca de la naturaleza la supone racional y deductible. Los elementos empíricos que entran en juego son datos que dan la esperanza de la relación racional que se oculta. Cuando el hombre busca la causa de los fenómenos afirma implícitamente que cree la naturaleza enteramente explicable.

En su afán de conservar el contacto con la naturaleza, la ciencia reconoce los límites que ésta impone a sus esfuerzos. De aquí nace un concepto cuyas características e importancia no han sido jamás bien reconocidas: el concepto de lo *irracional*. Meyerson dice que:

El concepto de lo irracional, entre los elementos de que se sirve la ciencia, aparece, por su esencia misma, resistiéndose a toda reducción posterior en elementos racionales.

El irracional más antiguamente reconocido es el que constituye la sensación. Meyerson examina los esfuerzos de numerosos sabios y filósofos para reducir la sensación a elementos racionales, y concluye con Burnet que la filosofía moderna, lo mismo que la antigua, ha debido someterse al duro extremo de reconocer la irracionalidad de ella. Examina, en seguida, los irracionales que resultan de la teoría estadística del principio de Carnot, de la constitución física del átomo y de la teoría de los quanta. Por las reservas hechas a esta teoría y a tantas otras, se deduce que, a pesar de la tendencia invencible a creer en la racionalidad de la naturaleza, el hombre reconoce la existencia de algunos irracionales, que señalan en momento donde cesa el acuerdo entre la razón y la realidad exterior. Nuevos irracionales se irán agregando a los ya conocidos, y surgirán inopinadamente cuando se realicen nuevas experiencias, cuya necesidad es evidente ya que así interrogamos a la naturaleza en la imposibilidad de poder deducirla.

LA EXPLICACIÓN EN LA BIOLOGÍA

Cuando pensamos en la ciencia biológica es cuando nos parece más audaz la tentativa de dar una explicación, una explicación de la vida. A pesar de la declara-

ción de Bouasse, según el cual «todas las ciencias se esfuerzan por parecerse a la física», es evidente que sus métodos difieren fundamentalmente de los de aquella. Las ciencias de la materia organizada se encuentran aún en estado de desarrollo muy poco avanzado. Jacques Duclaux, en su obra *Química de la materia viva*, ha puesto esta franca declaración:

La única manera verdaderamente científica de tratar la química de la materia viva consistiría en escribir debajo del título *no se sabe nada*, y hacer lo mismo con una segunda edición que podría aparecer en veinte o cincuenta años más.

Si la declaración es exagerada, por lo menos en lo referente al porvenir, es necesario reconocer un enorme vacío provocado por la ausencia de deducciones causales, vacío que se ha pretendido llenar—y quizás se haya conseguido, en cierto sentido—con explicaciones finalistas. En la biología de todas las épocas se puede observar el esfuerzo para unir en una doctrina coherente todos los fenómenos de la materia organizada. Es lo que ahora llaman teorías vitalistas, las que pretenden demostrar que todos los fenómenos de la materia viva siguen reglas características, *sui generis*, enteramente distintas de las que rigen la materia inanimada; que los procesos vitales, según la expresión de Driesch, son autónomos. Con el desarrollo de las ciencias físico-químicas estas concepciones teleológicas han retrocedido, y el vitalismo actual sólo afirma que hay ciertos fenómenos en la materia viva que son enteramente inaccesibles a toda tentativa de explicación físico-química, que hay en ellos algo específico que los caracteriza y que ese «algo» es un verdadero irracional que señala el límite de las posibilidades de una explicación. La teoría antagónica, mecanicista, supone que, según la fórmula de Claude Bernard, «las propiedades vitales no son otra cosa que un complejo de propiedades físi-

cas» y que, en consecuencia, las propiedades que actualmente consideramos como características de la materia viva serán algún día reconocidas como condicionadas solamente por esta complejidad de la estructura de la materia.

Resulta inevitable concluir que las afirmaciones vitalistas son, en cierto modo, prematuras y que no podrán tomar un sitio legítimo en la ciencia sino cuando las investigaciones sean de un avance infinitamente mayor que en la hora actual. Parece que el mecanicismo, según la opinión del eminente biólogo Plate, «es el único camino que puede conducir a algún éxito». Sin embargo, nuevas formas de vitalismo aparecen, como la del biólogo italiano Rignano que postula una energía que sería la base de la vida y que poseería la propiedad de la «acumulación específica», provocando la disgregación del protoplasma y su reconstrucción.

EL ESTADO POTENCIAL

De las modalidades de la explicación especial, tales como las explicaciones por desplazamiento; las que se basan en la convicción, sugerida por el espacio euclidiano, de que podemos acrecentar o reducir al infinito las dimensiones sin que se modifiquen las relaciones de sus elementos; las que utilizan las propiedades esenciales de las figuras geométricas y, finalmente, las explicaciones causales fundadas en la equivalencia de los movimientos, Meyerson nos lleva a examinar el concepto de *estado potencial*, inventado por el intelecto humano con el objeto de suplir ciertas anomalías que advierte en el orden de las cosas. Abundan los ejemplos en las ciencias de la materia y en las ciencias del espíritu. En la física, encontramos el concepto de energía potencial que se sustrae a nuestra percepción directa, sólo se actualiza, se transfor-

ma en otras energías y se puede medir por la energía de movimiento que es capaz de desarrollar. Sin este concepto, no podríamos hablar del gran concepto de la conservación de la energía. Pero esta concepción no es característica de las ciencias de la materia. Así Hegel en su *Filosofía de la Historia* dice:

Podemos declarar que la historia del mundo es la representación de la manera cómo el espíritu llega al conocimiento de lo que él significa en sí; así como el germen lleva en sí la naturaleza entera del árbol, el gusto y la forma de los frutos, así las primeras huellas del espíritu contienen *virtualmente* la historia entera.

La historia desarrollaría así lo que se encontraba ya en el espíritu. Lo que se encontraba virtualmente o en potencia.

Si de las alturas de la metafísica hegeliana descendemos a las nociones más simples del sentido común, es fácil reconocer la existencia de este concepto. El sentido común supone que el mundo existe en sí, independientemente de la sensación. La proporción es verdadera en el sentido de que esa ontología ha sido formada a base de las posibilidades de la sensación y, como esta puede reaparecer en ciertas condiciones, las hipostasiamos en objetos. «Desde este punto de vista el objeto es una sensación o un grupo de sensaciones en potencia».

LA PARADOJA EPISTEMOLÓGICA

Este estado potencial que examinamos presenta a la vez identidad con el estado actual y diferencia con él. ¿Cómo concebir esta paradoja? Las numerosas tentativas para resolverla fluctúan entre dos extremos. En uno se colocan los que, de acuerdo con el sentido común, afirman una identidad completa entre lo que forma parte y lo que no forma parte de nuestra

sensación. Schelling cree que en esta identidad del objeto y de lo percibido y en su ineptitud para distinguirlos durante la percepción, donde el sentido común adquiere la realidad de las cosas exteriores. La convicción de la realidad del mundo exterior es dominante. Para J. S. Mill «las posibilidades de sensación» se transforman, por decirlo así, automáticamente e instantáneamente en verdaderos objetos, y Bertrand Russell declara que él no cree que sea tan monstruoso:

Afirmar que una cosa pueda presentar una apariencia cualquiera en un sitio donde no existe ningún órgano nérveo y ninguna estructura por la cual pueda aparecer.

En el otro extremo encontramos las nociones científicas y en ellas puede comprobarse la no identidad entre los dos estados. Así, por ejemplo, cuando se habla de energía potencial, no se identifica realmente con la energía cinética. Lo que la física afirma es que puede haber transformación. La energía potencial sería una posibilidad de movimiento, así como el objeto ausente de nuestra percepción inmediata es una posibilidad de sensación, pero con este matiz importante: en la ciencia no puede temerse ninguna confusión entre lo posible y lo real, entre lo potencial y lo actual.

Y Meyerson agrega:

Los esfuerzos siempre renovados para obligar a la razón a concebir simultáneamente nociones que, despojadas de su prestigio metafísico, aparecen como contradictorias, ¿son inútiles esfuerzos del espíritu? Lo anteriormente expuesto ¿no demuestra que hay en eso una condición inevitable del funcionamiento de nuestra razón, cuyo proceso podemos seguir desde la génesis de las concepciones más rudas del sentido común? ¿Y qué es el sentido común sino la suposición de que los objetos, que no son sino un conjunto de sensaciones, existen con independencia de ellas, es decir, según la famosa fórmula de Hume, «que

los sentidos continúan operando aun cuando haya cesado toda operación»? ¿Y la ciencia procede de otra manera cuando, al tratar de comparar sus átomos con ayuda de los «puntos singulares» del éter, concibe al éter diferente de lo que lo rodea y a la vez idéntico a él? ¿Cómo, pues, la filosofía, cuya tarea consiste en el esfuerzo tendiente a formar una imagen coherente del gran todo, escapará a esta necesidad ineluctable?

CIENCIA Y FILOSOFÍA

Para contestar a esta grande interrogación, examina Meyerson las tentativas de algunos filósofos eminentes, como Hegel, Schelling, Kant, Descartes, para dar una explicación global de la naturaleza. Reconociendo en algunos altas sugerencias, y en otros, muchísimo valor de sistematización, concluye por creer que todos han fracasado en su intento de explicación global; pero del examen de estas teorías se deduce la necesidad de un acuerdo entre la ciencia y la filosofía. Esta unión necesaria parece crear, a primera vista, una enorme confusión. En efecto, si la filosofía no necesita sino buena voluntad para acomodarse a los aspectos cambiantes de la ciencia, ésta, desde el punto de vista de la filosofía, se encuentra en una situación mucho más difícil. No hay ninguna concepción metafísica que haya reinado sin contrapeso, o mejor, sin inspirar ninguna duda. Y si es cierto que todas las explicaciones científicas son naturalmente, necesariamente ontológicas, necesitan esta ontología no en formación sino ya hecha; en otros términos, debe haberse operado una elección entre los sistemas metafísicos posibles. Hagamos notar, en primer lugar, que no puede ser la metafísica del sentido común. Las tentativas que le atribuyen un papel preponderante son tan sinceras como parecen. Cuando los filósofos se apoyan en el sentido común se reservan el derecho de definirlo a su manera y terminan, a menudo, sustituyendo lo que es una ontología primitiva por

concepciones más o menos idealistas, aprovechándose así de la tendencia de todo idealismo a volver subrepticamente a las nociones instintivas del realismo natural. Llega a considerarse el sentido común como juez supremo y en su nombre se condena determinada concepción científica o filosófica. Por ejemplo, Duhem ha combatido las nuevas teorías sobre los fenómenos eléctricos y luminosos y particularmente las teorías de la relatividad de Einstein y Minkowsky. Le basta comprobar que «no se podría dar, en lenguaje ordinario y sin renunciar a las fórmulas algebraicas, un enunciado correcto de esta teoría» puesto que «para que la ciencia sea verdadera no basta que sea rigurosa, es preciso que parta del sentido común para terminar en el sentido común». Juzga severamente esa ciencia que «progresa orgullosa de su rigidez algebraica, mirando con desprecio el sentido común que todos los hombres han recibido».

Si la ciencia abandona el sentido común ¿cuál es la concepción que debe ocupar su lugar? Con el objeto de resolver este problema, Meyerson examina las soluciones que le parecen más nítidas y, sin pretender rigurosidad, propone agruparlas en cuatro grandes clases: la teoría mecanista o atomista; la teoría energética; un realismo filosófico, más o menos refinado, tal como el realismo trascendental de Hartmann; y el idealismo matemático. Largo sería analizar estas soluciones. Tratando de resumir la actitud de la ciencia ante los sistemas filosóficos, podría agregarse que, cualesquiera que sean las convicciones filosóficas del sabio y cualquiera su grado de firmeza y adhesión, sólo intervienen cuando se dedica a la especulación filosófica; en cambio, cuando hace ciencia, se acallan. La actitud de la ciencia tiene así algo de paradójal. Cournot dice:

La unión íntima y, por lo tanto, la primitiva dependencia

del elemento filosófico y del elemento científico en el sistema del conocimiento humano, se manifiesta por este hecho notable: el espíritu no puede regularmente proceder a la construcción científica sin adoptar una teoría filosófica cualquiera, y, no obstante, el progreso de la ciencia no depende de la solución dada a la cuestión filosófica.

La concepción corriente consiste en admitir, por lo menos implícitamente, que la ciencia y el sentido común se ocupan de la realidad y afirman esta realidad, mientras que la filosofía sólo trata de destruirla. Se habla como si el cerebro del hombre fuera el sitio de varias razones distintas; la razón científica, la razón filosófica, y aun la del sentido común, diferenciándose esencialmente de ambas. Concepción errónea, pues es necesario comprobar que todos los procesos explicativos se aproximan. Nuestra razón, en las formas aparentemente más diversas, no aplica ni puede aplicar sino un solo artificio que consiste en explicar la diversidad reduciéndola a la identidad. Lo que caracteriza notablemente a la ciencia es que al examinar la disolución ulterior de la materia en el espacio, mantiene firmemente la realidad de los objetos. En el fondo de este proceso, hay una aceptación tácita de lo que la realidad contiene de irreductible a la razón. Esta aceptación no sería completa, ya que por una especie de reserva mental la razón conserva la esperanza de deshacerse ulteriormente de lo que ha admitido en forma provisional.

Originariamente, la filosofía es el arte de razonar sobre la realidad, y la ciencia, que se deriva de ella no es sino una especie de filosofía particular. Pero lo que los modernos califican de filosofía «es una tentativa para ponernos de acuerdo con nosotros mismos *hic et nunc*». Por esto tiene razón Burnet al afirmar que la aceptación de lo irracional constituye para ella una especie de suicidio. Y es por esto que, aunque provisionalmente, tiene el dolor de aceptar este sa-

crificio al cual la ciencia se resigna. Todo nos hace creer en la uniformidad esencial de nuestra razón; mejor, todo nos ordena afirmarla. A trueque del conflicto que se comprueba en ella sin cesar, es verdaderamente *una*.

Rodolfo Oroz.

ANDRES BELLO COMO FILOLOGO

LA Universidad de Chile rinde hoy este homenaje (1) de merecida y grata recordación al sabio ilustrísimo, el más representativo y venerable que podamos hallar en la historia de nuestras letras humanas, con motivo de cumplirse en este año el centenario de su llegada a Chile. En efecto, don Andrés Bello llegó a Valparaíso en los últimos días de Junio de 1829.

Fué de esos espíritus inquietos, fecundos, constantemente agitados por incansable curiosidad científica. Y así vemos que sus poderosas facultades mentales se ejercitaron en los más varios y extensos sectores del saber. Fué al propio tiempo y con el mismo brillo genial filósofo, publicista, literato, poeta, jurisconsulto, diplomático y legislador. Y todo eso: inteligencia, ilustración, laboriosidad lo puso, por un impulso generoso, que constituía la raíz misma de su personalidad, al servicio del progreso de nuestro país.

Andrés Bello y López, que tuviera un conocimiento cabal de tantas cosas complejas y abstractas, ignoró siempre la verdadera fecha de su nacimiento. Repetidas veces afirmó haber nacido en Caracas el 30 de Noviembre de 1780, mientras una investigación detenida ha venido a establecer en 29 de Noviembre de 1781 la verdadera data de su ya lejano advenimiento a la vida.

En un modesto convento de frailes mercedarios hizo sus primeros pasos en la vida del espíritu. Algún hábil humanista de entre aquellos frailes le enseñó la gramática latina, y el discípulo mostró pronto tanta afición como destreza en el manejo de las sutilezas de esa lengua. Aun su propio maestro hubo de sorprenderse y muy pronto sus triunfos le acarreaban la fama de ser el primer latinista de Caracas.

(1) Conferencia leída por su autor en la Universidad de Chile.

¿Cómo negar—dice Miguel Luis Amunátegui—que ese estudio concienzudo de los clásicos, efectuado tan anticipadamente, no haya contribuído sobremanera a formar la severidad de gusto que manifestó ese niño cuando pasó a ser uno de los escritores más castizos y sensatos de la América Española?

Tan brillantes y auspiciosos comienzos no habían de llegar a su término natural. Bello—por causas extrañas a su voluntad—debió abandonar sus disciplinas escolares y tomar desde luego su puesto en la lucha por la vida. A los veinte años lo vemos en calidad de oficial segundo de la Secretaría de Gobierno de Venezuela. Pero su afición a las disciplinas espirituales había hecho ya suficiente camino en su corazón y adquirido la apasionada potencia con que pudiera salvar aún más serios obstáculos y contratiempos.

De una parte—vinculado ya a los corrillos literarios de su país—ensayaba sus primeros acordes en la lira siguiendo, con relativa felicidad, el modelo de los maestros clásicos—tales Virgilio y Homero—en églogas, odas, y sonetos; por otra parte, íntimamente convencido de que sólo un concienzudo estudio de la gramática podría llevarlo a la perfección de forma a que aspiraba, lo emprendía con denuedo, mientras, al propio tiempo, hincaba el diente en las lenguas modernas, deseoso de mejor paladear sus producciones. «Una gramática, un diccionario y la paciencia habían sido sus únicos maestros», dice Amunátegui, refiriéndose a sus estudios de inglés.

Así, haciendo de día en día más extenso el campo de sus conocimientos lingüísticos y penetrando, por la reflexión constante, en su más íntimo sentido, por el camino de sus investigaciones gramaticales, retóricas y métricas, el joven Bello, sin desmedro de su carrera administrativa, entraba firme y seguramente en el campo de la lingüística y de la filología.

Ritmo tan sostenido de vida exterior, unido a la perpetua tensión de su voluntad que aspiraba a la ciencia, hubieran llevado a este hombre, sin congojas, a la cima del saber. Mas la vida de las naciones hispánicas de América alentaba ya poderosa en su nueva savia y soberbia. Así llegó aquel año de 1810 y con él, trascendentales acontecimientos. Cada nación requirió el esfuerzo de sus hijos mejores. Fué así cómo partió Andrés Bello a Inglaterra formando parte de aquella histórica comisión diplomática que integraran Simón Bolívar y Luis López Méndez.

En Inglaterra veía Venezuela, en aquellas horas de angustia, cifrada toda su esperanza. Y a ella—enviándole sus más distinguidos mensajeros—imploraba ayuda. Por la puerta de los

sucesos políticos penetraba Bello en la carrera diplomática, que ya no había de dejar haciéndola, por el contrario, otra de aquellas disciplinas en que su espíritu genial halló complacencia y surcó, con tan profundo y perdurable surco, que aun hoy los que tal ciencia cultivan lo reconocen como un maestro.

Volviendo al filólogo que en lo más recóndito de su alma alentaba, queremos escudriñar en sus quehaceres relativos a esta clase de estudios durante su permanencia en la ciudad de Londres.

Diez y ocho años—1810-1828—permaneció Bello en Londres. Los acontecimientos que determinaron su viaje habían quedado atrás en el pasado, olvidados en medio del frenético acontecer propio de las horas de grandes crisis. El embajador Bello no había vuelto a su patria. Aun parece que el gobierno de su país lo hubiera olvidado. Diez y ocho años son largo espacio de tiempo. Diez y ocho años para un hombre joven como era el Bello que llegó a Londres, constituyen el trabajo definitivo de una vida. ¿Quién era Bello—el hombre—tras esos años? Es como si preguntáramos que había hecho.

El joven Bello que antes—en la época de su duro noviciado en la Secretaría de Gobierno de Venezuela—robara horas de reposo para aprender lenguas modernas, no tardó en descubrir un asilo en el Museo Británico de Londres, asilo generoso para su hambre insaciable de saber. Y en él se refugió de lleno, descubriendo ahora una nueva senda de sabiduría por él hasta entonces no hallada: la lengua y la literatura griegas. Y emprendió con ese denuedo heroico que era su más saliente característica, el estudio del griego. Y pronto hubo de ver rendido a sus esfuerzos el misterio apasionante de los clásicos: Homero, Sófocles, etc. Además, persistió en su esfuerzo por conocer las lenguas romances. Y se dedicó esta vez al italiano, portugués y provenzal.

Pero de otro modo que no el de los libros, servía el Museo Británico a Bello. El Museo guardaba, es verdad, tesoros bibliográficos. Pero era también, y por eso mismo, el lugar de cita donde acudían eminentes sabios y hombres de letras con los cuales el neófito Bello trababa buena amistad y provechoso trato. Y fué también en este Museo Británico donde Andrés Bello, hacia 1817, se puso en contacto con la *Gesta* o *Cantar de Mio Cid*: aquella obra maestra de la literatura arcaica española que Tomás Antonio Sánchez descubriera y editara por primera vez en 1779. Bello halló reparos que formular a la edición de Sánchez. Y se propuso desde entonces campear por que la obra maestra perdurara en aquella su forma primitiva que él intuía con gran lucidez.

Tan vastos proyectos nacían en su espíritu—como queda dicho—hacia 1817. Sabemos—por carta que el propio Bello dirigiera al Secretario de la Real Academia Española, en aquel entonces don Manuel Bretón de los Herreros, en Junio de 1863—que su obra, comenzada en 1823, estaba preparada ya hacia 1834, pero que, a partir de esta fecha, diversas ocupaciones atrajeron la atención de su autor quedando así la obra inconclusa hasta 1862, fecha en la cual decide Bello retocarla.

Fué precisamente con este propósito que Bello se dirigió a Bretón. Le habría interesado consultar un ejemplar de la Tercera *Crónica General*, que era su principal fuente de información y de la que no tenía sino fragmentarias notas tomadas durante su estada en Londres. Habría deseado ardientemente también consultar aquellos preciosos códices escurialenses de que le había dado muestras el padre Scio en las notas que puso a su traducción de la Biblia en lengua romance. Pero no estuvo afortunado Bello en esta gestión ya que jamás recibió de Bretón ni una sílaba en respuesta a su carta. Bello debió contentarse con sus notas del Museo y con los fragmentos intercalados por el padre Scio en su obra. En 1865 Bello muere y la obra queda inédita. Diez y seis años más tarde es publicada en la forma en que fué hallada por sus herederos.

Cabe preguntarse de qué índole eran los reparos que Bello hacía a la edición de Sánchez. De este modo podremos averiguar cuál era el fin que lo guiaba al emprender la gigantesca tarea. En seguida, tiene interés establecer los medios con que contaba para llevar a buen término su empresa. Y, finalmente, precisar los resultados que obtuvo en sus cuarenta años de labor.

Cuanto al primer punto, esto es, al espíritu, propósitos de su obra, y aun en lo referente a su plan y fuentes de investigación, nada nos lo explica mejor que el propio Bello en el Prólogo de su obra:

Sensible es que de una obra tan curiosa no se haya conservado otro antiguo códice que el de Vivar, manco de algunas hojas, y en otras retocado, según dice Sánchez, por una mano poco diestra que lo desfigura. Reducidos, pues a aquel códice, o, por mejor decir, a la edición de Sánchez que lo representa, y deseando publicar este *Poema* tan completo y correcto como fuese posible, tuvimos que suplir de algún modo la falta de otros manuscritos o impresos, apelando a la *Crónica de Ruy Díaz*, que sacó de los archivos del monasterio de Cardeña y publicó en 1512 el abad fray Juan de Velorado. La *Crónica* suministra una glosa no despreciable de aquella parte del *Poema* que ha llegado a nosotros, y materiales abundantes para suplir de alguna manera lo que no ha llegado. Con esta idea, y persuadidos también de que el *Poema*, en su integridad primitiva, abrazaba toda la vida del héroe, conforme a las tradiciones que corrían (pues la epopeya de aquel siglo era ostensiblemente histórica, y en la unidad y compartimiento de la fábula épica, nadie pensa-

ba), discurrimos sería bien poner al principio, por vía de suplemento a lo que allí falta, y para facilitar la inteligencia de lo que sigue, una breve relación de los principales hechos de Ruy Díaz, que precedieron a su destierro, sacada de la Crónica al pie de la letra. El cotejo de ambas obras, el estudio del lenguaje en ellas y en otras antiguas, y la atención al contexto, me han llevado, como por la mano, a la verdadera lección e interpretación de muchos pasajes. Pero sólo se han introducido en el texto aquellas correcciones que parecieron suficientemente probables, avisando siempre al lector y reservando para las notas las que tenían algo de conjetural o de aventurado.

Comprenden las notas, fuera de lo relativo a las variantes, todo lo que creí sería de alguna utilidad para aclarar los pasajes oscuros, separar de lo auténtico lo fabuloso y poético, explicar brevemente las costumbres de la edad media, y los puntos de historia y geografía que se tocan con el texto, para poner a la vista la semejanza de lenguaje, estilo y conceptos entre el Poema del Cid y las Gestas de los antiguos poetas franceses; y en fin, para dar a conocer el verdadero espíritu y carácter de la composición y esparcir alguna luz sobre los orígenes de nuestra lengua y poesía.

Todo termina con un glosario, en que se ha procurado suplir algunas faltas, y corregir también algunas inadvertencias del primer editor. Cuanto mayor es la autoridad de don Tomás Antonio Sánchez, tanto más necesario era refutar algunas opiniones y explicaciones suyas que no me parecieron fundadas; lo que de ningún modo menoscaba el concepto de que tan justamente goza, ni se opone a la gratitud que le debe todo amante de nuestras letras por sus apreciables trabajos.

En resumen, imagina que el códice de Vivar—y la edición de Sánchez que lo representa—constituyen meros fragmentos de la primitiva obra de juglar. Y se propone—en primer lugar—informar sobre lo «no hallado». Por otra parte, procura corregir la versión de Sánchez para dar la verdadera lección e interpretación textual. Y con este mismo objeto añade notas referentes al texto en aquella parte en que sus correcciones le parecen dudosas. Ilustra al lector sobre lo circunstancial y lo profundo del Poema referentes a la historia y geografía españolas y a la lengua y literatura de la época. Y, finalmente, añade un «Glosario» encaminado a reparar errores e inadvertencias de Sánchez.

Con tres palabras podríamos sintetizar el proyecto de Bello: contemplar, corregir e ilustrar.

Si se compara el texto del Códice de Vivar presentado por Sánchez en 1779 y la edición corregida por Bello publicada en 1881, se pueden observar de inmediato las muchas enmiendas introducidas al texto por nuestro autor. Dió nuevo orden y disposición a los versos, ora llenando lagunas, ora desechando líneas, a su juicio, espurias, para acercarse en lo posible, como él dice, a la forma que probablemente ofrecía el Poema, antes de pasar por manos de copistas. En general, Bello alarga el texto. La edición paleográfica de Janer cuenta 3734 versos, la de Sánchez diez más y la de Bello 61 versos más. Además

uniforma la ortografía y somete la forma métrica del Cantar a un severo análisis ateniéndose a esta conclusión crítica: El Cantar pertenece a aquellas obras escritas en estrofa monorrima asonante, de metro largo y muy variable, con una cesura al medio.

Estudiemos ahora sus fuentes. Es de figurarse que el hombre que emprendía solo tan gigantesca tarea, contaba, por lo menos, con toda clase de elementos. No era así, sin embargo. Salvo la *Crónica de Ruy Díaz* que pudo consultar «in extenso», no dispuso, prácticamente, de otras fuentes. Se sirvió hasta donde le fué posible, según ya dijimos, de las notas tomadas en el *Museo Británico* sobre la *Tercera Crónica general*. Y de las informaciones que obtuvo en la obra del padre Scio de que ya hablamos. En cambio ignoró por completo la existencia del precioso códice llamado *Crónica de veinte Reyes*, explotado, en forma magistral, por don Ramón Menéndez Pidal.

Si examinamos ahora los frutos de su labor, cotejándolos con sus puntos de vista ideales, aquellos que tuvo en vista al emprender la obra, hallaremos que en cuanto a su aspiración de completar el texto, no logró éxito. Partía de una premisa falsa: la creencia de que el Cantar abarcaba, primitivamente, toda la vida del héroe. Bello había concedido excesiva importancia a la *Crónica particular del Cid*. Llegó a imaginarse que esa crónica representaba una prosificación menos adulterada del Poema que la que habría servido de modelo al copista Per Abbat. Esta opinión era sustentada todavía en 1891 por el famoso filólogo Cornu. Esta idea es la que lo induce a copiar, en la introducción a su obra, la parte de hechos de la vida del Cid anteriores a su destierro. Pensaba suplir, de este modo, la parte perdida.

Cuanto a las correcciones al texto presentado por Sánchez estuvo generalmente feliz. Esto lo reconoce juez tan severo como el propio Menéndez Pidal que dice:

Tal edición es hoy todavía muy estimable por haber comprendido mejor que las siguientes el sistema de asonancias del Poema, y por la mesura y acierto de las correcciones que introduce en el texto de Sánchez.

Menéndez Pidal mismo adopta en varios casos la explicación de Bello. Y aun lo hubiera hecho mejor si aquella edición paleográfica de Janer, publicada en el tomo 57 de la colección Rivadeneira, en lugar de aparecer en 1864, es decir, pocos meses antes de la muerte de Bello, hubiera llegado a sus manos algún tiempo antes. Ciertamente, Bello no habría dejado de introducir en su obra las mejoras que le sugiriera la edición paleográfica. Por lo menos, el conocimiento de esta obra casi en la víspe-

ra de su muerte debe haberle proporcionado la gran satisfacción de comprobar sus aciertos.

Una tal comprobación debió ser para Bello motivo del más justo orgullo. Sin embargo, era de un natural tan modesto que, al apreciar su propio trabajo dice en el Prólogo:

Yo no pretendo que el texto de la crónica y mis conjeturales enmiendas establezcan exactamente el de la Gesta, aunque no es imposible que hayan acertado alguna vez a reproducirlo.

En resumen puede calificarse la obra de Bello de verdaderamente prodigiosa ya que no vió ningún trabajo especial sobre el Poema del Cid, ni podía ver el Código de Vivar, ni le era dado consultar los manuscritos en que aparecen los orígenes del idioma castellano, ni pudo adquirir un ejemplar de la *Crónica General*; ni siquiera recibió contestación a su carta dirigida al señor Bretón de los Herreros.

Sus estudios sobre el «Cantar de Mio Cid» condujeron a Bello a emprender investigaciones especiales sobre asuntos filológicos medioevales. Entre otros hemos de citar su *Estado de la lengua en el siglo XIII*, emprendido hacia 1854, con ánimo de darlo a la estampa en forma de monografía. Además el que versa sobre el *Origen de la epopeya romanesca*, publicado en 1843, y reproducido junto con el anterior en forma de *Apéndices* a su edición del Cantar.

De la misma índole es su estudio sobre la *Crónica de Turpin*. Fué publicado primero en forma de memoria en una revista inglesa con el nombre de *La historia de Carlo Magno y de Rolando, atribuidas a Turpin arzobispo de Reims*; en forma refundida figura de nuevo en los *Anales de la Universidad*, números correspondientes a 1854 y 1858. Bello procuró fijar la fecha y el lugar de la composición de esta crónica y demostrar la relación que tienen con los poemas caballerescos anteriores y posteriores. Efectivamente en la *Crónica de Turpin* se inspiraron gran número de escritores de romances. Es posible que si el propio Bello hubiera hecho imprimir su obra, este importante estudio habría hallado también cabida en la edición del *Cantar*, junto a los anteriormente citados.

Otro de sus estudios que merece especial mención es el que insertó en el *Repertorio Americano*, que él y García del Río editaban en Londres, sobre el *Uso antiguo de la rima asonante en la Edad Media y en la francesa, y observaciones sobre su uso moderno*. Procuraba investigar el origen del asonante. Lo halló en composiciones latinas como *Ritmos de San Colombano* y *Vida de la condesa Matilde*. En el *Viaje de Carlo Magno a Jerusalem*

y *Constantinopla* ve un buen ejemplo del uso que los troveros de Francia hicieron del asonante. Y en la *Gesta de Mio Cid* la influencia del asonante en España a imitación de la francesa.

Este estudio de Bello tuvo tal repercusión que Eugenio de Ochoa no estimó desmedro suyo el incluirlo en el Prólogo de su *Tesoro de romanceros españoles*, cuidando, eso sí, de poner su firma al pie de las ideas de Bello.

Cuando Bello llegó a Chile en 1829 encontró que casi la mayoría de los chilenos que pretendían ser educados, hablaban y escribían muy mal el castellano. Por eso recomendó con gran constancia el estudio de la lengua castellana y especialmente de la gramática. En esto comulgaba con la idea de casi todos los filólogos de su tiempo, creyendo que los idiomas vivos se aprendían esencialmente mediante reglas gramaticales.

Bello vió la imperfección de las gramáticas nacionales y los defectos de que adolecía la gramática de la Real Academia. Y

juzgando importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes,

publicó a principios de 1847 la *Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los americanos*. Esta obra le valió inmediatamente el título de miembro honorario de la Real Academia Española.

Unos doce años antes había dado a luz otra obra gramatical titulada *Principios de ortología y métrica de la lengua castellana* (1835), estudio que fué muy favorablemente acogido por la Real Academia. Y un tercer trabajo de esta índole, *Lecciones de Ortología y Métrica* (1836), tratado excelente lleno de sagaces y curiosas observaciones. Y el artículo *De la diferencia que hay entre las lenguas griega y latina por una parte y las lenguas romanas por otra, en cuanto a los acentos y cantidades de las sílabas y del plan que debe abrazar un tratado de prosodia para la lengua castellana* anuncia ya al versado y diligente filólogo. Otra obra con el título de *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana* apareció en Valparaíso en 1841, pero fué concebida y redactada ya antes de 1810 y constituye uno de sus más originales y profundos estudios. La incorporó más tarde a su Gramática. De esta obra hay hasta ahora más de veinte ediciones, entre ellas numerosas ediciones chilenas y colombianas y varias españolas; hay, además, extractos y compendios.

Si Bello fué imitador y compilador en muchos de sus trabajos literarios, en gramática fué original, creador. Aplicó por pri-

mera vez a la gramática castellana una norma nueva. Todo el tratado ha dejado pruebas de honda reflexión sobre los diversos fenómenos gramaticales de la lengua castellana.

Las doctrinas de Bello, que revelan profundo ingenio y un método rigurosamente científico, han dado nueva luz a varios problemas oscuros de nuestra gramática y han abierto nuevos caminos a la investigación filológica. Y no es exageración aquello de decir que la Gramática de Bello es una obra que en los estudios gramaticales (castellanos) marca una era nueva y gloriosa.

Son admirables los principios formulados por Bello en el Prólogo de su *Gramática*. Dice en él que no debemos aplicar indistintamente a un idioma lo que constituye las prácticas de otro, pues

cada lengua tiene su teoría particular, su gramática. Y mal desempeñaría su oficio el gramático que, explicando la suya, se limitara a lo que ella tuviese de común con otra; pues una cosa es la gramática general y otra la gramática de un idioma dado.

No debemos trasladar ligeramente las afecciones de las ideas a los accidentes de las palabras. Se ha errado no poco en Filosofía suponiendo a la lengua un trasunto fiel del pensamiento; y esta misma exagerada suposición ha extraviado a la gramática en dirección contraria.

Y en seguida declara:

no he querido apoyarme en autoridades, porque para mí la sola irrecusable en lo tocante a una lengua es la lengua misma... Acepto las prácticas como la lengua las presenta, sin imaginarios elipsis, sin otras explicaciones que las que se reducen a ilustrar el uso por el uso.

Todos estos principios de Bello son tan exactos y acertados que, como todos sabemos, son los mismos y únicos que hoy día reconocen los lingüistas como normas en estas materias.

La obra de Bello, por supuesto, no es completamente nueva y original en todos los puntos. El mismo nombra los principales autores que le sirvieron de fuente o guía en la composición y le sugirieron ideas sobre el objeto. Así, por ejemplo, le sirvió mucho la obra de Garcés: *Fundamento del vigor y elocuencia de la lengua castellana*. También debe algunas importantes observaciones al famoso humanista español Francisco Sánchez, cuya *Minerva seu de causis linguae latinae commentarius*, constituye un monumento de erudición. La lectura de Condillac y de Tracy y de los gramáticos antiguos como Prisciano, por ejemplo, le insinuó también ciertas doctrinas. Pero Bello está lejos de repetir las ideas y teorías de sus guías: Salvá, Garcés o la Real Academia; él les imprimió siempre un sello personal.

Bello comienza su *Tratado* con algunas consideraciones ortológicas que él llama *Estructura material de las palabras*. Esto nos da lugar a examinar brevemente las principales ideas de Bello acerca de las reformas ortográficas que, a su juicio, eran de cierta utilidad. Sabido es que Bello señaló en unión del escritor colombiano Juan García del Río, en el año 1826, en el *Repertorio Americano*—ahora revivido en Costa Rica bajo la dirección de Joaquín García Monge—, la conveniencia de adoptar para el castellano una ortografía absolutamente fonética, es decir, en que se sigue el principio: un solo sonido por cada signo y un solo signo por cada sonido.

Comprendieron, sin embargo, los autores de esta reforma que tales innovaciones no podían tener éxito inmediato; pero para asegurarle un resultado distribuyeron las alteraciones propuestas en dos grupos. Para la primera época indicaron seis reformas:

1.º Usar la *j* en vez de la *x* y de la *g* en voces como *ejemplo*, que se escribía antiguamente con *x*; o *jénero*, que aun escribimos con *g*.

2.º Sustituir la *i* a la *y*, en todos los casos en que esta haga las veces de simple vocal.

3.º Suprimir la *h*, de modo que palabras como *ahora* se escribirán sin *h*.

4.º Emplear el doble signo *rr* en todas las sílabas en que representa sonido fuerte: así *rrojo*.

5.º Sustituir la *z* a la *c* en voces como *zielo*.

6.º Eliminar la *u* muda que acompaña a la *q*; así *qe* = *que*.

Para la segunda época señalaron dos importantes reformas:

1.º Usar la *q* en lugar de *c* fuerte; y 2.º Suprimir la *u* muda que acompaña a la *g* en voces como *gitarra* = guitarra.

De este modo García del Río y Bello redujeron las letras de nuestro alfabeto de 27 a 26, variando también sus nombres.

Las innovaciones propuestas por estos reformistas no tuvieron el éxito que se esperaba, sea que el uso común se resistiera a adaptarlas, sea que Bello hubiese cambiado de parecer a este respecto, de modo que en su Gramática no quedó consignada ninguna de las alteraciones notables. Según dice Amunátegui se usó en Chile por algunos años generalmente la ortografía reformada.

Pero, contra la opinión que don M. L. Amunátegui sustentara, la ortografía reformada no ha llegado a ser «la ortografía del porvenir en las naciones de origen español» ni siquiera se la considera ya actualmente en ninguno de estos países. En estos últimos años sólo una publicación mantenía vivo el culto a la

reforma ortográfica auspiciada por Bello: la publicación de los *Anales* de esta Universidad. Tan fiel institución no doblegó su fe; pero fué quebrantada en su propósito por el Decreto Supremo que impuso en definitiva la ortografía de la Real Academia de la lengua. Por otra parte Bello que, en este punto de su doctrina, no fué original, no reveló tampoco gran tenacidad ni espíritu de lucha para imponer su doctrina: la dejó morir.

El principal argumento de los adversarios de dicha reforma, o sea los partidarios de la ortografía etimológica, es, en primer lugar, la observación de que quedaría destruída la etimología desde el momento en que la ortografía se ajustase únicamente a la pronunciación; argumento bastante poderoso, ya que la ortografía es un medio importante para establecer las relaciones de las palabras. El sistema fonético traería, además, como consecuencia la confusión de todos los homónimos de la lengua; y si fuera copia fiel de la pronunciación habría de cambiar en cada dialecto y en cada época, ya que la lengua es un organismo viviente que evoluciona constantemente, todo lo cual aumentaría las dificultades en vez de disminuirlas.

Sin embargo, contra las objeciones, por poderosas que sean, siempre será verdad que la ortografía será tanto más perfecta cuanto más se reduzca a ser simple signo de sonido.

La solución que dió el Gobierno al problema de la ortografía no ha encontrado el aplauso de todos, y que las doctrinas de Bello en esta materia aun están vivas en nosotros lo prueba el elocuente discurso que pronunciara don José Alfonso con motivo de su incorporación a la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española el 17 de Noviembre del año pasado, en que el nuevo académico en fervientes palabras recordó al insigne varón y sus ideas referentes a la reforma ortográfica, deplorando profundamente que Chile hubiese abandonado las ideas señaladas por Bello y no hubiese aprovechado los esfuerzos desplegados por hombres como M. L. Amunátegui o el doctor R. Lenz.

Original y novedosa es en Bello la concepción de las relaciones entre morfología y sintaxis. No separa estrictamente los problemas morfológicos de los sintácticos. Con ello vuelve a manifestarse cuán profunda era su comprensión de los fenómenos del lenguaje. Se da cuenta de que la separación entre la morfología y la sintaxis a menudo no suele ser más que artificio y convención. Así ocurre, por ejemplo, con las desinencias de la conjugación, partículas que originariamente fueron palabras independientes unidas a la raíz para dar el producto morfológico del verbo conjugado por un procedimiento, en rigor, sintácti-

co. ¿Adivinó estas cosas Bello? ¿Fué en él una especie de intuición genial? No lo sabemos. Pero es a propósito de los verbos donde luce Bello uno de sus más claros títulos a la fama de que goza como gramático extraordinario. Nos referimos a su novedosa concepción de los verbos irregulares y del significado de los tiempos de la conjugación. Ambos tratados son clasificaciones; y es precisamente en el difícil trabajo de clasificar en que luce el penetrante ingenio de Bello. Son estos estudios que revelan también pacientes y largas meditaciones.

Para fines didácticos son indispensables tales clasificaciones aunque mirando el problema desde el punto de vista histórico un capítulo como el de los llamados verbos irregulares, adquiere un aspecto enteramente distinto del que se le da en las Gramáticas escolares.

En el otro estudio que Bello había publicado en una obra anterior a la Gramática con el título de *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana* el autor procede, sin vacilar, a cambiar la vieja nomenclatura, poniendo en lugar de la terminología universalmente admitida, la que, a su juicio, era más exacta o más sencilla. Estudia Bello en este capítulo el significado fundamental de los tiempos, luego los secundarios y finalmente el metafórico, llegando a conclusiones que demuestran que nuestro autor no se contentaba en describir, sino que penetraba muy hondo en la idea, en la filosofía de la lengua para sacar de allí sus definiciones.

De las modificaciones que Bello tuvo que introducir en las antiguas clasificaciones, ha resultado sin embargo en la enseñanza un grave inconveniente, que algunos no han vacilado en llamar defecto, que es el de haber apartado en varios puntos el sistema gramatical del castellano del de las otras lenguas cultas que en este respecto muestran una uniformidad casi perfecta debido a que han seguido hasta el día la terminología y clasificaciones de la gramática de las lenguas clásicas.

Al capítulo del significado de los tiempos sigue el de la clasificación de las proposiciones que para aquella época de las investigaciones filológicas fué una novedad por su sistema que, ciertamente, permite apreciar fácilmente en esta materia las diferencias sintácticas que hay entre nuestra lengua y las extranjeras, sin querer decir con esto que su división así como su nomenclatura sean recomendable aún hoy día.

Pero no es este el lugar de criticar severamente las doctrinas gramaticales de don Andrés Bello y nos obligaría a entrar en el estudio de pormenores de carácter técnico lo que nos llevaría más allá del marco dentro del cual ha de realizarse esta confe-

rencia. Además, se ha hecho ya tal crítica con criterio profundamente científico. El que se interese por tales cuestiones no necesita sino recurrir al libro del doctor Lenz: *La oración y sus partes*.

Podría señalar aquí varios otros puntos de la obra magistral de Bello que se distinguen por la novedad de algunas observaciones y abundancia de datos que con razón llamaron la atención de los filólogos, pero para no abusar demasiado de la benevolencia de este distinguido auditorio, pondré fin a este ligero análisis de lo tratado por Bello en su *Gramática* no sin decir que, fuera de estos puntos salientes de doctrina en que Bello dió admirable lección de su saber y agudeza, en toda la obra alienta el mismo espíritu magistral que revela la eficacia de un riguroso método inductivo.

Son a tal espíritu científico imputables las excelencias de un análisis siempre preciso, de un don de definir con invariable exactitud y exponer con esa claridad que es su más importante título de señorío científico.

Y a pesar de su modestia que admiramos en las palabras del prólogo:

No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América,

digo, a pesar de esta modestia, el gran filólogo del Nuevo Mundo dió lecciones en materia de lenguaje a la vieja España.

En el importante diario madrileño *El Sol* escribió Blanco Fombona el 1.º de Julio de 1926:

Andrés Bello—para América—fué el más prócer maestro de ayer. De sus enseñanzas aún vivimos. Perduran esas enseñanzas en los Códigos de algunas de nuestras Repúblicas, en la Gramática que se aprende en las escuelas, en las Antologías como modelo de buen decir, en textos de Derecho Internacional, en obras de Filosofía, en las generaciones que educó y han transmitido a otras generaciones, un noble anhelo de saber.

Y continuamos con las palabras del distinguido filólogo colombiano Marcos Fidel Suárez:

Mientras que los acentos que resuenan en las faldas de los Andes sean los mismos que se pronuncian en los valles cantábricos y béticos; mientras que aquende el Atlántico esté vivo aquel verbo en que se reflejaron el ingenio de Garcilaso y de Cervantes. . . , mientras que la lengua de América sea la lengua de Castilla, habrá sobre el orbe, a pesar de las olas del mar y de las olas de las pasiones humanas, una gran liga de pueblos que jamás podrán olvidar sus glorias ni renunciar a sus altos destinos. . .

Este suelo andino está cubierto hace años por nubes volcánicas. Pero

entre los hombres de privilegiados talentos, de profundo saber, de recto criterio, de acendrado patriotismo, de poderosa energía; en aquellos que bien pueden llamarse genios benéficos, precursores de mejores días, está antes que ninguno Andrés Bello, uno de los libertadores de América, legislador de un pueblo e inteligente factor de su prosperidad, así como uno de los fundadores de la cultura intelectual en América y guardián de las glorias seculares de una raza entera.

Y con razón pudo hacer escribir Andrés Bello sobre su tumba el epitafio compuesto según se dice por Ennio:

Nemo me lacrimis decoret, neque funera fletu

Faxit; cur? volito vivus per ora virum.

Nadie me honre con sus lágrimas ni vierta fúnebre llanto, porque mi nombre vive en la boca de los mortales.

Eugenio O'Neill.

LUNA DE LAS ANTILLAS

(Pieza en un acto)

PERSONAJES:

| | | | |
|--------------------------|--|-----------|--------------------------------------|
| YANK | } Marineros del cargo británico «Glencairn». | BIG FRANK | } Fogoneros a bordo del «Glencairn». |
| DRISCOLL | | DICK | |
| OLSON | | MAX | |
| DAVIS | | PADDY | |
| COCKY | | BELLA | } Negras de las Antillas. |
| SMITTY | | SUSSIE | |
| PAUL | | VIOLETTE | |
| LAMPS, el lamparero. | | PEARL | |
| CHIPS, el carpintero. | | | |
| OLD TOM, el «donkeyman». | | | |

El Segundo de a bordo. Dos marineros más—SCOTTY e IVAN—y varios otros miembros del equipo de carboneras y máquinas (1).

ESCENA.—Sección delantera del puente principal, a bordo del cargo británico «Glencairn», anclado frente a una isla de las Antillas. La luna llena, elevada a medias en el cielo, echa sobre el puente un raudal de luz clara. El mar está en calma y el navío inmóvil. A la izquierda, dos agujas de las grúas del mástil delantero, oblicuas en un ángulo de 45°, negras contra el cielo. Al fondo, la línea negra de la baranda de babor se destaca severamente contra la franja lejana de la playa de coral, blanca al claro de la luna, poblada de cocoteros cuyas copas aparecen por encima del horizonte. A la derecha se halla el castillo de proa, con una puerta abierta al centro, que lleva a los compartimentos de marineros y fogoneros. A cada lado de

(1) A excepción de *En la Zona*, la acción de todas las piezas marítimas en un acto de Eugenio O'Neill se desarrolla en los años que preceden al comienzo de la Gran Guerra.

la puerta abierta, otra cerrada, las cuales dan acceso a las cabinas del contra maestre, del carpintero, del mayordomo y del «donkeyman», a quienes se podría llamar los suboficiales de a bordo.

Cerca de cada baranda, hay también una escalera corta, como un tronco de puerta de escape, que conduce a la cima del castillo de proa, del cual puede verse un extremo a la derecha.

Al centro del puente, ocupando la mayor parte del espacio, está el gran cuadro sobresaliente de la escotilla número uno, cubierto de tela, cerrado por la noche.

El melancólico canto de los negros, débil y lejano, flota quejumbroso sobre el agua.

La mayoría de los marineros y fogoneros están sentados o semi-acostados sobre la escotilla. Paul apoyado en la baranda de babor, la parte superior de su cuerpo recortada contra el cielo. Smitty y Cocky están sentados en la cabecera del castillo de proa, con las piernas colgantes. Casi todos fuman pipas o cigarrillos. La mayor parte lleva trajes de mezclilla azul llenos de remiendos. Algunos de entre ellos tienen los pies desnudos y muchos, sobre todo los fogoneros, no tienen más que un pantalón y un jersey.

Son numerosos los que llevan gorra.

El sordo murmullo de diversas conversaciones en los grupos separados, cuando se eleva el telón. Este murmullo es reemplazado por un silencio súbito, durante el cual, el canto que viene de tierra, se escucha distintamente.

DRISCOLL (Un irlandés musculoso que está sentado al borde delantero de la escotilla; malhumorado).—Escuchad a esos negros. Yo me pregunto si a eso llaman cantar.

SMITTY (Un inglés joven de bigote rubio. Está sentado a la cabecera del castillo y mira por encima del agua, con el mentón entre las manos).—No es nada divertido, verdad? (Suspira).

COCKY (Un hombre pequeño, rechoncho, de bigote delgado y gris: golpeando en la espalda de Smitty).—¡Valor, viejo! No te vuelvas sombrío, Marqués. Ella te quiere.

SMITTY (Socarrón).—¡Cállate, Cocky! (Vuelve la espalda a Cocky y se pone de nuevo a soñar,

con la mirada fija en el lugar desde donde parece venir el canto).

BIG FRANK (Un fogonero inmenso situado a la derecha de la escotilla: con la mano extendida hacia tierra).—¡Es un entierro, nombre de Dios! Así me parece.

YANK (Un hermoso canalla sentado junto a Driscoll).—Me haces reír con tu entierro. Aquí no se les planta, germano. Se los comen para hacer menos gastos. Yo creo que este les ha caído mal y han pescado un cólico.

COCKY.—¡Un cólico! ¡Qué más quisieras! ¿No sabes tú que estos tipos tienen dos vientres, como los camellos?

DAVIS (Un hombrecito moreno, sentado a la derecha de la escotilla).—¿Supongo que tú les habrás visto los dos vientres, eh?

COCKY (Desdeñosamente).—No demuestres tu ignorancia tratando de ponerme en ridículo, a mí que he visto más tierras que las que tú verás en toda tu vida.

MAX (Un fogonero sueco: detrás de la escotilla).—A ver, cuenta, Cocky.

COCKY.—¡Dios! Es verdad lo que os he dicho. Se lo he oído decir a un tipo a quien hicieron prisionero en las Islas Salomón. Yo viajé con él una vez. Costaba mucho sacarle lo que le pasó. (Desvariando.) ¡Ah sí! ¡Qué tipo más divertido! ¡Venía de Mile End, caramba!

DRISCOLL (Gruñón). — ¡Sí, otro londinense mentiroso, como tú!

LAMPS (Un sueco corpulento, sentado en una silla de tijera delante de su puerta).—¿Y a ese, donde lo encontraste, Cocky?

CHIPS (Un largo escocés; riéndose). — ¡Apostaría a que fué en Nueva Guinea!

COCKY (Desafiante).—¡Sí! Fué en Nueva Guinea,

cuando naufragué. (Una verdadera tempestad de gruñidos y de risas estalla después de estas palabras.)

YANK (Levantándose).—¿Te acordarás lo que se te dijo que haríamos contigo si nos salías con otra de tus malditas mentiras de Nueva Guinea, eh? Cierra la boca si no quieres que se te lance por encima de la borda.

COCKY.—Oh, yo no quería más que instruiros un poco. (Se encierra en un silencio digno.)

YANK (Señalando la tierra con un movimiento de cabeza).—¿No sabes tú que aquí estamos en las Antillas, idiota? Aquí no hay caníbales. No son más que simples negros.

DRISCOLL (Malhumorado).—Sean lo que sean, que el diablo se los lleve con sus llantos y todo. Bien se puede perder la chaveta oyéndolos.

YANK (Sonriendo largamente).—Lo que hay, Drisc, es que alguna cosa te da vueltas en la cabeza.

DRISCOLL.—Tengo unas cochinas ganas de beberme un trago; y esa maldita negra del aprovisionamiento me ha jurado que nos traería bastante ron para todos, cuando volviera, esta noche.

BIG FRANK (Que ha oído: con voz fuerte y ansiosa).—¿Dices que la mujer de la canoa traería algo que beber?

DRISCOLL (Sarcástico).—Eso es, dícelo al Viejo y también al Segundo. (Todos se han aproximado a Driscoll y escuchan la conversación con un aire de sobreexcitación contenida. Driscoll baja la voz de una manera impresionante y se dirige a todos.) Ella me ha dicho que podría traerlo a bordo en el fondo de los canastos de frutas que traerán aquí para vendernos.

EL DONKEYMANN (Un viejo de cabellos grises y ros-

tro dulce y arrugado. Está sentado en una silla plegable, frente a su puerta, a la derecha).— Y traerá algunas mujeres negras esta vez, y si no, quiere decir que esto ha cambiado después de mi última escala aquí.

DRISCOLL.—Dijo que lo haría—dos o tres—, a lo mejor más. Yo no sé. (Esta noticia es recibida por todos con gran entusiasmo.)

COCKY.—¡Qué diversión!

OLSON.—¡Buen Dios! Tendremos una bella franqueta.

DRISCOLL (Advirtiéndoles).—No olviden que no hay que hacer escándalo, muchachos—con el ron, quiero decir — aunque el contramaestre esté en tierra. El viejo le ha prohibido que traiga ron, de otra manera no le compraría nada para el barco.

PADDY (Un pequeño irlandés feo, de Liverpool).— ¡Con eso nos embroma!

BIG FRANK (Volviéndose a él).—¡Cállate Paddy, idiota! ¿Quieres echarlo todo a perder? (A Driscoll.) Nosotros dos les haremos callar, Drisc.

DRISCOLL.—Lo que dices, germano. Le romperé el hocico al primero que comience con bochinches. (Se oyen tres campanadas.)

DAVIS.—Una doble y una simple. ¿A qué horas llegará, Drisc?

DRISCOLL.—Estará aquí de un momento a otro, seguro. (A Paul que ha vuelto a su posición cerca de la baranda después de oír la noticia de Driscoll.) ¿Ves tú si ya vienen, Paul?

PAUL.—Yo no veo ninguna canoa. (Todos se preparan a la espera, encendiendo pipas y cigarrillos y acomodándose a gusto. Hay un silencio interrumpido solamente por el canto quejumbroso y lúgubre de los negros en tierra.)

SMITTY (Lentamente, con un dejo melancólico).—

Quisiera que se callaran. Eso hace pensar en —¡oh!, en cosas que se debieran olvidar. ¡Maldito tedio caramba!

COCKY (Golpeándole la espalda).—¡Animo, viejo! Luego tendremos el ron, Marqués. (Desciende al puente dejando sólo a Smitty en la cabecera del castillo.)

BIG FRANK.—Canta alguna cosa Drisc, para que no oigamos esos ruidos.

DAVIS.—Una canción, Drisc.

PADDY.—Alguna cosa que todos conozcamos.

MAX.—Todos cantaremos el estribillo.

OLSON.—«Río Grande», Drisc.

BIG FRANK.—No. Esa no la conocemos. Canta «Whisky Johnny».

CHIPS.—«Nube voladora».

COCKY.—¡Eso no! Canta «Señorita de Amsterdam».

LAMPS.—«Santa Ana» es bonita.

DRICS.—¡Callarse todos! ¿Quieren una canción? Apuesto toda mi paga que no hay uno solo de toda la banda, aparte Yank, Ollie y yo mismo, y Lamps y quizá Cocky, puede ser, que sea lo bastante marino para diferenciar el palo mayor del palo de mesana en un velero. Ustedes conocen el nombre de las canciones, pero no saben ni una nota de la melodía, ni una palabra de los versos. Ya no quedan verdaderos marinos, de agua profunda, en el mar; es lo cierto.

YANK.—Cantemos «Derribad al hombre». Todos sabemos alguna parte. (Coro de voces afirmativas.) ¡Sí! ¡Eso es! ¡Anda! Cántanos esa, Drisc.

DRISCOLL.—Pero todos la siguen, ¿eh? (Canta.)
Paseando por la calle del Paraíso...

TODOS.—«¡Ohé, derribad al hombre!»

DRISCOLL.—«Paseando por la calle del Paraíso...»

TODOS.—«Dadnos tiempo para derribar al hombre.»

CORO

¡Derribad al hombre, muchachos, derribad al hombre!

¡Ohé, derribad al hombre!
Paseando por la calle del paraíso...
Dadnos tiempo para derribar al hombre.

DRISCOLL.—Me encontré con una niña encantadora...

TODOS.—¡Ohé derribad al hombre!

DRISCOLL.—Me encontré con una niña encantadora...

TODOS.—¡Dadnos tiempo para derribar al hombre!

CORO

¡Derribad al hombre, muchachos, derribad al hombre!

¡Ohé, derribad al hombre!
Me encontré con una niña encantadora...
¡Dadnos tiempo para derribar al hombre!

PAUL (En tanto que Driscoll carraspea, preparándose a comenzar el couplet siguiente).—Oye, Drisc. Creo que allí está. Hay una canoa por ese lado. (Todos se precipitan a la borda y miran hacia tierra.)

YANK.—Son cinco o seis y cacarean como gallinas.

DRISCOLL (Sobreexcitado).—¡Bravo muchachos! Son ellas, cáspita. (Hace algunos pasos de «guigue» sobre el puente).

OLSON (Después de un silencio durante el cual todos observan el bote que se acerca).—¡Mi Dios, son seis, palabra!

DAVIS.—Yo veo los canastos. Allí, al centro de la barca.

BIG FRANK.—¿Qué es lo que traen? ¿Whisky?

DRISCOLL.—¡Ron, ron de las Antillas, que cae como peñascazo en las tripas!

LAMPS.—A lo mejor no lo traen; puede haber tenido miedo del patrón.

DRISCOLL.—¡Tú siempre con tus duchas frías, Lamps! ¡Yo le arranco el maldito pellejo si no cumple con su palabra!

YANK.—Ahí están. Oíganlas... (Llamando). ¡Buenas noches, querida! (Se oyen voces de mujeres que hablan y ríen.)

DRISCOLL.—Vamos, ¡apúrense en abordar!

LA VOZ DE UNA MUJER.—Ya llegamos...

DRISCOLL.—¡Eh, Yank! Tú y yo las ayudaremos. Eso las pondrá de buen humor.

COCKY (Viéndolas subir por la izquierda).—No seas tan pillo, Drisc. No te lo tomes todo antes que lo veamos.

DRISCOLL (Por encima del hombro).—Tendrás tu parte, muchacho... No temas. (El y Yank salen por la izquierda.)

COCKY (Lamiéndose los labios).—¡Dios! ¡Yo sabré que hacer con mi parte!

DAVIS.—¡Yo también!

CHIPS.—Apuesto a que ninguno va a malgastar la suya.

BIG FRANK.—¡Yo sólo me tomaría un tonel, mil demonios!

COCKY.—Yo espero que todas las chicas no serán tan feas como éstas. Esa tiene un hocico de mono sabio, caramba. ¡Y como esa, yo no las quiero!

PADDY.—Tendrás mucha suerte si ellas te miraran, especie de embrión contrahecho.

COCKY (Furioso).—¡Ah sí! Tú tampoco tienes premio de belleza, compañero. ¡Mono chascón!

PADDY (Avanzando hacia él, con truculencia).—¿Cómo? Repítame eso, si te atreves...

COCKY (Huraño, empuñando su cuchilla).—¡Mono

chascón, he dicho! (Paddy trata de agredirlo, pero los otros lo retienen.)

BIG FRANK (Empujando a Paddy).—¿Qué te pasa Paddy? ¿No has oído que Driscoll dijo que había que evitar las peleas?

PADDY (Gruñón).—¡Yo no me dejo tratar así por este cochino lavapuentes!

COCKY.—¡Anda, mugriento guarda-carbón! (Driscoll aparece sonriendo con satisfacción. La querrela es olvidada inmediatamente por todos y todos se aprietan a su alrededor con exclamaciones de ávida curiosidad.) ¿Qué hay Drisc? ¿Ya está? ¿Qué es lo que trae? ¿Y las mujeres? (Etc.)

DRISCOLL (Mirando temerosamente hacia el puente superior).—¡No tan fuerte, hombre de Dios! (El clamor se calla.) Si ella ha traído. Llegará de repente con una o dos botellas para cada uno, tres chelines cada frasco. Así es que no hay para qué perder la paciencia.

COCKY (Indignado).—¡Tres chelines! ¡Ah, la cochina vaca!

SMITTY (Con sonrisa irónica).—¡Un robo a mano armada, palabra! (Todos se vuelven y lo miran, sorprendidos de oírlo hablar.)

OLSON.—¡Hombre de Dios! No se lo pagamos.

BIG FRANK.—¡Cochina negra ladrona!

PADDY.—Se lo tomaremos y luego no se lo pagamos.

TODOS (Murmurando).—¡Cochina ladrona! Muy justo, no le pagaremos. ¡Ni un maldito céntimo! (Etc.)

DRISCOLL (Sonriente).—Si lo quieren, bueno, y si no, lo dejan, muchachos. (Echa una mirada sobre el puente superior y luego saca una botella del interior de su camiseta.) Es buen ron, del legítimo. (Bebe.) Yo me levanté este frasco de uno de los canastos, cuando ellas no miraban. (Pasa la botella a Olson, que es el que

está más cerca.) Toma, Ollie. Bebe un traguito y hazla correr. No es mucho, pero alcanza para haceros cambiar el humor, siempre que no toméis demasiado. ¡Y hay toneles, todavía! (La botella pasa de mano en mano; cada uno bebe un poco y se relame con un «¡Ah-ah!» de satisfacción.)

DAVIS.—¿Y ella dónde está, Drisc?

DRISCOLL.—Está hablando con el patrón. Por el dinero, seguramente.

DAVIS.—¿Y las muchachas?

DRISCOLL.—Con ella. Ha traído cinco a bordo. Dos pequeñas perlas, casi tan blancas como tú y yo, para el viejo imbécil de barba blanca y los demás oficiales y quizá si hasta para los ingenieros. Las otras vendrán aquí con ella.

COCKY.—No deja de ser divertido, el patrón. ¡Nombre de Dios! ¿Te acuerdas tú, cuando partimos, que él estaba sobre el puente, serio como un fraile? ¿Y su mujer que lloraba como si la estuvieran reventando? ¿Y los chicos que lloriqueaban haciéndole señales con sus pañuelos? (Con una gran indignación moral.) ¡Y véanlo ahora como va con una maldita negra! Hay que ser capitán para hacer eso. ¡Nombre de Dios! ¡Cochino, cangrejo!

DRISCOLL.—¡Ciérrala, insecto! ¿Quién eres tú para gritar tanto, tú que tienes una mujer y chiquillos que te lloran por todos los puertos del mundo, según tus propias palabras?

COCKY (Siempre indignado).—Pero yo no soy un capitán. Yo no tengo mujer legítima, ante el civil, quiero decir. Yo no tengo...

BIG FRANK (Poniendo su manaza sobre la boca de Cocky).—No tienes por qué hablar tanto, ¿entiendes? (Cocky se aparta.) Dime, Drisc, ¿cómo se le paga a esta mujer? No tenemos plata.

DRISCOLL.—Es muy sencillo. Cada muchacha tendrá un pedazo de papel y cuando tú te compres alguna cosa lo apuntas, con el precio al lado, y firmas con tu nombre. Si tú no sabes escribir, otro te lo hará. Y sobre todo, no olvidéis que cuando se compra un frasco de ron (guiñando un ojo) u otra cosa prohibida... se anota tabaco o fruta o algo así. Cuando ella se vaya el capitán le pagará lo que se le debe en el papel y lo descontará de los sueldos. ¿Comprenden?

TODOS.—Sí. Muy sencillo. Muy bien, Drisc. Eso es. Natural... (Etc.)

DRISCOLL.—Y no olviden que les he dicho estar tranquilos con el ron. De otra manera el Segundo nos caerá encima y se aguará la fiesta. (Coro de asentimientos.)

DAVIS (Mirando hacia popa).—¿No son ellas que llegan? (Todos miran en esa dirección. Se escucha la risa estúpida de una mujer.)

DRISCOLL.—Miren a Yank cómo le estrecha la cintura a una... Ese muchacho no pierde el tiempo. (Las cuatro mujeres entran por la izquierda, riendo y murmurando entre ellas. Las tres primeras llevan canastos sobre la cabeza. La más joven y más bonita viene la última. Yank la enlaza por el talle con un brazo y le lleva su canasto con la otra mano. Las cuatro tienen tipo marcadamente negro. Llevan vestidos amplios de colores claros y la cabeza envuelta en vistosos pañuelos. Dejan sus canastos sobre la escotilla y se sientan junto a ellos. Los hombres, sonrientes, se agrupan a su alrededor.)

BELLA (La más vieja, la más gruesa y la más fea de las cuatro, devolviéndoles su larga sonrisa).—Salud, muchachos.

LAS OTRAS MUJERES.—Salud, muchachos.

LOS HOMBRES.—Salud. Buenas noches. ¿Cómo les va? Salud... (Etc.)

BELLA (Cordialmente).—Espero que habréis hecho un buen viaje. Yo me llamo Bella, esta Susie, aquella es Violette, y la otra (mostrando a la que está con Yank) es Pearl. Ahora se conocen todos.

PADDY (Brusco).—Bien por las chicas. ¿Y el ron?

BELLA (Agria).—¡Vaya un impaciente! Si hablas tan fuerte no tendrás nada, ni tú ni los otros. ¿Tú crees que yo quiero que el capitán me desembarque?

YANK.—Sí. No tienes por qué gritar. ¿O quieres meternos a todos en un cuerno?

BELLA (Echando una rápida ojeada por encima del hombro).—¡Vamos! Que algunos de ustedes, los más grandes, se pongan detrás de la escotilla para que los oficiales no puedan ver lo que hacemos. (Driscoll y otros pocos se sientan o se paran detrás de las mujeres, sobre la escotilla. Bella se dirige a Driscoll.) ¿Les has dicho tú que hay que firmar por lo que tomen y «cómo» deben firmar?

DRISCOLL.—Sí, mi—¿cómo dices que te llamas?—
—ah, sí, mi Bella querida.

BELLA.—Bueno, entonces; pero los muchachos deben irse al castillo de proa en cuanto tengan su botella. No se bebe sobre el puente. Y nada de bochinches. (Un murmullo impaciente de asentimiento se levanta del grupo.) ¿No es eso, Mike?

DRISCOLL.—Como lo dices, querida. (Big Frank se inclina y le dice algo al oído. Driscoll ríe y se golpea un muslo.) Escucha, Bella, hay algo que quiero pedirte para mi compañero que es muy tímido. Se trata de las señoras, así es que

será mejor que te lo diga en voz baja para que ellas no se ruboricen. (Se agacha y le hace una pregunta.)

BELLA (Categórica).—Cuatro chelines.

DRISCOLL (Riendo).—¿Habéis oído, vosotros? Es a cuatro chelines.

PADDY (Furioso).—Al diablo con las habladurías. Yo quiero beber.

BELLA.—¿Entendidos, Mike? ¿Listos?

DRISCOLL (Después de mirar al puente superior).—Perfectamente. Al negocio.

BELLA.—Vamos niñas. (Las muchachas retiran cada una una botella de entre las frutas que hay en sus canastos. Cuatro de los hombres se empujan y las cogen.) Tráenos luz, Lamps, eso es. (Lamps va a su cabina y vuelve con una bujía. Se la pasan de una mujer a otra a medida que los hombres firman por sus botellas sobre las hojas de papel.) Anoten cigarrillos o tabaco o frutas, ¡eh! No lo olviden. Eso cuesta tres chelines. Llévenselas al castillo de proa. En el nombre del cielo, no beban aquí al claro de la luna. (Los cuatro entran en el castillo de proa. Otros cuatro los reemplazan. Paddy se planta frente a Pearl, que está sentada junto a Yank, quien la tiene abrazada.)

PADDY (Brusco).—¡Dame eso! (Ella le tiende un frasco que él le arranca de las manos y se vuelve para partir.)

YANK (Severo).—¿Vamos, qué es eso? Tú todavía no has firmado.

PADDY (Sombrío).—Yo no sé escribir mi nombre.

YANK.—Entonces yo firmaré por ti. (Toma el papel que tiende Pearl y escribe.) ¿Nadie tratará de robarle a esta perlita mientras yo esté aquí, eh? ¿No es verdad pequeña?

PEARL (Sonriendo largamente).—No digas...

BELLA (Viendo que los cuatro están servidos).—Llévenlas al castillo de proa, muchachos. (Paddy por desafío, levanta su botella y bebe un sorbo a plena luna. Bella lo ve.) ¡Mirad a ese! ¡Ah, lindo cochino! (Paddy va encorvado hacia el castillo de proa.) Ah, ese quiere hacerme pescar. ¡Ya es bastante! Iremos todos al interior, muchachos, donde no nos pesquen. Vamos, chicas. (Las muchachas cogen sus canastos y siguen a Bella. Yank y Pearl son los últimos en alcanzar la puerta. Ella queda detrás de él, con los ojos vueltos hacia Smitty, siempre sentado a la cabecera del castillo, el mentón entre las manos, los ojos en el espacio.)

PEARL (Agitando la mano para llamar la atención).—Oye, buenmozo. Tú me gustas.

SMITTY (Con frialdad).—Si, yo quisiera una botella, si usted gusta. (Desciende de la escalera y entra con ella en el castillo de proa. Nadie queda sobre el puente, salvo el Donkeyman que está sentado y fuma su pipa delante de su puerta. Se escucha un ruido en sordina de las voces en el interior; pero la lúgubre cadencia de la canción en la isla se hace escuchar débilmente otra vez. Smitty reaparece y cierra tras de sí la puerta del castillo. Se estremece y sacude los hombros como para deshacerse de algo desagradable. Luego se lleva a los labios la botella que tiene en la mano y bebe un largo sorbo. El Donkeyman lo mira impasiblemente. Smitty se sienta sobre la escotilla frente a él. Ahora que la puerta cerrada oculta casi todo ruido, la canción viene de tierra claramente por encima del agua que la luna ilumina.)

SMITTY (Habiendo escuchado un instante).—¡Ah, esa maldita canción! (Bebe un sorbo más.) ¿Qué me dice Ud. Donk?

EL DONKEYMAN (Dulcemente).—Me parece hermoso y, luego, eso hace dormir.

SMITTY (Con risa amarga).—¡Dormir! Aunque yo la escuchara largo tiempo no podría dormirme jamás.

EL DONKEYMAN.—No es de lo peor esa música, ¿no es cierto? A mí me parece bastante bien—bajo y lúgubre—como si en un domingo se escuchara el órgano desde fuera de la iglesia.

SMITTY (Con un poco de impaciencia).—Yo no quería decir que fuese mala música. No es eso. Se trata de los horribles recuerdos que eso trae por alguna razón. (Bebe otro sorbo.)

EL DONKEYMAN.—¿Tú la has oído antes?

SMITTY.—No. Jamás. Pero hay alguna cosa ahí dentro que me hace pensar en... ¡Oh, qué diablos! (Se esfuerza por reír.)

EL DONKEYMAN (Escupiendo, plácidamente).—Curiosa cosa, los recuerdos. A mí no me han molestado nunca demasiado.

SMITTY (Contemplando fijamente un instante: con tranquilo desdén).—No, evidentemente que no.

EL DONKEYMAN.—Y no es que yo no haya tenido una porción de disgustos; pero yo me los saco de la cabeza y los olvido.

SMITTY.—¿Y si Ud. no pudiera sacárselos de la cabeza? ¿Si ellos lo obsesionaran despierto y dormido, entonces, qué?

EL DONKEYMAN (Dulcemente).—Bueno, entonces me emborracharía igual que tú.

SMITTY (Con amarga risa).—Buen consejo. (Bebe otra vez. Comienza a demostrar los efectos de la bebida. Su rostro está congestionado y habla bastante incoherentemente.) Nosotros somos unos pobre cabritos que se han extraviado, ¿no es así Donk? ¿Eh? ¡Que Dios en su misericordia tenga piedad de nosotros! ¿Cierto no, Donk?

EL DONKEYMAN.—Puede ser: yo no sé. (Después de un corto silencio.) ¿Qué fué lo que te hizo embarcarte? Tú no estás hecho para esto.

SMITTY (Riendo extrañamente).—¡El viejo diablo de la botella, Donk!

EL DONKEYMAN.—Yo bebí mi parte, hace tiempo. Era el buen tiempo, aquel tiempo. Ahora ya no puedo soportar la bebida. El doctor me dijo que o la dejaba o reventaba. (Escupe con gusto.) Entonces la dejé.

SMITTY (Con risa estúpida).—Entonces beberé un trago por Ud. ¡A tú salud viejo! (Bebe.)

EL DONKEYMAN (Después de una pausa).—¿Hay alguna mujer en el asunto, eh?

SMITTY (Altanero).—¿Qué se lo hace pensar?

EL DONKEYMAN.—Hay siempre alguna cuando uno se deja enervar por la música. (Da varias chupadas a su pipa.) ¿Y ella te ha dicho que te dejaba plantado porque te emborrachabas; y tú dijiste que te emborrachabas porque ella te dejaba plantado? (Escupe a su gusto.) Curiosa cosa el amor, ¿verdad?

SMITTY (Levantándose con la dignidad del borracho).—Yo le agradecería que no se mezclase en mis asuntos, Donkeyman.

EL DONKEYMAN (Sin demostrar molestia alguna).—A todo el mundo le pasa lo que acabo de explicar. ¡A mí, cuántas veces me pasó! (Cordialmente.) Entonces les daba un papirote en la oreja y salía a emborracharme más que nunca. Y luego, cuando volvía, encontraba siempre algo bueno que se había cocinado especialmente para mí. (Dando chupadas a su pipa.) Es la única manera de hacerlas andar cuando se empacan. ¿Tú no lo has probado nunca?

SMITTY (Pomposamente).—¡Los caballeros no le pegan a una mujer!

EL DONKEYMAN (Plácidamente).—No. Y es por eso que ellos tienen recuerdos cuando oyen música. (Smitty no se digna responder a esto y se encierra en un silencio despreciativo. Davis y Violette salen del castillo de proa y cierran la puerta tras ellos. El titubea un poco y ella ríe de manera estridente.)

DAVIS (Volviéndose hacia la izquierda).—Por aquí Rosa, o Margarita, o Jazmín, o Tulipa Negra o Violeta o como te llames. Nadie nos verá por aquí. (Salen por la izquierda.)

EL DONKEYMAN.—Vean, qué amor más rápido, ¿eh? Y todavía hay más en el castillo. Así no quedan recuerdos.

SMITTY (Realmente angustiado). — ¡Cállate Donk! ¡Eres insoportable! (Bebe un largo trago.)

EL DONKEYMAN (Filósofo).—Eso depende de cómo ha sido uno educado, ¿no es cierto? (Pearl sale del castillo de proa. Llega del interior un estallido de voces. Pearl cierra la puerta tras ella, divisa a Smitty sobre la escotilla y viene a sentarse a su lado, echándole un brazo sobre los hombros.)

EL DONKEYMAN (Regocijado).—Mira ese amor, Marqués.

PEARL (Acariciando con su mano el rostro de Smitty). —Buenos días, buenmozo. (Smitty rechaza su mano con frialdad.) ¿Qué hace aquí tan solo el hermoso muchacho?

SMITTY (Con gesto torcido).— Pienso (Muestra la botella que tiene en las manos) y para no pensar, bebo. (Bebe y ríe estúpidamente. El frasco está vacío en sus tres cuartos.)

PEARL.—No debiera beber tanto el buenmozo. ¿No lo sabe? Cuando llegue la mañana tendrá un grande, grande dolor de cabeza.

SMITTY (Con sequedad).—¿Sí, eh?

PEARL.—Es la verdad. Yo sé lo que digo. (Con voz acariciante.) ¿Por qué me huyes, lindo? Tú me gustas. Los otros no me gustan nada. Son todos mal educados. Tú no eres mal educado; tú eres un caballero. Yo conozco a un caballero desde tan lejos como lo vea.

SMITTY.—Gracias por el cumplido; pero usted se equivoca. Yo no soy, en verdad más que un farsante. (Agrega con amargura.) Y un perdido.

PEARL (Acariciándole el brazo)—No es cierto. Yo te conozco mejor que eso. Tú eres un caballero. (Intimamente.) Yo no querría con aquellos, pero (Se sonríe con coquetería) contigo no es la misma cosa. (El la rechaza hastiado. Ella salta.) ¿Tú no me quieres, buenmozo?

SMITTY (Algo avergonzado).—Perdóname. Lo cierto, sabe, es que yo tenía la intención de molestarla. (Sus buenas maneras son exageradas como las de un ebrio.) Estoy un poco fuera de mí.

PEARL (Tranquilizada)—Entonces, ¿me quieres un poquito?

SMITTY (Despreocupado).—Pero es claro, sí, ¿por qué no? (Retira rápidamente su brazo, con un estremecimiento de asco, y bebe. Pearl lo mira curiosamente, intrigada por sus extraños gestos. Abren la puerta del castillo de proa con un puntapié y Yank aparece. El vocerío de gritos, de risas y de canciones ha redoblado su violencia. Yank va titubeante hacia Smitty y Pearl.)

YANK (Pestañeando al mirarlos).—¡Buena cosa! Ah, eres tú Smitty, el Marqués. Iba a darle una trompada al tipo que me robara la muchacha, pero puesto que eres tú... (Sentimental.) Los compañeros, son compañeros. Y un compañero mío puede tener todo lo que yo tengo,

¿no es verdad? (Tiende la mano.) ¡Salud, Marqués! (Smitty le toma la mano y se la agita de alto a abajo.) ¿Verdad que tú y yo somos viejos compañeros?

SMITTY.—Ya lo dices, Yank. Pero te engañas respecto a esta muchacha. Ella no está conmigo. Justamente ella te iba a buscar al castillo de proa. (Pearl lo mira, cargándosele de odio los ojos.)

YANK.—¿Es cierto?

SMITTY.—¡Palabra de honor!

YANK (Tomando el brazo de la mujer).—Entonces, ven, Pearl. Vamos a beber con los compañeros. (La lleva hasta la entrada. Ella se despega de su brazo para volverse furiosa hacia Smitty.)

PEARL.—¡Cochino, puerco! ¡Puedes irte al cuerno! (Entra en el castillo y cierra la puerta con estrépito.)

EL DONKEYMAN (Escupiendo con calma).—Mirad ese amor. Y son todas lo mismo, blancas, rojas, amarillas y negras. Un papirote en la oreja, no hay como eso para hacerlas marchar. (Smitty no responde, pero ríe amargamente y bebe una vez más; luego se queda sentado, con los ojos vagos, la botella casi vacía, entre las manos. El vocerío en sordina que llega del castillo de proa se acrecienta y un instante después la puerta se abre y la multitud, dirigida por Driscoll, se derrama sobre el puente. Están todos muy ebrios y algunos tienen su botella en la mano. Bella es la única mujer que aparece tranquila. Ensayá en vano retener a los hombres. Pearl continúa bebiendo en el frasco de Yank, ríe con estridencia y se apoya en Yank que la enlaza. Paul llega el último, trayendo un acordeón. Titubea hasta la escotilla y allí se queda con el instrumento bajo el brazo.)

DRISCOLL.—Tócanos para bailar, ¡cabeza de vaca!
¡Tócanos un verdadero turkey trot, que tene-
mos ganas de bailar, mil demonios!

YANK.—De esos de la carrera de Barbary Coast a
San Francisco.

PAUL.—No lo sé. Pero veremos. (Comienza con algu-
nos acordes.)

YANK.—Eso es, anda. (Davis y Violette vuelven y se
mezclan a la multitud. El Donkeyman los con-
templa a todos con aire de indulgencia. Smitty
mira derecho frente a él y no parece darse
cuenta de que ya no está sólo sobre el puente.)

BIG FRANK.—¿Bailar? Yo no bailo... ¡Me asquea!
(Acompaña la frase del gesto y ríe sin ningun-
na significación.)

DRISCOLL.—Entonces, quítate de ahí, viejo esqueleto,
y déjanos lugar. (Big Frank se sienta sobre la
escotilla a la derecha. Los demás, que no van
a bailar, lo imitan y van a apoyarse en la ba-
randa de babor.)

BELLA (Pronta a llorar porque no ha podido retenerlos
en el castillo o que se callen una vez fuera).—
¡En el nombre del cielo, muchachos, no griten
tan fuerte! ¿O quieren causarme molestias?

DRISCOLL (Abrazándola).—Baila conmigo, reina de
los caníbales. (Alguien deja caer una botella
sobre el puente, que se quiebra con estrépito.)

BELLA (Histérica).—¡Eso es, el Capitán habrá oído!
¡Ay Señor!

DRISCOLL.—¡Eso nos friega! ¡Pero queda la música!
¡Adelante! (Paul comienza a tocar «Your Great
Beautiful Doll», saltándose algunas notas. Las
cuatro parejas se ponen a bailar meneando mu-
cho los hombros, una especie de viejo turkey
trot, como se baila en las tabernas de marine-
ros, más grotesco aun a causa de que todas
las parejas están ebrias y se atropellan a cada

instante. Dos hombres comienzan a bailar juntos, atropellando de intento a los otros. Yank y Pearl vienen a bailar delante de Smitty. Al pasar junto a él, Pearl le da un golpe en la cara con todas sus fuerzas y ríe maliciosamente. El se levanta de un salto con los puños cerrados, pero se da cuenta de quién le ha pegado y vuelve a sentarse con amarga sonrisa. Yank ríe a carcajadas.)

YANK.—¡Hou! ¡Qué golpe! Un punto en tu contra, Marqués.

DRISCOLL (Lanzando su gorra a la cabeza de Paul). —¡Más rápido, sapo! (Paul hace esfuerzos desesperados por acelerar, y la música sufre las consecuencias.)

BELLA (Sofocada).—¡Déjame! Me has sofocado y me has pisado, irlandés torpe. (Se debate, pero Driscoll la sujeta con fuerza.)

DRISCOLL.—¡Hombre de Dios! ¿Por qué tienes los pies tan grandes? Dulcemente, despacito. Eso te hará enflaquecer un poco. (A la fuerza la hace dar vueltas sobre el puente. Cocky con Susie bailan cerca de la escotilla. A la derecha Paddy, que está sentado sobre el borde, con Big Frank, estira el pie y la inestable pareja pierde el equilibrio y cae. Sobre el puente, se eleva un coro de carcajadas. Cocky se levanta el rostro pálido de cólera y se lanza sobre Paddy que lo recibe con presteza. Driscoll golpea a Paddy y Big Frank golpea a Driscoll. En un relámpago, el combate general se declara y el puente no es más que una masa movediza de hombres ebrios que se castigan a ciegas. Sin embargo, la idea general parece ser la de un combate de marineros contra fogoneros. Las mujeres lanzan gritos y se refugian sobre la escotilla, donde se apretujan en un grupo ate-

morizado. Hay, finalmente el brillo de un cuchillo, al resplandor de la luna y un agudo grito de dolor.)

DAVIS (Entre la multitud).—¡Ahí viene el Segundo! ¡Vámonos de aquí! (Sálvese quien pueda hacia el castillo de proa. Después de un instante no quedan sobre el puente más que el pequeño grupo de mujeres sobre la escotilla, Smitty que se frota las mejillas inconscientemente; el Donkeyman que fuma con tranquilidad; Yank y Driscoll con los rostros visiblemente maltratados, sus jerseys hechos pedazos, inclinados sobre el cuerpo inanimado de Paddy. En el silencio, el coro lúgubre de tierra, llega intermitentemente hasta el barco.)

DRISCOLL (Rápidamente, en voz baja).—¿Quién lo tajeó?

YANK (Estúpido).—Yo no he visto. ¿Cómo quieres que lo sepa? Apostaría a que fué Cocky. (El Segundo entra por la izquierda. Es un hombre grande, fuertemente hecho, vestido de un simple uniforme azul.)

EL SEGUNDO (Amoscado).—¿Qué significa todo ese ruido? (Divisa al hombre que yace sobre el puente.) ¡Bueno! ¿Qué es esto? (Se inclina sobre Paddy.)

DRISCOLL (Tartamudeando).—Euh... nosotros nos divertíamos un poco, atropellándonos sin hacernos mal—y luego—yo no sé... (El Segundo vuelve el cuerpo de Paddy y ve la herida a cuchillo sobre el hombro.)

EL SEGUNDO.—¡Un cuchillo, caramba! (Saca de su bolsillo una lámpara eléctrica y examina la herida.) Felizmente, no es la carne. Ha debido golpearse la cabeza sobre el puente, al caer. Eso lo ha dormido, y esto no es más que un rasguño. Tráiganmelo a popa y lo vendaré.

DRISCOLL.—Bien, mi oficial. (Toman a Paddy por los hombros y por los pies y lo llevan hacia la izquierda. Por primera vez el Segundo ve a las mujeres sobre la escotilla.)

EL SEGUNDO (Sorprendido).—¡Buenas noches! (Va hacia ellas.) Vayan a buscar el dinero a la cabina y largo de aquí. Ah, si dependiera de mí, ustedes no... (Su pie tropieza con una botella. Se inclina, la toma y la huele.) ¡Nombre de Dios! ¡Es ron! ¿Entonces es con esto que han perdido la cabeza? Bien pensaba yo que tenían algo raro en el aliento. (A las mujeres, duramente.) No hay necesidad de ir donde el patrón por el dinero. No tendréis nada. Eso os enseñará a traer ron de contrabando y a causar motines.

BELLA.—Pero, Señor...

EL SEGUNDO (Severo).—Usted conoce la prohibición del ron. ¡No hay dinero!

BELLA (Indignada).—Palabra de honor, Señor, yo jamás he traído...

EL SEGUNDO (Feroz).—¡Usted miente! Y nada de discusiones, o mañana presento una demanda en tierra y os hago encerrar.

BELLA (Sumisa).—Por favor, señor...

EL SEGUNDO.—Ahora, lejos de aquí. Y ni una sola palabra, ¿eh? Por encima de la borda y ligero. Los otros os están esperando. ¡Largarse! (Ellas se apresuran, casi corriendo salen por la izquierda. El Segundo las sigue, saludando al Donkeyman y sin mirar a Smitty que sigue sumergido en sus sueños. El silencio absoluto reina sobre el barco algunos instantes. El canto melancólico de los negros flota plañidero sobre el agua. Smitty escucha intensamente un momento; luego suspira con fuerza; suspiro que es casi un sollozo.)

SMITTY.—¡Buen Dios! (Bebe la última gota de su frasco y lo lanza detrás de él, sobre la escotilla.)

EL DONKEYMAN (Escupiendo tranquilamente).—¡Todavía los recuerdos! (Smitty no responde. La campana pica dos golpes dobles. El Donkeyman vacía su pipa de un golpe.) Yo me voy a dormir. (Abre la puerta de su cabina, pero se vuelve para mirar a Smitty con simpatía.) No se oye en el castillo de proa... La música quiero decir... Y todavía quedará algo que beber, allí dentro. ¡Buenas noches! (Entra y cierra la puerta.)

SMITTY.—¡Buenas noches, Donk! (Se levanta con laxitud y camina con los hombros encorvados, titubeando un poco, hacia el castillo de proa, y entra. Hay un silencio de un segundo, roto solamente por la voz obcecada y deprimida de la música débil y lejana que es casi el rumor del claro de luna vuelto inteligible.)

CAE EL TELÓN

Traducción de A. Rojas Giménez.

EL SENTIDO DE LA NATURALEZA EN LA POESIA CHILENA

II

OSCAR LANAS es su reverso (1). Si Echeverría soñó el mar como un vidente y su experiencia marítima es la aguda comprensión de las ásperas narraciones de su padre, Lanás recogió en diez años de correrías por la costa del Pacífico sus aguas fuertes del Océano. Espuma y humo de carbón, traqueteo de máquinas y graznidos de pájaros, rojas auroras y noches plateadas, gritos de marineros ebrios y trágicas peleas en las cantinas de los puertos, supersticiones ocultas como monstruos en la caverna de las máquinas o en las mal olientes bodegas de los buques, forman el dinámico tumulto de sus versos marítimos. Dinámico él también, piloto de vapores caleteros o sobrecargo en transatlánticos ingleses, vagabundo en Haway o desertor en Panamá, barretero más tarde en la pampa o repórter de periódicos en el Perú o en Colombia, Oscar Lanás pasea su verbosidad pintoresca por toda la América. Agil, mentiroso como un andaluz, agitada siempre su cabellera criolla de negros rizos de alquitrán por un invisible viento aventurero. Poeta, sobre todo. Hace diez años que intenta publicar un libro y no consigue reunir sus versos que ruedan, como un polen poético, por todas las redacciones de los diarios santiaguinos.

El libro se inicia con un pórtico lírico, que habla de un imaginario nacimiento náutico: canción del navinato o el nacido en la nave:

¡Yo he nacido en el mar! ¡Yo he nacido en el mar!
y en un claro día de primavera.
Los hombres siempre nacen en seguro solar.

(1) El autor se refiere a don Raimundo Echeverría y Larrazábal. Véase el número anterior de ATENEA, en que se publicó la primera parte de este estudio.

Yo he nacido en un barco, lejos de la ribera.
Un marinero viejo, al irme a bautizar
—dicen—ungió mis labios con el agua salobre.
Y yo, frente a la vida, poniéndome a pensar,
no siento la tristeza de haber nacido pobre,
porque nací en el Mar, porque nací en el Mar.

Mis pulmones llenáronse con la esencia salina
y el viento en mis oídos sopló su caracol.
Una nube fantástica me sirvió de madrina
y de padrino el sol.

Hubo fiestas a bordo. Fuegos artificiales
de fantasmagorías
debajo de mi cuna.
Los truenos descargaron gruesas artillerías.

De oro era el farol chinesco de la luna,
y de plata la bandeja del agua, llena de pedrerías.

¿Qué más honor? ¿Qué príncipe tuvo lo que yo tuve?
Naciendo en cunas de oro jamás podrán contar
con el nevado alcázar que yo tengo en la nube,
ni la vasta comarca que poseo en el mar.
Soy hijo del Océano. Lo amo, como él me quiere.
Mi espíritu es el alma de su harmonium profundo.
A veces manso y suave, cual la ola que muere,
y otras veces, cual tromba de empuje furibundo.
Soy único heredero del amplio mar sonoro.
¡Qué de riquezas guardo bajo su espeso tul!
Pero yo sé la clave de sus puertas de oro,
pues soy un pensamiento de su cerebro azul.

Más adelante canta al lobo de mar y en su vagabunda psicología pone algo de su propio espíritu.

Viejo lobo marino que enciendes tus pupilas
con las maravillosas visiones de tu andanza,
en tanto de tu pipa se elevan intranquilas
volutas que semejan un barco en lontananza.
La llama de los vientos doró tu piel de lobo,
lo mismo que los soles que inciensan los racimos,
buscando inmensidades atravesaste el globo,
pues siempre fué mezquina la playa en que nacimos.

El humor marinero retoza en un dibujo al carbón, apenas esbozado, sin título, con un musical de barcarola, que el poeta anota en la forma siguiente:

Vaivén en una noche, a bordo de un vapor anclado en un puerto oscuro, mientras el piloto está durmiendo sobre el coy y la luz de la luna que va asomando, le alumbra el rostro.

¡Eh! Contramaestre
que tienes tu panza
como tu barca.
Cuando caminas
llevas el mismo
ritmo del agua.
Gimen los mástiles,
chillan los pinos,
pifian las tablas,
y los baupreses
indican rutas
imaginarias.
La vela se infla
como la enagua
de una preñada.
Y desde tierra
los mandoleones
lloran nostalgias.
Las mariposas
de las pavesas
saltan y saltan, saltan y saltan.
Y las gaviotas
como albas flechas
pican el agua.
Y las gaviotas,
como pañuelos
de despedida
baten el agua.
Los horizontes
cierran sus puertas
con nubes raras,
y al sol le sangra,
tal como a un Cristo,
toda la cara.
El viento rasga
sus vestiduras
entre las gaviotas,
y tu recuerdo
rompe mi frente
como cascada.
La luna trepa
—araña de oro—
por las escalas,
y en unas nubes
fija sus finos
hilos de plata.
A veces, mira
la claraboya
que da en mi cara,
y mientras duermo
como un grumete,
balanceándome
sobre la hamaca,
ella derrama,
toda la noche, toda la noche, toda la noche,

natas de luces
sobre las aguas, sobre las aguas, sobre las aguas.

Alejandro Reyes y Víctor Barberis, si no han navegado mucho, han sentido, en cambio, la nostalgia del velero que arriba de alta mar, oliente a aceite de ballena y decorado por arabescos de sal, la poesía de las redes, puñados de rectas grises, sujetas al suelo por fragantes estacas de boldo, o los viejos lanchones de la rada, barnizados de costañas garúas, cuyas proas gastadas cortan los ángulos de las bodegas o se enredan, como pesadas arañas, en la red enhollinada de las grúas.

Todos sus recuerdos de niño y adolescente los ha fijado Alejandro Reyes en *Motivos del Puerto*. Revive el antiguo Talcahuano en sus sonetos, de vigoroso diseño y delicados tonos de color: los rincones de la bahía, sus coloniales pescadores, sus prácticos, sus capitanes y sus astilleros, sus laboriosos remolcadores, envueltos en humo; los veleros de velas grises como las alas de las gaviotas viejas; el estruendo de las mareas invernales o la modorra de la histórica bahía, ebria de azul en las siestas del estío.

LA RÍA

El canal tiene un ambiente
de paisajito holandés...
Llevado por la corriente
un lanchón nada al revés.

Son dos manchas de colores
las orillas de la ría:
casitas de pescadores
le prestan su poesía.

Y horadando la calvicie
de una escueta superficie,
en una pirueta gráfica

que contra el cielo arremete,
se levanta el estilete
de la antena telegráfica.

PUERTO VIEJO

Vuestro encanto de antaño, viejos barcos veleros,
avezadas fragatas y gallardas goletas,
ágiles bergantines y balandros ligeros,
mecidos blandamente sobre las aguas quietas.

Ya no se ve la gracia de vuestros masteleros,
ni el mascarón de proa sonreír al oleaje,
ni tampoco se escuchan cantares marineros
salir desde la recia trama de los cordajes.

Y ya apenas si llegan, al par de la marea,
esas brisas salinas, con hálitos de brea,
que aspiramos de niños, junto a la vieja rada...

Humos, «donkeys», vapores, en un conjunto ambiguo.
Y ya, en el puerto viejo, de vuestro encanto antiguo,
no va quedando nada, no va quedando nada!...

Llegamos por último, a la más reciente modalidad de nuestra poesía, en su relación con la naturaleza chilena.

Una honda huella de los paisajes del norte, del centro y del sur se observa en los poetas modernos. El esfuerzo iniciado por los primeros intérpretes de la naturaleza chilena ha producido sus frutos. Ahora el color está en una palabra, en una breve acotación, en el trazo de un árbol, de una montaña o de un tronco que voltea río abajo, pero la composición cerebral predomina sobre la individualización de las cosas. El tono luminoso no es lo principal. Es lo accesorio; y sin embargo, es lo distintivo, lo que da a estos poetas, a pesar de sus influencias extranjeras, un carácter nacional.

Algunos, que he colocado en las clasificaciones anteriores, pueden caer asimismo en esta última etapa de poesía pura, quinta-esenciada: Magallanes Moure, por ejemplo, pero esto se debe a la evolución del poeta a través de todas las etapas, incluso la modernista, mientras otros se han detenido en un momento dado de esa evolución. En el carácter estilizado de todos estos poetas últimos, es fácil reconocer, por sus metáforas, la zona de Chile donde nacieron o vivieron.

Mondaca y Gabriela Mistral tienen una raíz común de atormentada inquietud mística. Ya hemos hablado de la influencia religiosa de La Serena. Debemos agregar aún el ensueño angustiante del minero del norte que busca durante años una veta y no la encuentra. En Coquimbo casi todos son mineros o poseedores de una pertenencia no explotada. Luego, la trágica alarma de los piratas de la colonia, que llegaban a la región en busca de criollas de ojos ardientes y de las sabrosas frutas de los huertos, quebró la quietud de aquellas almas y les dió un motivo de miedo o de peligro vago que fué en el tiempo germen de fantasía creadora.

El ambiente cultivado de la capital ha dado poetas sabios, de gustos cortesianos, como Hübner, Ernesto Guzmán y sobre todo, Préndez Saldías, en contraposición al arte juglaresco, eglógico de Jorge González y Carlos Acuña. Esta nota cerebral se acentúa en los innovadores, hijos de Europa, Pablo de Rokha y Pablo Neruda. La cordillera de la costa desempeña también

un papel importante en la evolución nacionalista de nuestra lírica. Además de Jorge González tiene un intérprete de sus paisajes gredosos, de sus leyendas y de sus huasos sencillos, en Max Jara. Verleniano en sus primeros tiempos, hosco y angustiado, se purifica como un agua de vertiente en la primavera y nos da en romances, a la manera de los poetas españoles del siglo XV, una visión nueva, esencial, de las tierras pobres y su tragedia.

Carlos Mondaca era de Vicuña, vieja ciudad de la provincia de Coquimbo. Se educó en el Seminario de La Serena. Esta educación piadosa, casi la de un aspirante a sacerdote, imprimió una huella nunca borrada en su sensibilidad de niño y de hombre. Bondad húmeda, cristiano altruísmo por seres y cosas, que fué acentuándose paulatinamente hasta convertirse en su manera de ser, en su filosofía, en la esencia misma de su personalidad literaria.

Sus versos son una flor de cultura, una concreción armoniosa de su bondad y de su comprensión del problema de la vida. No escribió versos porque sí. Estos nacían cuando la copa desbordaba, cuando la saturación poética rompía la costra de materialidad que la vida cotidiana había dejado en él. La naturaleza aparece en sus versos, pero alejada, como una nota de color, del recuerdo de un color, para exteriorizar este mundo interno, estas *moradas*, donde el poeta se ha recogido a contemplar la vida. La madre, la esposa, los hijos: hogar humano. Cristo y la Virgen: hogar supraterráneo.

Esta visión estilizada de la naturaleza donde ya no se precisa la sensación visual, porque en el cerebro del poeta se ha acendrado, haciéndose un toque vago, podemos verlo en un fragmento de su poesía *Cuando el Señor me llame*:

Una mañana de abril—habrá llovido—
no me levantaré. Se acercarán sin ruido
las gentes de mi casa para observar si duermo
y por sus ojos tristes sabré que estoy enfermo.
El temblor de sus lágrimas será la estrella que
me diga que es preciso partir y no volver;
y como para entonces estaré tan cansado,
no haré siquiera un gesto de espera. Resignado
no pediré otra cosa que entreabran la ventana
para mirar el cielo; y hasta mi frente cana
descenderá piadosa y azul la caridad
de la mañana, a darme la postrer claridad.
Estaré con los ojos cerrados, como inerte,
saboreando la última tregua de la muerte.

De vez en vez, sus manos, santas y dolorosas,
mi mujer pondrá en mí con suavidad de rosas.

Mi hijo me mirará callada y largamente
 —los labios de su madre se han posado en mi frente—,
 y como teme que me turben sus sollozos,
 se abrazará a mi nuera. Con sus ojos curiosos
 que lloran y no saben, pregunta el nieto. Cae
 la tarde lentamente. Rumor de otoño trae
 la brisa, quejas de árboles y la melancolía
 de lejanas campanas vespérales. El día
 se irá junto conmigo.

Sobre Gabriela Mistral se ha escrito mucho y casi siempre desacertado. Cierta entonación bíblica de sus versos, tal vez su carácter de maestra, han sugerido la fácil asociación del origen hebreo de su poesía, de su parentesco con las parábolas del Nuevo Testamento. Nada de eso en mi concepto. La psicología de Gabriela Mistral no tiene tales complicaciones. Es una mujer atormentada que ha convertido en un ascetismo espiritual sus muy humanas ansias de amar. Hay en el enredo de una sintaxis primitiva, sin mucha ciencia, destellos de luz, extrañas y retorcidas metáforas que por lo mismo resaltan más. Así brilla en mil destellos un diamante destrozado, si la gracia del sol se disuelve en sus minúsculas aristas. Vale decir, en este caso, verdadera, humana y muy chilena emoción de Gabriela Mistral.

A un temperamento tan generosamente dotado de sensaciones como el de nuestra poetisa, la naturaleza de Chile no podía serle indiferente. Así, esta agria potencia antropomórfica de la artista ha convertido en símbolos los árboles quemados por las nevascas patagónicas y por los vientos glaciales que lo modelaron a su antojo. Árboles quemados o espinos enloquecidos de sed en tierras muertas, en laderas de rojo corazón de greda.

Ved su *Arbol Muerto*, de pie en la desolación de la llanura:

En el medio del llano,
 un árbol seco su blasfemia alarga;
 un árbol blanco, roto
 y mordido de llagas,
 en el que el viento, vuelto
 mi desesperación, aúlla y pasa.
 De su voz que ardió, sólo dejaron,
 de escarnio, su fantasma.
 Una llama alcanzó hasta su costado
 y lo lamió, como el amor mi alma.
 Y sube de la herida, un purpurino
 musgo, como una estrofa ensangrentada.
 Los que amó, y que ceñían
 a su torno en Setiembre una guirnalda,
 cayeron. Sus raíces
 los buscan, torturadas,
 tanteando por el césped,

con una angustia humana.
Le dan los plenilunios en el llano
sus más mortales platas,
y alargan, porque mida su amargura,
hasta lejos su sombra desolada.
Y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga.

En nadie esta inquietud de vivir, inquietud que es casi una alucinación, se ha cristalizado mejor que en la poetisa María Peralta, de Elqui, muerta a los veinte años. Cuerpo quebradizo que el amor y la tisis abrasaron en afiebrados estremecimientos. Un terror ancestral viene de otros siglos a posesionarse de ella. Un barco pirata ha arriado sus velas oscuras junto a su corazón. En sus versos simples, hechos de pavor y esperanzas, de vida y de muerte, revive estilizada, hecha poesía, la vieja leyenda de bucaneros que las abuelas transmitieron de generación en generación, al borde del brasero de bronce y entre chupada y chupada de la tradicional bombilla de plata y del cigarrillo de hoja de maíz.

Así es su *Barca Negra*:

La barca, la barca negra...
De plomo el mar.
Los forzados sollozan:
¡Esta condena
no va a acabar!

La barca, la barca negra...
De ágata el mar.
Los forzados aúllan,
crujen los remos,
solloza el mar.

La barca, la barca negra...
Ébano el mar.
Los mástiles rechinan.
La barca negra
se va a acabar

La barca, la barca negra...
se hunde en el mar,
los galeotes cantan,
rompen amarras...
¡Bendito el mar!

La barca, la barca negra
no está en el mar;
ni están los galeotes
ni las cadenas...
¡Bendito el mar!

Pero hay también en su espíritu claridades de sol. También sus ojos cansados recogen el alma verde de los campos del Norte y saben de la parda pincelada del rancho en la colina o del cuerpo bronceado y repleto, como fruta en sazón, de la campesina de las viejas tierras de la conquista.

Dice por ejemplo:

Como un enfermo, reclinado
buscando apoyo en el parrón,
se tiende el rancho, en el milagro
de las montañas y del sol.

O bien:

Un trozo
de tierra morena,
esponjoso y blando
es tu rostro.
Un fruto
que se comba rojo,
maduro y fragante,
es tu labio.
Tus ojos
tienen la negrura
del monte, de noche.
Tus ojos...
Tus largas pestañas
son como las sombras
que en la noche bajan
sobre la montaña.
Cisterna
henchida de ritmo,
tus fuertes y suaves
caderas,
y tú, campesina,
toda eres un salmo,
un salmo que canta
a la Vida!

La cordillera de la costa, rica fuente en la Colonia de los mejores árboles de Chile, explotada por los astilleros jesuítas durante dos siglos, muestra sus lomos desnudos, donde sólo la viña pone en los veranos el verdegay de sus pámpanos nutridos. Raquílicas espigas se mueren de sed en sus faldas, donde rojea la arcilla. Zorros hambrientos persiguen a las majadas de cabros. Jotes enlutados ciernen su vuelo sobre los ranchos misérrimos. La tierra se quema bajo el sol; y mira pasar, sedienta, el agua de un gran río que va hacia el océano, como deseoso de abandonar cuanto antes las estériles montañas.

En una tonalidad elegíaca, que deriva de Jorge González seguramente, Max Jara ha hecho, en un romancero sabio, el elogio de las tierras pobres. No figuran en él héroes legendarios, como en las antiguas gestas de España. Tampoco se exaltan episodios enormes. El árbol que, enredado entre los hervidores borbotones de la corriente, va hacia el mar, el quebranto del viajero sentado junto a los sauces acogedores, la niña morena como una espiga madurada en el estío, el gemido de las zurzulas o el galope de la guerra civil de Concepción al Maule en los viejos tiempos de la formación de la República, a toda esta decoración lejana y simple, en un paisaje simple y cercano, le ha dado el poeta forma y carácter.

Leeré el romance *El Árbol Muerto*, hondo símbolo del destino, de puro sabor clásico, a pesar de la chilenidad de su asunto:

Camino del mar va el árbol,
ayer, no más, florecido;
solo, con las turbias aguas,
muerto se lo lleva el río.
Lo ha amortajado de espuma,
y con un ronco alarido
le va rezando, sin tregua,
un responso sin motivo,
en que, al mismo tiempo, dice
la soberbia de ser río.

Camino del mar se va;
ojos humanos lo han visto.
Cúbrenlo, a veces, las ondas;
y un largo reflejo lívido
resbala, entonces, con ellas,
en una fuga sin ruido;
pero luego, con un brusco,
resonante escalofrío,
corta la línea del aire
sobre las aguas erguido;
Las raíces poderosas
destilando espeso limo,
retorcidas y crispadas
por un esfuerzo de siglos,
¡qué valió su vano arraigo
ante la fuerza del sino!
Frescas aun las heridas
de los muñones macizos
que fueron las ramas, vástagos
recios, elásticos, finos,
otros tantos brazos hábiles
en los vientos suspendidos,
que al morir en la desnuda
verde luz del brote tímido
tienen la belleza frágil
de los dedos de los niños.

Camino del mar va el árbol;
nadie lo ha reconocido.
¡Quién lo viera en la montaña
junto a la cuna del río!
¡Qué atrás se quedara el mundo!
Para otros el prodigio
susurrante del follaje,
y los vértigos floridos,
y el orgullo de los frutos,
y el secreto de los nidos.

Hoy ya todo le es ajeno,
aun el propio destino.

A veces, entre aguas muertas,
encuentra el tronco un asilo:
viscosas algas lo cubren,
cual lo decoraran vivo
bellezas de enredaderas
en amores fugitivos.
Lento se hunde en el fango
cual si estuviera dormido.
Con el viento, pasa el tiempo
y su imperceptible ritmo
va royendo cada fibra
mientras lo mece, tranquilo.

Pero un día, el sol lejano,
la nube lluviosa vino,
y el tronco entrará de nuevo
en el turbion amarillo,
cual una fuerza extraviada
orientándose al destino;
mas ya sin masa, al acaso
derivando carcomido,
sigue camino del mar
sin nobleza de vencido.

Entre tanto, allá en el ancho
y luminoso vacío,
ebrios de vientos salados,
rasgan el mar los navíos,
o se yerguen, indolentes,
con portentoso equilibrio,
cada mástil trepidante
al esfuerzo contenido;
y las entrañas del mar
los sienten pasar divinos,
mientras los alumbran, altos,
los viejos astros solícitos.

Ya en las velas, obedientes,
trabaja el viento sumiso,
cantando como otros días
junto a la cuna del río;

cual aún siguen cantando,
con un vasto arranque lírico,
entre el pueblo de los robles
de la montaña, los hijos
tal vez de ese mismo tronco
que llega el mar, su destino,
sobre un tumulto de espumas,
florecimiento tardío,
cual sobre un lecho de angustias,
como un cadáver tendido.

De los agrios terrones costeros es también Jerónimo Lagos Lisboa, pero en su poesía no hay esta aspereza, de pura estirpe chilena que vemos en González Bastías y en Max Jara. Un lejano ascendiente portugués ha dado a su poesía nostálgica un sabor lunar de saudade, de ternura dulce y soledosa. Ved cómo se mezclan, por una hábil yuxtaposición de las imágenes, lo concreto y lo imaginado, lo sensorial y lo especulativo. Los años beben en una fuente, las violetas aroman nostalgias, una claridad lunar convalece en un blanco lecho de ternura. Germen de estilización, mezcla de lo concreto y de lo abstracto, que más tarde se convierte en un juego de acrobacia en los vanguardistas y pasa por una etapa de curioso estrabismo metafórico en Pablo de Rokha, Vicente Huidobro y Pablo Neruda.

Veamos un ejemplo:

¿Los diáfanos quince años de mi madre bebieron
en qué fontana grávida de estrellas? ¿Qué rosal
hizo sangrar sus manos? ¿Cuáles violetas dieron
aroma a sus nostalgias? ¿Qué claridad lunar
convaleció en el lecho blanco de su ternura?
Tu vaso, madre mía, fué nardo y emoción.
Llenó tu vaso el viento de pena y de frescura
y lo volcó en mi lumbre genésica el amor.
De olorosa llovizna mi corazón va henchido,
y hundida en él, cual viejo puñal, la flor de lis
de mi estirpe, se curva. Bajo su arco florido
van pasando los siglos sin hollar la raíz.

Hay en tal estilización un matiz curioso, pero que se reproduce en la evolución del sentido de la naturaleza en todas las literaturas del mundo. El poeta culto, dueño ya de todos los medios de expresión, abandona sus temas cortesanos, frívolos o cerebrales y vuelve con unción en su sensibilidad a un recuerdo juvenil, a un rincón de montaña, a la visión de una escena entrevista al pasar por un camino o simplemente oye resonar en su memoria la voz de los vientos o la sinfonía de las corrientes. Vibra en esta interpretación trovadoresca el cansancio del hombre urbano, atormentado por la lucha diaria, por los ruidos

de la gran ciudad, por la complicada red de pasiones que el íntimo contacto social hace nacer en la carne viva de su sensibilidad. Vuélvese, como un respiro, hacia lo sencillo, hacia lo puro, hacia el aire libre de las campiñas. Se idealiza a la mujer aldeana o campesina y se le agregan cualidades que el poeta quisiera encontrar en las mujeres de la ciudad.

Carlos Préndez Saldías, poeta eminentemente ciudadano, cultivado, más que por exceso de lecturas, por natural refinamiento de raza, ha dado en este sentido las notas más vivas, más frescas. Del simple erotismo, exceso de vida, de juventud, hasta la estilización en que se funde la idealidad del poeta con el aire de la sierra o de los campos.

Algo de madrigal y de elegía, de color y de emoción hay en esta composición *Pastora*, de su libro *Peregrino del ansia*, que recuerda las Vaqueiras castellanas de don Iñigo López de Mendoza, en pleno siglo XX.

Trae una brisa liviana
desde los cerros la aurora.
Es tan fresca la mañana
como tus brazos, pastora.
Porque el sol abre su lino
tiembla el rocío en los pastos.
Así, temblando, adivino
tus pequeños senos castos.
Está el campo de rastrojos
en su larga espera ardiente,
y más lo quemán tus ojos
de lindo azul transparente.
No vayas por tus senderos
hacia los montes, pastora,
ven a olvidar tus corderos
y tu vertiente sonora
con mis labios forasteros
que tiñó tu zarzamora.

Esta compenetración del espíritu del poeta con la naturaleza puede también transformarse en un animismo o en un panteísmo elemental. Ni interpretación ni estilización. Tampoco embriaguez de color. Ni pretexto para contar con personales emociones. Es un nihilismo espiritual donde está fundida la conciencia. Ni alma ni materia.

Y más la piedra dura porque esa ya no siente.
(Darío.)

Ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol.
(Mondaca.)

Ernesto Guzmán y Manuel Rojas representan, en aspectos de su poesía, este renunciamiento que es algo así como la antesala del vanguardismo. La naturaleza actúa en ellos en forma diversa, Guzmán, más cerebral que Rojas, trata de absorber la naturaleza. Animar lo que no tiene alma.

La pisada sea blanda y piadosa, peregrinos,
por que no se lastimen los caminos.

.....
Gracias porque mis ojos están nuevos todavía
y mi cuerpo está liviano.

Gracias por este blando sacramento
de ponerme a vagar y que es amparo.

Gracias por el verdor que me recibe
con unciosa acogida y que me llama;
*gracias por los caminos que me invaden
y me confortan en mi acción humana.*

En Rojas el fenómeno es diferente. No intenta beberse la naturaleza, disolverla en su alma. Es él quien desea desaparecer en la vida natural: ser pastor, ser agua, ser flor o fuente, diluirse en el trémolo cristalino de su chorro.

Así se ve en su *Canción de Otoño*;

I

Bajo este sol de Otoño, amarillo y sereno,
he sentido unos dulces deseos de ser bueno.
Deseos de ser otro más humilde, más grave;
ansias de reencarnarme. Y de ser como el suave
sándalo que perfuma el filo de las hachas
que convierten su tronco en tiras y en hilachas.

¿Por qué será? No sé. Pero siempre bendigo
la caricia bendita de este solcito amigo
que ha vertido en mi alma enferma y dolorida
un chorro perfumado con ansias y con vida...

Y por un caminito, lentamente, sereno,
con la serenidad dentro del corazón,
me he ido caminando, sintiéndome más bueno,
bajo el beso tan tibio y tan suave del sol.

II

Ansias de reencarnarme. De ser un campesino
humilde como un grano de trigo o de centeno
y en la paz de la tarde, sentado en el camino,
sentirse más de uno porque se es más bueno.

Deseos de ser otro. De ser algún pastor,
manso, tranquilo y fuerte. Y guiando el ganado,

ir tocando en las flautas pastorales de amor
y haciendo un ramillete con las flores del prado.

Y de ser como el agua. Y de ser como el viento.
O de ser una flor. O bien ser una fuente
y en un parque sombrío ir, momento a momento,
muriendo en el murmullo del chorro transparente.

III

¡He sentido unas ansias de ser otro conmigo
y ser otro con todos! Y de ser más sereno.
¿Qué queréis? Es tan tibio este solcito amigo.
Y esta tarde tan triste. Y este Otoño tan bueno.

Llegamos, por último, a la etapa más acendrada de esta estilización. La imaginación que, en el romanticismo, era una fuerza desbocada, una loca de la casa, es hoy inteligente. Aun más, armada de sabiduría. El idioma se retuerce y se complica bajo la presión cada vez más vigorosa de la técnica; crujen los huesos de la sintaxis, pero el idioma sale de sus viejos moldes y busca nuevos cauces donde precipitarse. A pesar de este cerebralismo, la naturaleza juega un papel importante en los poetas de vanguardia. Unense en ellos lo abstracto y lo concreto, sin un lazo visible y gramatical. Es el cubismo de la sintaxis. Metáforas y símiles son aristas decoradas de luces y de sombras, pero en todo este acumulamiento de tropos, pacientemente elaborados, hay una conciencia artística que crea y se adelanta a los tiempos. Un adaptarse a las estridencias de la época, cascabeleo de *jazz* y gritos inarticulados. Los motivos de color son patacones de pintura o rayas de carbón que recuerdan estampas primitivas o dibujos infantiles. El mundo inanimado despierta de su modorra y vive y ama como un hombre o como una mujer. La arbitraria medida del verso es una disonancia de Stravinski.

Los dos Pablos, Pablo de Rokha y Pablo Neruda, representan esta extrema estilización de la modalidad vanguardista en Chile, pero por sobre los malabarismos de su métrica antojadiza, hay una real emoción humana. Esto salva sus mayores extravagancias. Da a su poesía un carácter de grito, de sublevación, de un eterno elevarse hacia el espíritu; pero no es este el momento de explicar el secreto de su emoción. En esta larga sucesión de intérpretes de la naturaleza tienen también su lugar.

Pablo de Rokha, que en su afán de renovarlo todo ha renovado hasta la castiza palabra roca, escribiéndola con *k* y una *h* interpolada que habrá hecho fruncir el ceño al doctor Oroz, tiene, en sus aciertos, muy numerosos, un alto sentido racial.

Es el épico del vanguardismo. Y es, sobre todo, eminentemente chileno.

Voy a daros a conocer una *Canción de las Tierras Chilenas*, donde hay un profundo sentido nacionalista.

Claros los astros de diamante,
dolorosa la tierra arada,
y el mar como un árbol sonante,
o lo mismo que un gran cantante
parado encima de la nada.
Un cinturón de cordilleras
le ciñe los huesos profundos;
cabellera de sementeras,
y el cielo como una bandera
clavada en la proa del mundo.
Murmuran los vinos violentos
en las tinajas del pasado;
el sur le azota con los vientos;
su sol es como un monumento
al ideal crucificado.
Viejos de pueblos y vihuelas,
oloroso a naranjas rubias,
ingenuo como las escuelas,
con inviernos llenos de abuelas
y grandes ladridos de lluvias.
Los caminos aventureros
cruzan la cara del paisaje,
tal una hilera de viajeros;
el canto de los carreteros
es como un carro de forraje.
Ceñido de gentes valientes,
la majada clara y madura
levanta sus cantos hirvientes.
Cien soles frutales y ardientes
alimentan la agricultura.
Y anchas ciudades al concreto
en la pollera de los ríos;
allá un boldo como un soneto,
o un peumo como un toro inquieto
hacia las vacas del vacío.
Ferrocarriles y guitarras
trenzados sobre el campo inmóvil
a la orilla de las cigarras;
y el gesto animal de las parras
cayendo sobre el automóvil.
Va la hembra chilena vistiendo
reflejos de melancolía;
flor de cordura y sangre ardiendo,
el cielo la viene siguiendo
desde el otro lado del día.
Puñaladas y valdivianos,
toronjiles y damajuanas,
y la cueca profunda, hermanos;

los jaguares americanos
bramando sobre la mañana.

En el *Crepusculario* de Neruda hay una viva intervención del paisaje del sur de Chile. De la frontera es él. Ya conocen ustedes su *Sinfonía de la trilla*. Oigan ahora estos *Aromos* de Loncoche, amigos del poeta, de este poeta que es un corazón del cielo vacío y una palabra de este paisaje muerto. Neruda es el lírico de las escuelas nuevas.

La pata gris del Malo pisó estas pardas tierras,
hirió estos dulces surcos, movió estos curvos montes,
rasguñó las llanuras guardadas por la hilera
rural de las derechas alamedas bifrontes.
El terraplén yacente removió su cansancio,
se abrió como una mano desesperada el cerro,
en cabalgatas ebrias cabalgaban las nubes
arrancando de Dios, de la tierra y del cielo.
El agua entró en la tierra, mientras la tierra huía,
abiertas las entrañas y anegada la frente;
hacia los cuatro vientos en las tardes malditas,
rodaban, ululando como tigres, los trenes,
Yo soy una palabra de este paisaje muerto,
yo soy el corazón de este cielo vacío;
cuando voy por los campos, con el alma en el viento,
mis venas continúan el rumor de los ríos.
¿A dónde vas, ahora? Sobre el cielo la greda
del crepúsculo, para los dedos de la noche.
No alumbrarán estrellas. A mis ojos se enredan
aromos rubios en los campos de Loncoche.

Al finalizar esta exposición en que he intentado demostrar cómo los poetas chilenos han sentido la naturaleza de su tierra, es preciso agregar algunas ideas más. Desde luego, que Chile es el único país de América que posee un núcleo de poetas intérpretes de sus distintas regiones. Antonio Bórquez Solar ha recordado en muchas poesías su isla natal, pero más como un motivo de decoración que con verdadera emoción del panorama isleño. Roberto Meza Fuentes, nacido en Chiloé, canta los paisajes de sus islas o evoca sus viejas leyendas en el cristal armonioso de sus versos. Rubén Azócar ha vivido algunos años en las islas. Las conoce como si hubiera nacido en ellas; y el alma de sus colinas, el sabor de los vientos salinos y el ensueño de los poblachos de madera, orlados por la risa de espuma de las crecientes o el sollozo de las vaciantes, rompe las aristas de sus versos modernos con un encanto de lejanía y tradición. Faltan poetas de la región austral, de Magallanes. Accidentalmente la han interpretado Gabriela Mistral y Pedro Prado, en motivos aislados, pájaros o árboles.

Chile es un paisaje, dijo el Conde Keyserling; por eso, la naturaleza es en la poesía y debe ser en la novela y el cuento una aspiración fundamental. Chile es un país de rincones, agregoyo, por eso sus poetas tiene sus características regionales que en Argentina no se ven. Allí la interpretación de la naturaleza ha derivado hacia el folklore gauchesco que en nosotros se ve raramente. Allí el motivo es uno, la inmensa pampa, océano de tierra parda abrazado con el cielo. Aquí los motivos son innumerables, porque cada valle, cada rincón son diversos. Por lo mismo, es imposible una novela de toda la raza, como en Argentina. Muchas novelas han de ser la novela de Chile. El esfuerzo del novelista es, entre nosotros, de una épica responsabilidad.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL CENTENARIO DE BOLIVAR

SE ha celebrado con pompa oficial el centenario de la muerte de Bolívar. Pero ¿han participado todos en este homenaje? ¿Los ideales bolivarianos se han hecho carne en la vida americana? He aquí una cuestión difícil que sólo los historiadores podrán resolver. Las cosas con que más soñó Bolívar fueron las que menos se cumplieron. Hasta tal punto llegó en su desengaño que un día pudo decir: «En América no hay otra cosa que hacer sino emigrar.» No bien volvía la espalda para ir a combatir a los que tiranizaban los países, los criollos se hinchaban de ambiciones. Querían mandar sin tener aptitudes. Ser conductores de pueblos cuando sólo sabían conducir sus escuadrones de llaneros. Porque junto al guerrero, había en Bolívar un estadista, un pensador. Tenía por lo menos la visión de América. Había penetrado en el alma de esta tierra y quería, ante todo, imponer la libertad y la justicia para los hombres de su suelo. Gran dignidad; gran decoro: virtudes bolivarianas. Pero los criollos ambiciosos no podían entender su desprendimiento; no podían conciliar los términos de lo que para ellos era un dualismo irreductible: cómo ese general que se había batido al frente de ejércitos improvisados, de hombres semi desnudos y descalzos, victorioso casi siempre, rechazara después la corona que le ofrecían. Despertaba ya en ellos, junto con la libertad, la primera mezquindad del tiranuelo americano que salta de la llanura, de la meseta o de la selva, desde su negra ignorancia y su sombría crueldad, al sillón de mando. Para ellos gobernar es castigar. El látigo o la lanza substituye a los razonamientos y las doctrinas. Deshecho el enemigo español queda para ellos una tierra inmensa y rica en la que para mandar no hace falta sino audacia. Los llaneros que siguen ciegos la furia cruel de Boves y matan y destrozan sin piedad,

serán más tarde los mismos llaneros que siguen a Páez. Puesto que han combatido y aniquilado a los enemigos, han adquirido el derecho de mando sobre las regiones libertadas. Por lo mismo no entienden la doctrina de Bolívar y se vuelven ingratos con el que les infundió la conciencia de la libertad.

Quería Bolívar para los pueblos—ya que su sueño unitario había sido deshecho—que en cada uno se mantuvieran la libertad y la soberanía popular. Veamos una proclama, la dirigida en 1826 a los venezolanos y colombianos:

Os ofrezco, solemnemente, a los primeros, llamar al pueblo para que delibere con calma sobre su bienestar y su propia soberanía. Muy pronto, este año mismo, seréis consultados para que digáis cuándo, dónde, y en qué términos queréis celebrar la gran Convención nacional. *Allí el pueblo ejercerá libremente su omnipotencia, allí decretará sus leyes fundamentales. Tan sólo él conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso ni un partido ni una facción. Nadie sino la mayoría soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo; y su potestad, usurpación.*

Más tarde agregaba: «Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo». A cien años de distancia—con contadas excepciones—América no ha cumplido la voluntad del Libertador.

«*Hemos arado en el mar*», explicó más adelante en la hora negra del desencanto y de la ingratitud. Cada una de sus palabras envolvía una visión que el tiempo no ha desmentido. Las «patriecitas» no lograban abarcar la visión de Bolívar. Y su gran tragedia consistía en la desproporción entre la libertad que se había alcanzado para los pueblos y la ceguera obstinada de los caudillos para aprovecharla con dignidad. Carecían de sentido moral. Cuántas victorias de Bolívar estuvieron en trance inminente de malograrse, porque los personalismos ambiciosos querían a toda costa imponerse. ¡La historia eterna de América!...

Las campañas de Bolívar tienen, sin duda, el contorno de una epopeya. Surge de allí la grandeza del guerrero que improvisa ejércitos y los lleva, como un turbión frenético, por los llanos inmensos, los encumbra hasta los más altos picachos por entre tajos formidables y caminos traicioneros, bajo tempestades deshechas, y los arroja en seguida, por las vertientes opuestas, sobre el estupor de los enemigos sorprendidos. Los soldados descalzos combatían contra la naturaleza hostil de las selvas y de los llanos y contra los hombres. Estaban habituados a todas las perfidias. Pero se sentían arrastrados como por un viento tras de Bolívar. Dormían al raso, bajo las lluvias. Rugían como fieras bajo el sol implacable del trópico.

Con todo, esa epopeya es menos terrible para Bolívar que la lucha tenaz, insidiosa de la ambición de los caudillos y de los generales inescrupulosos. De nada le sirven las palabras que emplea, los pensamientos altos, las reflexiones que dicta el desengaño. El criollo es el pantano y faltan en él la dignidad, el sentido del deber, la fuerza moral suficiente para aceptar la justicia. En su tez bronceada, bajo el matorral de las cejas arde la llama de la perfidia. Seguirá al que enarbole con más desenvoltura y energía el látigo; al que represente mejor la voluntad de la tierra en la que hay asechanzas por todos lados, insidias y crueldades salvajes. Andando el tiempo, América no ofrecerá sino en contados casos el espectáculo de países que saben tener dignidad y decoro. Dominados por el caudillaje, por los tiranuelos sin Dios ni ley, habrán dejado a miles de leguas de distancia el eco de las palabras del libertador, en el Congreso de Angostura:

La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo, en un mismo ciudadano, el poder. El pueblo se acostumbra a obedecer y él se acostumbra a mandarlo, de donde se originan la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana y nuestros ciudadanos deben temer, con sobrada justicia, que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo los mande perpetuamente.

A miles de leguas, ciertamente. Pero aún oyendo el eco fingían no oírlo. ¿Podían interesar los programas o las ideologías a quienes no tenían otro miraje que la satisfacción de los apetitos?

Cada uno de los hombres idealistas y generosos de América ha sido sacrificado a la ley del vientre. Por fin, recluso en la Quinta de San Pedro Alejandrino, Bolívar alcanzó a divisar el escenario de los países sudamericanos, convulsionado y desgarrado por las contiendas civiles, tal como lo vió en su presentimiento. Puede decirse que el Libertador fué acorralado por los mismos a quienes dió el supremo don de la libertad. Envejecido, agotado, enfermo, clavada la flecha de la ingratitud en el corazón, dejó pasarlas imágenes lentas y altas de sus sueños de visionario. ¿De qué habían servido todos los sacrificios? De vez en cuando, prorrumpía: «Hemos arado en el mar.» El viento agrio y cálido que soplaba del interior de América, le llevaba los lamentos y las cóleras, los aullidos y el rechinar de dientes de los que huían... América ha sido siempre un vasto campo de persecuciones. El indio primero, ante la crueldad y la avaricia del con-

quistador; después la raza que se recobra para arrojar a los colonizadores; luego, los caudillos que se erigen en mandones y aniquilan a sus adversarios políticos. La danza no tiene sino treguas escasas; pausas en las que el aliento se suspende, como la naturaleza que se inmoviliza al acercarse la tempestad.

Un día Bolívar, en los instantes últimos de su vida, le pregunta a su médico:

—¿Qué ha venido a buscar a este país, doctor?

—La libertad—responde el médico.

—¿La ha encontrado Ud?

—Sí, mi general.

—Pues, ha sido Ud. más feliz que yo. Vuelva a Francia, adonde le acompañaría con mucho gusto. Aquí hay demasiados canallas.

Son los toques finales de un hombre desencantado y sin esperanza que ve hasta en el postrer instante las figuras de los caudillejos que destrozan su obra y se apoderan de la libertad para prostituirla o encadenarla.

Ahora, a cien años de distancia, se ha celebrado con pompas oficiales la fecha de su muerte. Sólo con pompas oficiales y frías: Bolívar continúa siendo incomprendido... —D O M I N G O M E L F I.

LAS DOS HERMANAS DE TUNJA

AL pie del monumento que rememora la batalla, cerca del puente de Boyacá, esperaban las comisiones; grupos a pie, damitas, jóvenes, funcionarios, militares, particulares, estudiantes. Al detenerse el coche, gritos, vivas, saludos; ramos de flores y banderas. En las presentaciones suenan nombres que han sido próceres: Otaloras, Restrepos. En los uniformes, en las maneras cultas de los oficiales, hay una vaga reminiscencia bolivariana. Dirige una joven hermosa, gentil, la reina de los estudiantes tunjenos, la señorita Teresa. Cambian de manos las ofrendas florales y se hace ruedo para iniciar los discursos. Vuelan imágenes atrevidas como las águilas de Boyacá; las frases gallardas rastrean el orgullo adormecido, un hondo sentimiento aviva el dolor de la decadencia con el recuerdo de pretéritas glorias. El viajero, que es recibido como huésped empieza a despertar de la modorra de los largos viajes, se desentume apenas del viento frío en el coche abierto. Quedaron atrás los páramos lluviosos y ahora se ha despejado el cielo; la cla-

ridad inunda generosa el ambiente, lustra los prados, pone radiación en las corolas. Y sobre la columna y en las lápidas se olean las leyendas heroicas; gritos entusiastas rompen las vibraciones latentes de esos mirajes hechos de viento, vapor y luz. Ondeada la bandera de Colombia que toma su ocre al paisaje de las cortadas; irrumpe el color mejicano con su rojo vivo de sangre y su verde de ilusión aplazada. ¡Viva el pensador de América! ¡Viva Colombia! Las manos se buscan, saludan efusivas, los ojos ahondan su mirar, reconociéndose, interrogando la realidad personal para ver si corresponde a la ficción. Fraternidad hispana tiembla en el mismo ambiente en que hace poco más de un siglo se destrozaron las legiones en conflicto desventurado. ¿No lo reconoce así el monumento en la placa que recuerda el aporte de la Legión Británica? Ya desde entonces metidos ellos como una estría que parte el granito aborigen español... Llegan más automóviles, crecen los vivas; la mañana se ha lavado, se ha puesto de gala para el desfile.

Coches embanderados, agrias bocinas y bulliciosos manifestantes van por la carretera moderna, por el lomo de las viejas colinas verdeantes, por el filo de los granitos que sirvieron de pedestal a los guerreros. Por dentro, en el coche del huésped, va la reina estudiantil, blanca, morena, fresca; habla y parece que la menuda lengua tropezase con el paladar tomando acentos como de roce en seda o en terciopelo. Una voz que rompe la indiferencia y penetra como licor suave aromado. La voz anuncia los encantos de Tunja, los arreglos de las fiestas. Al otro lado del huésped conversa también afable el oficial que parece arrancando al cuadro de la vieja batalla boyacense. Por el frente, un enlazamiento de colinas; en los costados, las montañas, en el fondo, las cordilleras. La ruta sube y baja, serpea; de pronto, en uno de los altos, logran los ojos descubrir la ciudad. Se diría un miraje de cuento oriental. Sobre el tapete de las colinas quemadas de sol un agregado de construcciones macizas, aplanadas noblemente como para realzar el hálito de las azoteas y los campanarios. Remates de cúpula y torre fingen un anhelo pertinaz y colectivo; por la periferia las construcciones se achatan como si volvieresen a confundirse con la roca primitiva. Las casas todas se aprietan constituyendo organismo. Los muros son de sillería, sólidos, como para resistir los vientos, los siglos, las revoluciones.

El hotel de amplios salones da a la plaza. La plaza es vasta, toda empedrada, desolada; un gran cuadrado sin árboles, sin bancos, simple lujo de espacio. Y en los cuatro costados, salvo algún lunar modernoide, casas de largos balcones verdes sobre muros de azul o de blanco. Ventanas enrejadas, celosías y como tapa de pagoda china, largos aleros que rematan la comba de tejados ocres, manchados de lama. A la derecha, una catedral de piedra, pórtico sobrio, de estilo español horriblemente afeada por dentro con unas ojivas de colorete. Al lado de la Catedral una linda casa de estilo tunjeño; larga celosía central y a ambos lados balcones pintados de verde.

Pero hay mucho tesoro escondido que no podría descubrir el viajero en sólo unas horas; por eso las damas solícitas se han ofrecido a acompañarlo. Una de ellas, Mercedes, hermana de la reina, conversa, explica y orienta a lo largo de las calles que se adornan con la fiesta de las rejas y ondulan, se enlazan por lo alto en la línea irregularmente armoniosa de los tejados. Pasamos la torre cuadrada, torre casi mudéjar de San Ignacio; llegamos a la fachada morisca del antiguo convento de San Francisco; sólidos muros, vanos escasos y nobles; por dentro el claustro, doble arquería en cuadro.

El orgullo de Tunja es la capilla del Rosario, en San Francisco; clásico esplendor iberoamericano, oros radiosos igual que en el tiempo en que incas y aztecas pulimentaban discos imitando al sol; pero enriquecido el alarde con los acantos, las guirnaldas, los capiteles, las espiras salomónicas, los espejos, los óleos ricos de color de los retablos. Altorelieves asombrosos, figuras graves de apóstoles ennoblecidas con mantos de esmaltes en oro, en azul, en rojo; vírgenes de túnicas rosadas, damasquinadas, increíbles; juegos alados de ángeles que se arrancan a la escultura para danzar ritmos audaces, contradictorios, concurrentes como en la sinfonía. Fiesta de colores, gracia de líneas, triunfo de perspectivas, éxtasis y acción; arte cabal, arte teológico; gloria de América. Berrugete y Palestrina realizados en el hábito de una nueva creación. Primitivos y clásicos pierden en un éxtasis la ruta y dejan convertido en oro y en ritmo su clamor; eso es el plateresco, el churriguera en Hispanoamérica.

La guía gentil, Mercedes, muestra tímidamente los tesoros de su ciudad y delante del altar maravilloso aguarda perpleja la impresión del visitante; parece que temiera la incompreensión, la perenne fatiga de los cansados de no ver. Después, la voz femenina empieza a referir circunstancias, explica datos, ayuda a sentir. Un hilo invisible ata la voz melodiosa con los ritmos plásticos, inconsumados de los retablos y parece que

acabara por darles sonoridad, El anhelo humano se funde en los signos divinos y el milagro de la belleza se consume pleno, misterioso y profundo, fugaz siempre y sin embargo, eterno. Todavía al salir del templo y caminando por las aceras en el atardecer se divisan en la lejanía los azules diáfanos de la meseta y las colinas verdeantes por delante de la cordillera imponente, distante.

Las damas se despiden y una comisión masculina toma a los viajeros para ver de prisa el pozo del cacique indígena; una fuente de aguas abundantes a donde se supone echó los tesoros el último rey aborígen para librarlos del vencedor. También bajo la tarde, ya oscura y lluviosa, se hace la visita de los cojines tallados en lo alto de una roca basáltica, supuesto adoratorio de los indígenas... El huésped no deseaba ver colegios; oyó hablar de un mes de María con ofrendas florales y letanías cantadas y había encargado a sus guías femeninos que lo llevaran. Pensó volver a hallar intacta su infancia envuelta en la infinita, temerosa dulzura del aura materna... pero prevalecieron los hombres y allá fué, a disgusto, el Instituto. Bajo los aleros de un viejo corredor y en el patio descubierto se agruparon los estudiantes y se produjo el discurso. El discurso sorprendió al huésped y lo arrancó de su desgano y somnolencia. El orador juvenil, casi infantil, definió un programa conciso, claro, generoso. Aurora siempre joven a pesar de los siglos que quedan atrás eclipsados cada vez que sale la aurora.

La banda municipal ha ido a tocar galantemente bajo los balcones del huésped. El director ha presentado un programa; música extranjera mala, de segunda, en el país de su origen. Balker y Wolfes y Jones pueden hacer maquinarias, pero hasta ahora todavía no logran rimar sonidos. El huésped indiscreto lo dice y que prefiere algo compuesto por un Gómez o Martínez o González. ¿Qué no saben algo del país? Dudas, perplejidad, demora, pero a poco se inicia la retreta con un bambuco ondulante, sentido, que se llama más o menos: Las Honduras de Tunja. La gente se agolpa alrededor de los músicos; salen al balcón con los obsequiados, las comisiones, las autoridades, las señoras; hay aplausos. ¡Viva Méjico, Viva Colombia! ¡Viva el pensamiento mandando!, grita una voz que parece un eco del anhelo aplastado en Méjico por la brutalidad pretoriana; en el balcón se suceden los discursos, y abajo siguen resonando las muestras de la música nacional.

La tentación, mientras tanto, conversaba por dentro con el huésped. Y decía: Tengo treinta y cinco años, fui educado en Oxford y en Cambridge; poseo acciones en la bolsa de Nueva York; setecientos mil dólares en efectivo; una Hacienda en los Llanos; venga conmigo para que vea lo que es entrar mil reses por una dehesa; dormirá usted en una estera con el rifle al lado; pero todo lo que vea en derredor será suyo; de todo lo que tengo la mitad para usted, la mitad para mí; *fifty fifty* de todo, véngase amigo. ¿Qué anda haciendo más por el mundo? Cazaremos tigres, comeremos como reyes y hay «chinas» cuantas quiera.... En una canoa larga iremos por los ríos durmiendo bajo el toldo por el rumbo del Amazonas. Allí hay machos, mis sirvientes de un tajo cortan una boa, comen yuca y beben aguardiente. Usted podría escribir allá un libro. Venga, no lo piense; ya le digo, de todo lo que tengo, la mitad. Y mientras esto repite, brillaba inteligencia bajo unos espejuelos claros y las mejillas se acaloran con un whiskey que enseña a beber Oxford. Mal gusto es del whiskey, prefiero el cognac; pero hay nobleza en la cara, en el ademán del propietario colombiano y bajo sus palabras va apareciendo la visión de la selva domeñada, amenazante, fascinante. Tremendo viaje una y otra vez aplazado, pospuesto, irrealizado.

Hubo después esa cosa fea que se llama una conferencia; un orador o varios gritan con una multitud en torno; la expresión se exagera; el pensamiento se diluye o se deforma y la incoherencia alcanza sus mejores éxitos; una impulsión directa que el público recoge y convierte en vibración de conciencia; se produce exaltación.

A las diez empezó el baile, donde la reina; no más de doce parejas. Han reaparecido las jóvenes remozadas, engalanadas en sedas y escotes. La reina está hermosa, muy blanca bajo el negro terciopelo que le ciñe el talle ondulado, juvenil. Una cordial y contagiosa sonrisa consume presentaciones, enlaza parejas, anima a la danza. La hermana Mercedes también se ha transformado en una nueva belleza entre sedas de rosa; traje ajustado en escultura viviente, palpitante; esbeltez castellana, severa, perfecta, casta. Hay el período en que es posible describir los ojos, el perfil, la boca, pero se llega raras veces a otro estado en el que ni se mira ni se deja de mirar, pero se embebe; igual que una embriaguez que no sólo marea sino que exalta.

Colma... Se ha decretado el boycot de lo bárbaro, con lo que quedaron proscritas las músicas de marca industrial. Revive el pasillo, juntando, acordando parejas. Se separan, se persiguen, se envuelven los bailarores al ritmo ternario de bambucos y torbellinos. Una alegría desbordada inventa giros, los extrae de la alfombra, del piso. Murillo en el piano impone, revive los aires nativos. Síguelo la orquesta, al principio con timidez, como si no osase ser lo que fué en sus días de señorío, la estirpe hoy humillada; finalmente se entrega y suena como nunca se había logrado: orgullosa, espontánea, dominadora. Los viejos se animan, se levantan, se añaden a las rondas. Mercedes, como su hermana, baila e invita a bailar, quiere que todos estén contentos; juega con el ritmo y con el júbilo. Envuelta en resplandor deslumbra si pasa, y se aleja, y en seguida, en otros casos, cuando sus brazos armoniosos dirigen al torpe bailaror, entonces, como el baño de una corriente mansa, pasa el destino hecho licor de ilusión. Suceden a los pasos populares los viejos vales sabrosos, como dicen por allá en que se mece la fantasía. Y a ratos, un rozamiento leve inyecta el ensueño de viva ansiedad, reclamo de venturas positivas. El alto de la orquesta rompe, quiebra, destruye implacablemente, imbécilmente, definitivamente, la posibilidad indudable de dicha.

Una vez roto el círculo mágico de los destinos que buscan alianzas, es imposible recobrar la holgura, la intimidad, la levitación que nos pone fuera del alcance de toda impresión vulgar. El vacío forma huecos en derredor y el mismo pensamiento se ausenta. Luego, una que otra frase trivial y distante, y por fin el ansia de renovar, así sea en cualquier otro plano, la intimidad... ¿Verdad que Tunja vale la pena de ser conocida? Diga usted algo de Tunja; usted que puede hacerse oír... Sin duda; sí..., pero, me han dicho que usted también escribe; porque no, mejor usted... Sea usted la voz de Tunja

El baile se suspende a intervalos y entonces se reanudan más precisas las conversaciones; circulan, se detienen las parejas; se pasean radiantes las mujeres y entre los grupos se abren paso los mozos que ofrecen en bandejas de plata la champaña que recuerda el culto de Francia en estas antiguas poblaciones del continente... Hermosa fiesta, exclama el huésped, y su gentil acompañante inquiere: ¿De verdad ha estado contento? Pues eso hemos querido... Quisimos que usted, por unas horas al menos, se olvidara de todas sus contrariedades y se sintiera a gusto, como si estuviese en su casa entre los suyos... Piensa el huésped: ¿Casa?... Esta, por un instante y bendita... y tornan a envolverse las parejas en los giros de la clásica danza

en criollo. Al piano, el maestro Murillo ha ido creciendo y está en pleno derroche; vigor, sentimentalismo, infinito sentimiento. La orquesta ebria de ritmo toca marcando exacto, poderoso, el compás... El tiempo se ha ido tragando más horas, se empieza a hacer palpable la conveniencia de las despedidas... Y todo ocurrió como si fuese un sueño. — J O S É V A S C O N C E L O S.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE LA POESIA

VI.—LA POESÍA DE HOY. SUS FORMAS

EN la poesía nueva se distinguen hasta ahora y principalmente, tres formas: el poema de pensamientos asociados, el poema deshumanizante y el poema que intenta, más que otra cosa, valorizarse por la música que resulta de la aproximación de las palabras que, a falta de relaciones lógicas, las tienen de color y de sonido. Esta última forma es la más noble y la más difícil: es la poesía pura. Continúa en cierto modo y en su parte esencial, la tradición de la más alta poesía de todos los tiempos. Como formas inferiores o menores podríamos citar la de los caligramas y aquella tan socorrida por los poetas runrúnicos: la poesía a base de metáforas, especie de greguerías en verso. Por ejemplo:

la pluma corre sobre los renglones
como los trenes hacia la frontera

al salir del túnel el tren
desata un acordeón aportillado

alguien le dió cuerda el río
para que caminara más rápido

Pérez Santana y Reyes Messa: *12 poemas en un sobre.*

Como ejemplo del poema de pensamiento asociados citaremos uno de Cendrars:

... Deshoja la rosa de los vientos
He aquí que zumban las tempestades desencadenadas
Los trenes ruedan en torbellino sobre sus redes

embrolladas
 Emboques diabólicos
 Hay trenes que no se encuentran jamás
 Otros se pierden en el camino
 Los jefes de estación juegan al ajedrez
 Al chaquete
 Al billar
 Carambolas
 Parábolas
 La vía férrea es una nueva geometría
 Siracusa
 Arquímedes
 Y los soldados que lo degollaron
 Y las galeras
 Y los bajeles
 Y las máquinas prodigiosas que él inventó
 Y todas las matanzas
 La historia antigua
 La historia moderna
 Los torbellinos
 Los naufragios
 Aún el del Titanic que leí en el diario
 Tantas imágenes asociativas que yo no puedo desplegar en mis versos
 Porque soy todavía un mal poeta
 Porque el universo me desborda
 Porque he descuidado asegurarme contra los accidentes ferroviarios
 Porque no sé ir hasta el fin
 Y tengo miedo.

¿Qué proceso psicológico ha generado este poema? Un proceso desarrollado fuera (o lejos) de la razón.

Puede dividirse el pensamiento—división bastante arbitraria por cierto— en dos capas: pensamiento-frase y pensamiento-asociación. Me explico. El pensamiento-frase es el pensamiento de las reflexiones voluntarias, el pensamiento racional, lógico, del que nos valemos, por ejemplo, para discutir el valor de una teoría científica, las probabilidades de éxito de un proyecto. Se le ha llamado forma del pensamiento superior; pero superior no significa nada. El pensamiento-asociación está a un nivel más profundo de la conciencia. Para trasladarlo hasta la palabra o la escritura requiérense esfuerzos considerables. Su carácter propio, en efecto, es de expresarse con dificultad; por lo común no consiste en frases sino en imágenes realmente visuales. A veces surgen palabras cuya significación puede ser reducida extrañamente a su sola sonoridad, a una inexplicable asociación de colores. Pensar en Rimbaud es todo uno con esto. Aquí nada tiene que hacer la lógica gramatical. El enlace de las ideas, si a esto puede llamarse ideas, se efectúa según asociaciones parciales y absolutamente ilógicas. La memoria es el único guía atento, ya al sonido y al color, ya a la anécdota del recuerdo. El verdadero fondo de todo pensamiento es el pensamiento-asociación. A éste se superpone el pensamiento-frase, que es una transformación incognoscible del pensamiento-asociación adaptable a la vida externa. Pero el verdadero «yo» pensante piensa por asociaciones que, por lo demás, no siempre ni frecuentemente llegan a la conciencia. El pensamiento-asociación forma parte del sueño, del duerme-vela, del embotamiento cerebral, de esos

estados en que se responde: «En nada», cuando algún inoportuno pregunta: «¿En qué piensa usted?» (J. Epstein: *La poesía de hoy.*)

Una asociación de imágenes, de recuerdos, de ideas sueltas forman el poema de Cendrars. En algunos versos se ve claramente el curso del pensamiento—asociación; en otros, el autor ha recurrido a la greguería en verso, que dijimos. No es un poema puro en su forma. Pero, en general, y apartándonos del modelo, podemos decir que esos poemas se hacen partiendo de una idea, de un sentimiento, de una emoción, de una imagen, de un recuerdo, fenómenos que despiertan en el cerebro del poeta otros, semejantes o distintos, que se van relacionando y seleccionando por el sonido, por el color, por la memoria, por el ritmo, y que, refiriéndose algunas veces al motivo de que partieron, no tienen entre sí orden lógico o de tiempo; es decir, cada uno de ellos, aunque provocado por la misma causa, posee un valor propio, una representación diversa de aquel motivo. En ocasiones, el circuito se interrumpe (tal vez por agotamiento del interés despertado por el agente provocador); pero como el cerebro jamás detiene su trabajo, surge inmediatamente otro germen y la cadena se reanuda. Entre un motivo y otro no hay a veces relación de ninguna especie. Otras las hay. Pero en general el poema presenta siempre fraccionamientos.

El lector dirá ahora: «Comprendo perfectamente la forma en que se hace un poema así; pero ¿en qué consiste su belleza?» La belleza de un poema así construido o generado resulta de varias causas, entre otras: de la frescura y gracia de las imágenes halladas, de los juegos de color y de sonido que haya entre sus palabras o frases, del contraste entre un recuerdo y otro. «Pero—volverá a decir el lector—estos son *casi* los mismos motivos que nos hacían sentir la belleza en un poema no nuevo.» Y el lector tendrá *casi* razón. La diferencia consiste en que la poesía no nueva se escribía en forma más o menos comprensible, se recurría—aunque esto pueda parecer paradójal—a las vías comprensibles para llegar a hacer sentir lo incomprensible, lo inefable. En esto se iba pareciendo a la prosa: tenía que explicar muchos para poder, al fin, significar algo. El poeta nuevo prescinde de las explicaciones, de los lentos procesos demostrativos, de las guías; ha rechazado todo aquello que era como un parche en el cuerpo de la poesía y no expresa sino lo esencial, es decir, el producto cerebral pristino, no mezclado ni con la razón ni con el sentimiento. Los pintores tienen una palabra muy feliz para significar esto. Llaman «redondeado» a un cuadro compuesto con elementos

extraños al oficio mismo de la pintura, elementos intelectuales, elementos sentimentales, elementos literarios, etc., puestos en él para hacerlo más asequible al mal gusto del público y favorecer así su venta o su éxito. Quitándole a un cuadro «redondeado» todo aquello que lo «redondea», queda el esqueleto, lo esencial; esa es la pintura. Si no queda nada, es que no había nada.

El carácter general de la invención contemporánea está en la transposición de la emoción artística del plano sentimental al plano cerebral. (Canudo.)

En esta transposición, en este brusco salto de lo sentimental a lo cerebral, el lector, con escaso o mal desarrollado sentido poético, no poeta o poeta ya mineralizado, se ha quedado atrás. Es falta de gimnasia.

Debo decir que el poema de Cendrars no me parece un excelente modelo. Es un poema combinado, donde se encuentran reunidas las dos formas primeras de que he hablado y donde la más importante, la tercera, falta. A mi juicio es un error presentar en un mismo poema varias formas poéticas o varias formas de versos. Esto desconcierta al lector e impide al poeta —a no ser que esto sea derivado de una incapacidad de perfección— crear una obra de arte lisa, de una pieza y con un solo material. El ideal debe ser esto último.

* * *

La segunda forma a que me he referido, el poema deshumanizante o descriptivo, es un poema cuya belleza resulta del placer intelectual que sus imágenes ilógicas provocan, de la sonrisa que excitan sus metáforas absurdas, de sus transposiciones y del descubrimiento o la creación de relaciones entre dos cosas que, lógicamente, no la tienen. Por ejemplo: cuando Pablo de Rokha dice:

entusiasmo de tomates,

no significa con ello, aparentemente, nada, puesto que no hay relación directa entre el entusiasmo y los tomates; pero la frase, a pesar de esto, despierta en el lector una sensación de forma y de color, casi una sensación visual. ¿Por qué? Porque si bien es cierto—como acabo de decir—que entre el entusiasmo y los tomates no hay relación directa, la hay, en cambio, indirecta. Veamos. Comúnmente, las palabras sugieren sensaciones de color, y no sólo las palabras, sino también las letras. Pues

bien: la palabra entusiasmo evoca el color rojo o rosa subido. Si a esta palabra, que sugiere tal color, sigue la palabra tomates, que además de evocar el color que naturalmente posee, evoca también una imagen lineal, de forma, el resultado será que el lector verá mentalmente unos grandes tomates, rojos hasta la exageración, hasta el entusiasmo, podríamos decir. ¿Por qué son tan grandes y tan rojos? ¡Porque están entusiasmados! Esta combinación, ilógica, pero perfecta desde el punto de vista poético, provoca en el lector una carcajada o una sonrisa. Eso es suficiente. Los juegos cerebrales puros despiertan siempre alegría, y esta especie de alegría es también un producto de la sensación estética. No es necesario, por otra parte, que el lector haga las operaciones deductivas que yo he hecho. Si su cerebro ha salido del estado paleolítico medio de la humanidad, no necesitará hacer ninguna. La imagen y la sonrisa aparecerán inmediatamente después de leído el verso. Claro es que muchas personas, estéticamente, no quieren reír, quieren llorar; pero para esa gente hay literatura y literatos especiales. Que acudan a ella y a ellos.

Creo que con el verso que acabo de citar y analizar, el lector tendrá una impresión más o menos exacta de esta segunda forma poética. Citar más sería abusar de su paciencia. Con este pequeño ejemplo el lector podrá guiarse a través de los diferentes caracteres que presenta este modo poético actual. Digo diferentes caracteres porque, como el lector sospechará, todos los versos hechos según ese modo no son idénticos. Hay otros que describen la naturaleza y las cosas en forma arbitraria, desfigurándola, deshumanizándola. Todo arte es antifotográfico y la poesía, como arte que es, debe serlo también, so pena de dejar de ser arte. Pero si bien en esta deshumanización la lógica y la razón salen perdiendo, la inteligencia, en cambio, gana, pues con ello entra a un terreno desconocido, donde las sensaciones, las emociones, las imágenes, los ritmos, conservan su desnudez y su pureza primaria, relacionándose, no por lo que llegarán a significar exteriormente, sino por las afinidades que en su desnudez y pureza poseen. Como dice Epstein, l. c.:

... podemos ver claramente la diferencia que separa a los autores modernos de Mallarmé: a éste jamás se le ocurrió la idea de que fuera posible prescindir de la inteligencia en provecho de esa misma inteligencia para suministrarle un alimento nuevo y realmente fresco.

Esta es la principal adquisición de la nueva poesía.—M A-
NUEL ROJAS.

NUESTRAS ESCRITORAS DE HOY

NO sé si debo nombrar al irónico Voltaire o al melancólico Rousseau, pero fué un filósofo ginebrino—de adopción por lo menos—quien formuló esta máxima: «dichosos los que, cercados por la hostilidad, se refugian en sí mismos para realizar una obra». Palabras que se podrían completar diciendo que si nuestros enemigos fueran hábiles nos retendrían con sus agasajos en el ambiente amable de los triunfos efímeros. Sólo por irreflexión pueden empujarnos al aislamiento que prepara las reacciones durables. Pero quizá son útiles las contradicciones. Pagando tributo al misterio que nos circunda, venimos así quejándonos unos y otros desde el principio de las épocas; éstos del daño que les han hecho injustamente, y aquéllos del perjuicio que no han logrado causar.

Trasunto de Sísifo, la vida literaria arrastra de esta suerte una complicada red de inquietudes inútiles que entorpecen los movimientos, sin favorecer los rencores de los que quieren disminuir a los demás y sin cambiar el destino de los que deben elevarse irremediabilmente.

Estas reflexiones se aplican de una manera especial a la situación de las mujeres que escriben. Nosotros tenemos, a pesar de todo, en medio de la lucha, incontables privilegios. Pero ellas, ceñidas por la opinión hostil, sitiadas por la sospecha, deben hacer frente a la vez a las endémicas guerrillas del gremio y a la irreductible resistencia de los profanos.

Por eso sorprende, como una dificultad vencida—y también como un signo de la feliz evolución de nuestras costumbres—, la floración brillante de escritoras que hemos visto surgir en estos últimos tiempos. Antes la *femme de lettres* era un producto raro. Digamos la palabra, un fenómeno. Hoy brotan de norte a sur del Continente racimos de nombres que se imponen a la atención general, compitiendo con los hombres, superándolos a veces.

Que una mujer escriba no es ya una excentricidad. Se acabó también la amanerada *dilettante*, la señorita bachillera que se acogía a las letras como a una nueva coquetería mundana. Si algunas quedan, hay que buscarlas entre la naftalina de los cenáculos retardatarios. Son flores artificiales como el medio en que evolucionan.

Las que valen, las que cuentan, traen una vocación, en su sentido cabal, y son audaces profesionales que afrontan la

intemperie y salen a conquistar su jornal de gloria, abriéndose paso a empellones, como nosotros. Sufren, se debaten, pagan tributo al dolor que es el obligado pasaporte de los artistas, pero siempre acaban por hacer aceptar al medio reacio su emoción, su idealismo y su notoriedad.

Leyendo un libro muy interesante que acaba de publicar en Chile Julia García Games bajo el título de *Cómo los he visto yo*, encuentro, entre las siluetas que integran el volumen, los nombres de media docena de escritoras de indiscutible mérito: Olga Acevedo, la poetisa angustiada y soñadora que traduce dolores y melancolías intensas; Aída Moreno Lagos, cuyos versos tienen perfume silvestre y olor de campo recién llovido; Marta Brunet, autora de novelas admirablemente construídas; Amanda Labarca, conferenciante, cuentista, sagaz observadora de cuanto la rodea; Nelly Merino Carvallo, espíritu enamorado de lo autóctono, exploradora intrépida de las selvas paraguayas; y Roxane, autora de *Flor Silvestre*, una de las novelas más típicas que se han escrito en su país.

Y conste que en esta enumeración sucinta, al margen de la cual quedan muchas figuras consagradas, falta la escritora más grande de que hoy puede enorgullecerse nuestra América. Basta pronunciar el nombre de Gabriela Mistral para dar a la mujer dentro de la literatura latinoamericana un puesto de primera fila. Ninguna se elevó tan alto. Ninguna dejó hasta ahora una huella tan honda en los espíritus. Algún día tendrá que reconocerlo el Continente. No es que yo sugiera un homenaje análogo al que se tributó a Juana de Ibarbourou, la fina poetisa uruguaya, cuya obra tanto admiro y a cuya consagración siempre estuve dispuesto a contribuir. Juana de Ibarbourou es también uno de los mejores valores de nuestras letras. Pero su vibración emocional tiene otro alcance y otro radio de acción. Lo que le corresponderá a Gabriela Mistral el día en que nos decidamos a ser justos, será algo más amplio, con más raíces en la vida, en el pueblo, en la juventud.

Y puesto que hemos pasado de Chile al Uruguay, cumple evocar la figura de Delmira Agustini, la más intensa de las poetisas de esa república. Pocas veces se escribieron versos tan apasionados y sensuales en un estilo tan limpio y superior. Y es que Delmira Agustini era, ante todo, una sinceridad vibrante y por lo tanto perpleja, ante los vientos de la vida. Aún la veo, el día de su casamiento, preguntándonos a Zorrilla de San Martín y a mí, que éramos sus testigos: «¿Qué hago? ¿Me caso?» La duda se decidió en afirmación, y pocos meses después se abrió en sangre el epílogo que todos recuerdan en el Río de la Plata.

De ese Uruguay, trágico a veces a fuerza de ser espontáneo, nos llegan las voces de varias escritoras de primera fila, empezando por Raquel Sáenz, poetisa inspirada y sentimental que nos ha dado páginas maravillosas; por María Teresa L. de Sáenz, que escribe admirablemente versos criollos, y por María Eugenia Vaz Ferreyra, temperamento selvático del cual ha nacido una cosecha valiosísima, hasta llegar a Luisa Luisi, espíritu libre, afirmativo, impetuoso que opina en una prosa acerada y eficaz sobre los temas más arduos y trascendentes.

Al citar al azar del recuerdo, omito en cada país muchos nombres que involuntariamente escapan en la rápida evocación a que nos va llevando esta crónica. Pero nadie puede abrigar el propósito de hacer en cuatro líneas un cuadro prolijo de la actual literatura femenina en América. Lo que aquí esbozamos es apenas una impresión. Un acorde inicial diríamos, ya que no ha de faltar mañana quien, con la debida documentación y reposo, haga un libro coherente sobre el tema.

Pasando a la Argentina encontramos la figura descollante de Alfonsina Storni. Figura tan personal, tan sugestiva, tan dueña de su yo. Las composiciones de Alfonsina Storni son inconfundibles. Cada verso lleva su firma en el temblor reconcentradamente salvaje, en las imágenes que sorprenden, en la noble inspiración. Su obra ha salvado el límite de las fronteras nacionales y se derrama sobre el Continente, en una consagración de triunfo.

Tras ella asoman otros talentos representativos y selectos. ¿Citaremos los cantos suaves y sensitivos de Raquel Adler que traducen con arte su intensa vida interior? ¿Los paisajes urbanos de Chérie García Onrubia que describe irónicamente la calle Florida y desentraña su esencia con pinceladas sobrias y elegantes? ¿Las prestigiosas poesías de Mercedes de Saavedra Zelaya que velan un alma indócil bajo el sereno ritmo clásico? ¿Las notas llenas de color de María Luisa Díaz Sáenz Valiente?

Saltando a Méjico (con residencia en Madrid) hallamos a una de las escritoras más fecundas del Continente, la popular María Enriqueta de los cuentos para chicos, de las novelas para grandes y también de las poesías íntimas, llenas de emoción, que publica en tomos ilustrados por ella misma. María Enriqueta es uno de los valores más sólidos de nuestra América y merece dentro y fuera de su país la admiración y el respeto.

También hemos de citar entre las primeras a la admirable Matilde Gómez que acaba de reunir en volumen los notables

artículos que envió desde Europa a la *Revista de Revistas* de Méjico, a Rosalinda Coelho Lisboa, que defiende con brillo el prestigio del Brasil y a Laura Rubio de Robles, poetisa de hondos fervores que traduce en armonías breves el encanto de la vida centroamericana.

Y no es posible olvidar a una de las que han alcanzado en estos últimos tiempos más rápido triunfo y notoriedad más segura. Me refiero a la venezolana Teresa de la Parra, cuyas *Memorias de Mamá Blanca* pueden ser calificadas de obra maestra y hasta en cierto modo equiparadas a la novela célebre de José Eustasio Rivera. La realidad de nuestra América, el perfume de la tierra nativa, el alma de las costumbres regionales, han encontrado en Teresa de la Parra un formidable artífice que concreta, traslada, estiliza el tesoro no explotado aún. Hay que admirar sobre todo en su obra el sabio abandono de su prosa sonriente y elegante que en todo momento nos cautiva.

Con menos perfección y con técnica más anticuada, ese fué el camino que trazaron desde el siglo pasado Adela Zamudio, Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello de Carbonera. En el Perú de hoy vemos revivir la tendencia con Aurora Cáceres, de quien he prologado últimamente un hermoso libro, con la extraordinaria Magda Portal cuyos bellos versos, violentamente revolucionarios, tienen tan hondo acento de sinceridad, y sobre todo con la hija del glorioso autor de *Tradiciones Peruanas*.

Angélica Palma es hoy, sin duda alguna, la primera entre las escritoras de su país, no sólo por la recia contextura de sus novelas de costumbres, sino por la amenidad y la corrección del estilo, siempre sobrio, eficaz, con pinceladas de gracejo, como forjado en la escuela de su padre, el perfecto narrador. Pocos libros ofrecen para los lectores americanos un interés tan sostenido como el que acaba de publicar Angélica Palma bajo el título de *Uno de tantos*. En él nos muestra un panorama de la vida limeña con tipos y costumbres de cepa tan firme que nos sentimos envueltos y arrastrados por la acción.

Estas escritoras, y muchas de reconocido mérito que no puedo citar porque prolongaría demasiado esta crónica, coinciden en dos tendencias encomiables que influirán de una manera segura en el desarrollo de nuestra literatura de mañana: la sinceridad y el apego a las cosas del terruño. Por eso, y porque, como dije al empezar, han tenido a menudo más detractores que partidarios en el ambiente irrespetuoso de nuestra América, merecen todas una rosa y un gajo de laurel.—M A N U E L U G A R T E.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LOS ORIGENES DE LA NOVELA INGLESA THOMAS DELONEY Y SU OBRA

ENTRE la pléyade de escritores franceses que han dedicado su actividad al estudio de la literatura inglesa, desde el gran Hipólito Taine, cuya *Historia de la literatura inglesa* es una obra maestra sobre la materia, hasta Valery Larbaud que descubrió al autor de *Erewhon*, Samuel Butler, el digno émulo de Swift, y Andrés Maurois, el exquisito biógrafo de Byron y de Shelley, merece figurar en lugar prominente Abel Chevalley, autor de una obra sobre la *Novela Inglesa contemporánea*, y principalmente, por ser como Valery Larbaud quien ha exhumado la memoria de uno de los escritores ingleses más interesantes de la época Shakespereana: *Thomas Deloney*.

Abel Chevalley no se ha contentado con seguir las huellas de nuestro autor en una pacientísima peregrinación a través de manuscritos y archivos, sino que también ha vertido a su lengua las tres novelas que se han conservado de Deloney, el primer autor inglés que merece la denominación de novelista.

Poco, muy poco, se sabía en Francia de este autor hasta hace algunos años. En efecto, ni Taine, en su *Literatura Inglesa*, ni Jusserand en su *Historia de la Novela Inglesa* lo mencionan.

El siglo XVI en Inglaterra está lleno con un solo nombre: Shakespeare, y su obra ensombrece a la de todos sus contemporáneos. Se había estimado hasta aquí por los eruditos que en esta época la novela no había florecido, ya que no se puede dar este nombre a obras como la *Arcadia* de Sidney ni al *Eupheus* de John Lily que son las que más podrán acercarse a este género. Además era universalmente admitido atribuir la paternidad de la novela inglesa a la trilogía formada por Defoe, Richardson y Fielding.

Sólo en 1903 se publican en Alemania—a cuyos críticos debe también la literatura inglesa estudios de primer orden—dos de las novelas de Deloney, y en 1905 la *Literatura Inglesa* de Cambridge reconoce a este escritor un lugar predominante como «precursor» de la novela inglesa. En 1912 la Universidad de Oxford publica las obras completas de Deloney, y su editor, Mr. F. O. Mann, estima que en este autor encontramos «la más alta expresión de la novela en tiempos de Shakespeare». Después de la guerra, M. E. Baker, profesor de la Universidad de Londres, ve en Deloney «el escritor que en tiempos de Shakespeare ha producido lo que más se acerca a la novela moderna».

En Francia sólo la más reciente de las historias de la literatura inglesa, la de Legouis y Cazamian, publicada en 1924, dedica a Deloney un artículo de dos páginas.

El desconocimiento casi absoluto de la vida y obra de Deloney en Francia y—por ende—en los demás países latinos, indujo a Chevalley a escribir su notable estudio sobre la novela de los oficios o artesanías en tiempos de Shakespeare y a traducir, como decimos más arriba, las tres novelas principales de este autor.

EL HOMBRE

¿Quién era Deloney? Muy poco sabemos acerca de su vida. Las pacientes búsquedas de los investigadores alemanes e ingleses, a las que deben agregarse las no menos minuciosas de Chevalley, sólo nos ponen de manifiesto su origen y su oficio. Tejedor de sedas, lo encontramos en Norfolk, centro principal de las industrias textiles. Estas industrias, como es sabido, han ejercido una influencia decisiva en la evolución social y económica de Inglaterra. Desde el siglo XIII los condados del Este, principalmente Kent, figuran como los ejes de las industrias textiles. La inmigración flamenca del siglo XV, aumentada con la de procedencia franco-hugonota del siglo siguiente, significaron un aporte de consideración para la industria debido a la habilidad y maestría de los flamencos en este oficio, que se impusieron y aún desalojaron a los propios obreros ingleses a pesar de la resistencia de éstos.

Entre estos inmigrantes figuró, con toda probabilidad, Deloney, como lo prueba, por una parte, el origen de su apellido, y por otra, el lugar principal que ocupan en sus obras los inmigrantes, y entre estos, los franceses, que, además, siempre desempeñan papeles simpáticos, actitud que no se explicaría de parte de un obrero inglés dada la tirantez de las relaciones entre unos y otros. Una fe de bautismo de uno de sus hijos, que reza así: «Ricardo, hijo de Thomas Deloney, tejedor», datada en 1586 en la Parroquia de Saint Giles, Crpplegate, nos muestra que en ese año Deloney residía en Londres. La parroquia de Saint Giles daba trabajo a los indigentes, en su gran mayoría mujeres y niños, en la industria de tejidos de seda.

Tan grande era la miseria que reinaba en este lugar que la obra de Deloney dedicada a los tejedores de seda fué considerada subversiva, la edición recogida y su autor debió huir para escapar de la acción de la justicia; esta novela, desgraciadamente, ha desaparecido.

La labor literaria de nuestro autor se inicia mucho antes de que lo encontremos instalado en Saint Giles y ya padre de familia. Su traducción de la *Declaración del Arzobispo de Colonia sobre el hecho de su matrimonio*, inscrita en 1583 y dedicada al Arzobispo de Londres, descubre en él a un hugonote militante. La aventura de Gebbart, Arzobispo de Colonia, Elector del Imperio, apasionaba entonces a la Europa entera. Su *Declaración* era una defensa de su matrimonio con su ex-amante y en ella renegaba de la autoridad papal. Excomulgado, fué en vano sostenido por Isabel de Inglaterra. La traducción de Deloney nos muestra que ya, seguramente, gozaba de cierta notoriedad como escritor, y, además, que sabía latín, lo cual no significa que fuera un letrado, pues en aquel tiempo las escuelas de gramática mantenidas por las Corporaciones enseñaban las lenguas clásicas a los hijos de los obreros sin que por ello pensarán éstos en dejar el oficio de sus padres. Así, por ejemplo, Ben Jonson, el célebre escritor inglés, autor de *Volpone*, comedia recientemente exhumada con gran éxito, después de terminar sus estudios fué conductor de obras y albañil hasta los 25 años en que se reveló como actor y autor dramático.

El tejedor de Norwich era además autor de numerosas baladas. ¿Qué es la balada en tiempos de Shakespeare? Si quisiéramos darnos cuenta exacta de este curioso género literario tendríamos que juntar lo que son hoy día la novela, el diario y la canción. Hechos diversos, crímenes, leyendas, fenómenos, milagros, narrados en forma rimada. Quizá sea una reminiscencia de la balada el cancionero popular de nuestro bajo pueblo.

Algunos títulos de sus baladas son la mejor explicación acerca de su contenido: *La aventura de un comerciante inglés que había asesinado a un alemán y que fué salvado de la horca por unas niñas de Emden*; *Historias siniestras tomadas de las crónicas recientemente publicadas*; *La huída y las calamidades de la Duquesa de Suffolk*; *La cautividad de Eleonora, mujer de Enrique II*, etc., etc.

El oficio de Deloney lo exponía a frecuentes períodos de «chômage» y es entonces cuando, en alegre caravana, emprendía sus peregrinaciones a través de la Inglaterra industrial, recogiendo impresiones, componiendo nuevas baladas y cantando o recitando sus versos. La impresión que causaban estos recitales ante las muchedumbres que escuchaban atónitas ha sido brillantemente descrita por Shakespeare en su *Winter's Tale*. En efecto, en el acto IV, escena 3, Antolycus, cantor de baladas, transportaba de entusiasmo a los campesinos:

Las orejas de los hombres se alargaban para escuchar mejor... dijo uno

de los rústicos. «Canta más ligero que lo que uno se demora en contar su dinero», agregó otro. «Parece que hubiera comido baladas... Hay canciones para todos los gustos y nadie queda descontento...

La balada de Deloney, sin embargo, no sólo explota los temas que hoy llamaríamos de la crónica roja, sino que también todos los acontecimientos notables. Citaremos entre otras su balada sobre la destrucción de la Armada Invencible, llena de celo y entusiasmo patriótico:

¡Oh Noble Inglaterra, prostérnate!
¡Bendice al Señor con toda tu alma!
¡A El que te ha salvado!
¡Nuestro país, tan dulce, tan bello,
Aplastar y conquistar, querían!
¡Desflorar a nuestras vírgenes!
¡Despojar de su vida y su corona
A nuestra noble Reina!
¡Que Dios Todopoderoso sea bendecido
Por dar a los ingleses valor para rechazarlos!

En 1596 su balada sobre *La penuria del trigo* fué recogida y nuevamente debió huir. La crisis económica por que atravesaba Inglaterra por esos años produjo un malestar enorme entre las clases trabajadoras. Isabel y el Parlamento debieron hacerle frente con la dictación de las primeras leyes de asistencia social, tales como la abolición de los monopolios, la libertad de trabajo y de comercio, principios que tardarán dos siglos para abrirse camino en el Continente. En 1597 Deloney debió haberse reconciliado con la censura, pues en ese año aparece inscrita la primera de sus novelas, *Jack de Newbury*. En lo sucesivo pasaría a ser el novelista de las Corporaciones.

¿A qué se debía este cambio? ¿Era, acaso, un premio por su labor literaria a favor de los desamparados? Para contestar a estas interrogaciones, debemos primero recordar lo que eran las corporaciones de la Edad Media. Estas organizaciones no eran ni sindicatos de obreros ni de patronos puesto que no existían ni «patrones» ni «obrerros» en el sentido actual de esas palabras, sino «maestros» y «aprendices» o «compañeros». Los «maestros» eran maestros de su arte y no de su personal. Todos trabajaban con sus manos, codo a codo, en los talleres familiares. Empleadores y empleados, salidos de un mismo medio, dueños de idéntica cultura, vivían y sentían de una manera análoga. Un sentimiento de igualdad moral presidía esta unión. Setecientos años antes de la Revolución Francesa, los albañiles de Hull inscribían a la cabeza de sus Estatutos: «Todos los hombres son iguales por naturaleza.»

Las corporaciones patrocinaron la obra literaria de Deloney, así como poetas y autores dramáticos de las clases elevadas encontraban protección en la corte y en la nobleza británicas; a esta protección correspondió el escritor dedicando sus tres novelas a describir y pintar la vida y costumbres de los trabajadores de su época.

* * *

Hasta aquí lo que sabemos de Deloney a través de la escasísima documentación existente. Analicemos ahora su labor literaria como novelista. Tres son las novelas de Deloney que han llegado hasta nosotros: *El noble oficio*, *Thomas de Reading*, y *Jack de Newbury*.

Era costumbre en la época de Isabel que los escritores dedicaran sus obras a señores poderosos, a hermosas damas y a los «galantes lectores», es decir, a la juventud dorada. Deloney dedica su primera novela «a todos los célebres trabajadores del paño inglés» deseándoles «larga vida, prosperidad y afeción fraternal».

Entre todos los oficios manuales—agrega—ninguno es más famoso por su mérito, ni más provechoso para la República que el oficio del tejedor.

A vosotros, dignos tejedores, dedico la presente y tosca obra destinada a hacer salir del polvo del olvido a un hombre digno y famoso, llamado John Winchcombe, apodado Jack de Newbury, cuya vida y amores narro brevemente, en una forma humilde y sencilla, con el objeto de ser mejor comprendido por aquellos en cuyo provecho me he dado el trabajo de compilar su historia, a saber, los bien intencionados tejedores, y a fin de que puedan ver el gran crédito y el alto rango que habían alcanzado en otro tiempo los miembros de esta Corporación.

John Winchcombe era, en efecto, un personaje real, fabricante de paños en el Condado de Berk, entre Londres y Bristol, muerto en 1520. ¿Cuál es la historia que nos cuenta Deloney? Trataremos de resumirla, siguiendo en lo posible su relato.

En tiempos del rey Enrique VIII, y en el comienzo de su reino, vivía en Newbury John Wichcombe, obrero tejedor de lanas. Era un muchacho de carácter alegre, de honesto lenguaje, muy querido de pobres y ricos y tan buen compañero que viejos y jóvenes lo llamaban Jack de Newbury. Era tan conocido y apreciado en la comarca que apenas tenía un centavo en el bolsillo cuando ya había encontrado ocasión para gastarlo.

Muere su patrón y la viuda de éste, enamorada de Jack, desea atraparlo como marido. A pesar de las riquezas de su pretendiente, Jack se resiste y únicamente debido a las argu-

cias de ésta logra comprometerse y contraer nupcias. Pero poco dura la felicidad conyugal, pues esta vez es Jack quien queda viudo y con cuantiosos bienes. Jack decide tomar estado con alguna joven de su gusto y elige a una de las tejedoras de su taller. La llegada del padre de ésta da lugar a escenas muy divertidas, pues el buen hombre queda maravillado ante las riquezas de su yerno. El inventario que de ellas hace Deloney es una obra maestra. Así, por ejemplo, al hacer la descripción de una de las secciones del taller dice:

Doscientas hilanderas trabajan en los telares, vestidas con faldas de color rojo y con blusas blancas como la nieve de las altas montañas. Cantan todo el día, deliciosamente, como si fueran ruiseñores.

El matrimonio se efectúa; las fiestas son magníficas y duran diez días. Jack es poderoso. Proporciona a la Reina Catalina doscientos hombres equipados y armados a su costa, los que contribuyen a la victoria de Floden Field sobre los escoceses. Recibe suntuosamente a Enrique VIII a su paso por Newbury y, bajo el disfraz de una parodia alegórica, en que los personajes son hormigas y mariposas, el atrevido escritor se lanza en la eterna sátira de los que producen contra los que impiden o malgastan la producción bajo el pretexto de gobernar.

El punto máximo del interés corporativo y social de la obra se toca en el capítulo VI. La guerra exterior destruye el comercio; los fabricantes del paño inglés no pueden comerciar con el continente y como consecuencia se sigue una intensa crisis de «chômage». Jack preside el movimiento de protesta de patronos y obreros contra la guerra y sus ruinas, el bloqueo y sus consecuencias. Ciento doce fabricantes de paño, de todos los rincones de Inglaterra, se dirigen a Londres. La diputación es recibida por el rey y obtiene el levantamiento del bloqueo. Muchos otros episodios de la vida de Jack nos cuenta Deloney, y a través de ellos nos da a conocer la vida y costumbres corporativas de la Inglaterra del siglo XV. Es un libro fundado enteramente en la tradición local y en la experiencia profesional.

La edición más antigua que queda es un ejemplar del año 1626, o sea, 28 años después de su primera publicación.

La segunda de las obras de Deloney, titulada el *Noble Oficio*, está dedicada a la corporación de los zapateros. No hay aquí un personaje central sino una serie de novelas cortas destinadas a recordar los orígenes y los hechos más relevantes de dicho gremio. En una de ellas, tomada seguramente de la Leyenda Dorada, se nos cuenta cómo un grupo de «compañeros» fabricó de los huesos del esqueleto de Hugues, mártir quemado

en los primeros siglos del Cristianismo, todas las herramientas de los zapateros. En otra, el personaje principal es Crispín, hijo del Duque de Kent, el que, perseguido por el Emperador Maximiano, debe huir y encuentra refugio en casa de un zapatero donde aprende este oficio. Pasan algunos años y Crispín se aventura a dirigirse a la ciudad. Allí conoce a Ursula, hija del Emperador, quien se enamora de él. Crispín le da a conocer su origen. Los hijos de dos familias enemigas, como en la tragedia shakespereana, tienen su idilio. Crispín se enrola como soldado en el ejército y se cubre de gloria por su valor. A su regreso es perdonado por Maximiano y se casa con Ursula. De aquí el subtítulo que lleva la obra: *Todo hijo de zapatero nace príncipe y señor.*—GUILLELMO GANDARILLAS M.

LA LITERATURA FRANCESA DE MAÑANA

EL nuevo año intelectual, que comienza en el mes de Octubre y no el primero de Enero, no ha sido nunca tan misteriosamente escondido, en sus fines, como en este otoño de 1930. Nunca como ahora ha tenido el público interés en saber, como dicen las señoras, «lo que se va a llevar este año» en literatura, porque en Europa estamos a la espera de acontecimientos políticos graves. No estamos seguros de no volver a una guerra. Y esta vez sería el fin de la civilización blanca, de tal manera se sabe que los recursos de la química y de la electricidad dominarán el campo de batalla. Esta proximidad acrecentada cada día de la guerra universal (todos los pueblos están obligados, por las más contrarias razones, a mezclarse en ella poco a poco), es preciso darla a conocer en los países sanos y jóvenes de América, a fin de que se hagan algunos esfuerzos en pro de la paz, para que si queda una sola esperanza, a ella lleguemos. Ahora bien, en Europa los remedios políticos parecen definitivamente vanos, y no nos queda sino una posibilidad: el espíritu. ¿Qué mentalidad nos van a revelar los escritores del próximo invierno? Si se tiene en cuenta la importancia capital que el pensamiento escrito adquiere de día en día en una Europa que devora bibliotecas, la influencia de los escritores puede contrabalancear la peste del belicismo.

Creo que la literatura llamada deportiva, al introducir la mentalidad del campeonato, bajo las apariencias del juego ha contribuído a dar una nueva forma a la mentalidad agresiva del nacionalismo belicoso.

La novela y la literatura de viajes—a la moda moderna—, que no presentaban al lector sino inquietudes que habían cambiado de eje, el deseo malsano de ver muchos países—sin detenerse nunca en ellos, por decirlo así—, con su contacto demasiado rápido con los indígenas, esa literatura de coches-cama, de velocidades exageradas, de paso y no de estancia, de entrevistas y no de frecuentación, ha contribuido a desarrollar en el espíritu humano el hábito peligroso de las comparaciones. El hombre envidia a su vecino, se cansa de su presente. Ha llegado a ser internacional, lo que no quiere decir humano o universal. La prueba está en que las barreras aduaneras no han sido nunca tan altas y las rivalidades comerciales tan exacerbadas.

La poesía, sin huesos, sin reglas (pues se podría comprender muy bien una codificación de la nueva prosodia moderna), sin arquitectura, entregada al capricho, fuera de las excepciones de genio personal, no entrega ya al hombre la satisfacción de una imaginación normalmente alimentada.

De allí que el hombre, que no tiene ya para encantar y embellecer su hogar la ilusión literaria, que no encuentra en el arte literario demasiado dinámico de su época sino razones para agitarse más aún, esté en situación de mínima resistencia cuando una crisis internacional, como la superproducción actual, lo remece. Convertido en muy exterior, en menos intelectual, cree que la crisis económica es de una urgencia incurable. Y, según los temperamentos de cada pueblo, los gobiernos dan con las soluciones eternas: la obligación de comprar impuesta a los vecinos, la defensa irrazonada de todos los nacionalismos, es decir, la guerra a corto plazo.

* * *

No sé si los escritores franceses llegarán a tiempo; pero me parece descubrir en sus nuevas tendencias un deseo de volver a la literatura curativa de los males de la sociedad, a una literatura que no ignora el hombre, pero que al contrario trata de encontrarlo, de sumirlo en la ficción que enmascara el realismo de la vida, y por esto, a convencerlo.

En todas las sociedades de todos los tiempos, la importancia de la distracción, de las discusiones, ha sido considerable. Inútil es recordar el ejemplo de los legisladores natos, los romanos, que creían que los juegos debían ser gratuitos para el pueblo. En la vida moderna esta importancia ha sido mil veces acrecida. Se ha tratado de satisfacerla por los deportes y el cinema.

Pero el uno y los otros no son sino agitaciones, imágenes breves, *juegos sin filosofías*. Sólo la literatura (poesía, novela, ensayos) puede aportar al espíritu humano, en substractum durable, una vez que ha pasado la imagen, el reposo que garantiza la paz, las ideas que ocupan la imaginación del hombre.

Pues bien, compruebo con infinito placer que la literatura francesa—que es aún, aunque no se quiera confesar, la más avanzada, la más rica en ejemplos—está en camino de evolucionar hacia el buen camino. Al comienzo de esta temporada entiendo que la poesía sin fronteras (que va desde el ensueño inconsciente del morfinómano a la ensoñación del poeta que se fuerza el espíritu) está a punto de terminar. Asistimos también a extraños acercamientos entre las mentalidades latina e inglesa. La bilingüe revista *Echanges* es uno de sus signos.

En la novela vemos evolucionar la idea de que la novela es todo y todo lo puede, desde la confesión más o menos sincera hasta ese cajón de sastre que es un ensayo con personajes en lugar de ideas. Entretanto, las novelas van a ser más consistentes, más urdidas, más compuestas, más espesas. Sí, el público ya no tendrá tres capítulos de novelas cortas calificados de novelas. Podrá apasionarse por un héroe.

Y creo que se verá en este invierno, salvo excepciones geniales en las cuales es siempre posible esperar en países latinos, creo que se verá desaparecer ese género híbrido que hizo la gloria de tal o cual: ¡el folleto! Esta expresión a medias, este ensayo sin conclusión, este esbozo sin cuadro, ha muerto. En cambio se anuncian desde luego volúmenes copiosos de poemas.

* * *

Terminemos. Es muy simple.

Si los dioses lo permiten, si los locos a quienes la ambición belicosa posee no han tenido tiempo de volver a colocar a Europa en un plano de guerras de conquista, si el antiguo modo de enriquecimiento por la fuerza no vuelve a tomar la ventaja de aquí a seis meses o un año, espero mucho en la literatura. Muchos más sujetos de *distracción* del espíritu, de distracción apasionada, se ofrecerán dentro de poco al hombre. Sí, la magia del sueño le será devuelta. Desde entonces, menos sensible a las decepciones que se hallan en el fondo de las crisis económicas (porque nadie muere literalmente de hambre hoy en día), el hombre volverá a tomarle afición a su escaño, a su hogar, al rincón de árboles en qué leer con interés. Se enternecerá con los seres lejanos en lugar de apalearlos sin conocerlos...

Que los escritores, como parecen querer hacerlo, sean aquí más conscientes de su deber, y tal vez la sociedad enferma entre en camino de curación...—ADOLPHE DE FALGAIROLLE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

CRONICA DE ESPECTACULOS

SUMA Y SIGUE

¿QUE saldo podemos trasladar de la cuenta 1930 a la cuenta 1931 en materia de espectáculos? A fin de conocerlo, pasemos revista somera a los hechos más salientes de la temporada que termina este mes.

Aparte de un conjunto de ópera, acerca del cual se ha dicho ya lo necesario, no hemos podido apreciar otro conjunto de mérito que el de Berta Singerman. Ni siquiera nos ha sido dado este año, como en anteriores, presenciar números de variedades de calidad, como el de Josefina Baker. Una serie de compañías mediocres, con repertorios menos que mediocres, ha llenado los claros, mientras el cartel se ha visto poblado casi incesantemente por el señor Flores.

Y esos dos son los términos extremos, antagónicos: el teatro «nacional» y el de cámara. Las ramplonerías de uno se han visto compensadas por las delicadezas sutiles del otro. Los borrones de brocha gorda de aquél, han sido puestos de manifiesto por el vigor y la gracia de las líneas decorativas de telones y personajes en éste. Han colmado un mismo escenario el sonsonete monocorde de Flores y la polifonía maravillosa de la maravillosa voz de la Singerman.

¿Qué hemos salido ganando con ello? Poco o nada. El conjunto de teatro de cámara no logró atraer gente; experimentó lo que se llama un fracaso de taquilla. En cambio las dilatadas temporadas de teatro nacional alcanzaron un éxito económico sin precedentes. El primero logró interesar a una élite. Del segundo se alejó esta aterrorizada. Y ambos elementos—público mayoritario y cultura, arte escénico e industria teatral—permanecen distanciados entre sí. Acaso más que antes, puesto que ya han podido apreciar el espacio que los separa.

¡Y qué remedio! En esta tierra, el interés más profundo, la constancia más denodada, la más fervorosa afición, caen vencidos a lancetazos por el ambiente. A cualquiera de nuestros

teatros llega un espectador bien educado, despojado de todo prejuicio, con el deseo de ver y analizar lo que le presenten. Se sienta en su butaca, e inmediatamente comienzan los comentarios de la vecindad, que lo perturban y llegan algunas veces a no dejarle ni oír la obra. Uno que se levanta porque la concha del consueta no le deja ver el rostro de la dama joven. Otro que se estira para alcanzar chocolates a una conocida que está en la fila inmediatamente posterior. Unas niñas que alaban la toilette del galán. Otras que discuten acerca de su perfil, comparándolo con el de otra figura masculina. Estas, que advierten cuánto ha adelgazado la primera dama. Las otras, que acotan con suspiros y exclamaciones los pasajes románticos de la obra. Y en general, una despreocupación, una falta de crianza para respetar al vecino, para oír en silencio los parlamentos que bien o mal desenrollan los actores y una ligereza de juicio que llevan a la desesperación al más paciente.

En la temporada de teatro de cámara quedó de manifiesto en forma singular lo atroz de este martirio. La gente no percibía ni el matiz trágico ni la sutileza irónica. No sabía comentar las obras. Jamás se dió el silencio comprensivo al final de un acto que imponía la meditación. Nunca pudo advertirse en los rostros una sonrisa. O el aplauso retumbante, de plaza de toros, o la carcajada de los horteras. Y—naturalmente—el aplauso y la carcajada en el momento menos oportuno... Cuando el protagonista se detenía en un instante supremo de la acción, batían palmas, como al término de un ejercicio circense. Cuando se lucía un gesto de delicadeza superior, en el pasaje en que el autor había querido subrayar el efecto dramático con una frase fina, de elegante humorismo, la carcajada a chorros, la estridencia de los necios. Entretanto, el espectador, el buen espectador, aficionado al buen teatro, respetuoso de la verdadera cultura, aislado, crucificado en su asiento, esperando con ansiedad el momento propicio para la huída...

Esta falta de educación y de buen gusto en nuestro público se achaca con frecuencia a la falta de novedades que renueven el ambiente teatral, que acostumbren a la gente a lo inesperado y que le ofrezcan piezas de calidad. Nada más falso que este argumento, a juicio nuestro. Cuando llega algo novedoso, nuestro espíritu provinciano se detiene en las calles a curiosarlo, para luego comentarlo en familia, hasta hacerlo símbolo de lo estrambótico. La idea más genial fracasa en nuestra ciudad por el hecho de no ser de uso común. Y esto, en materia de espectáculos, adquiere una trascendencia insospechada. En Santiago, un buen actor ha de gustar, ante todo, a las niñas bobas.

Ha de tener paciencia para recibir sus homenajes y, sobre todo, ha de poner en cartel, las obras más cursis de los más cursis autores. Las temporadas de teatro nuevo, de teatro de calidad, cual la de Berta Singerman, nada enseñan a nuestro público, porque éste no advierte los matices superiores. Y entonces hemos de llegar a la conclusión de que el único culpable está en la prensa. El gran rotativo de circulación asegurada, cuyo personal está obligado a un *mínimum* de cultura, no tiene el derecho de seguir endiosando a los industriales del teatro, ni siquiera so pretexto de nacionalismos mal entendidos. Porque el buen burgués es ante todo respetuoso de la opinión generalizada. Y como no tiene juicio propio, se atiene al de la gran prensa, y cuando asiste a un espectáculo que no entiende, pero que los diarios le dicen que es famoso, guarda, al menos, silencio.

Tal es la enseñanza del último año teatral. No es novedosa, pero sí adquiere hoy carácter de definitiva. Es menester que alguien sujete a los trogloditas de las galerías; el carabinero. Ese ya está en su puesto. Menester es que hoy asuma el suyo otro carabinero, que sujete a los trogloditas de platea: la gran prensa. Y esta sería la única manera de poder trasladar de la cuenta 1930 a la cuenta 1931 un saldo favorable, el de un silencio respetuoso de la opinión ajena, consecuente con los actores que, después de todo, tienen el derecho de exigir que se oiga lo que hablan, y concorde con la buena educación. Y este es el primer paso indispensable hacia el mejoramiento.—A L F A.

LOS LIBROS

FILOSOFIA

LOS ESTOICOS, por *Paul Barth*.

Don Luis Recasens Siches, profesor y jurisconsulto español, ha traducido al castellano la obra de Barth sobre la filosofía estoica, que en género de manuales de divulgación tuvo amplia circulación en Alemania hace veinte o más años, cuando apareció. Debe tenerse presente, sin embargo, que la traducción con que nos llega al conocimiento de los pueblos de habla española, es tomada de la edición alemana de 1921, que con relación a la primitiva de 1902, contiene importantes aditamentos.

La tarea, como lo afirma el autor en su prólogo, no puede ser más dificultosa. Y las razones son claras: no se poseen obras del estoicismo antiguo, sino solo fragmentos y referencias imprecisas y oscuras; y, esta es la principal dificultad, después del estoicismo hay una evolución espiritual hasta nuestros días, de más de dos milenios, en que los conceptos y las ideas de la concepción estoica de la filosofía de la vida y del mundo, se han diluído en el

caudal inmenso de todas las ideas posteriores.

Para cumplir acertadamente su tarea, Barth, helenista y latinista consumado, ha procedido con un riguroso método, en que se trasparenta el profesor de Lógica de la Universidad de Leipzig. Ha dividido su manual en seis partes, y algunas de estas partes las divide, en conformidad a las exigencias de la materia estudiada, en secciones, lo que facilita enormemente el estudio y la clasificación.

En la primera parte estudia el fondo histórico del estoicismo, el ambiente que existía en el mundo helénico cuando Zenón fundó su escuela de filosofía, para referirse en la segunda parte a la historia externa del estoicismo. Aquí debemos hacer una salvedad. Al tratar el autor de la historia externa del estoicismo se ha referido sólo al estoicismo antiguo (Zenón, Cleanthes, Crisipo, Panecio, Psidonio, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio, figuras principales), pero su historia externa no comprende el estudio de los pensadores que con posterioridad al cristianismo y coetáneamente con él, aunque no figuraron

clasificados como estoicos, clasificaron su pensamiento entre el de los discípulos de Zenón. Para salvar este inconveniente, Barth ha destinado la sexta parte de su libro, que es la última, al estudio señalado y ha titulado esta parte: «La influencia posterior del estoicismo». Aunque en esta parte el estudio es conciso, creemos que el inconveniente señalado líneas atrás no se subsana por cuanto algunos filósofos afiliados a otras escuelas tenían tales influencias estoicas que a pesar de su clasificación distinta, pertenecían al estoicismo en todos sus principios: eran una continuación estoica, con algunas influencias de los acontecimientos ocurridos, el principal e inevitable: el cristianismo. Tal aserto puede confirmarse si se estudia el pensamiento neo-platónico con detención y si se sigue el pensamiento de cada uno de los componentes de las dos escuelas alejandrinas. Lansdberg, Messer y Hoffding pueden servir de guías eficientes en el estudio que dejamos indicado y que tiene un altísimo y permanente interés. Pero si la circunstancia anotada puede parecer un lunar de la magnífica obra de vulgarización que es el manual de Barth, debemos reconocer que en el mismo capítulo de las influencias posteriores del estoicismo, tiene plenos aciertos cuando se refiere a la influencia del sistema que estudia en el Nuevo Testamento y en los Padres de la Iglesia. Con precisión, conocimiento profundo y concisión se ha referido al pensamiento de San Pablo, de los apologistas (Justino, Athena-

goras, Minucio y Tertuliano y de los dogmáticos (San Clemente, Orígenes, San Agustín), mostrando el rastro de influencia de la filosofía de Zenón que había en el espíritu de cada uno de los pensadores nombrados.

La tercera parte de la obra, titulada *La Doctrina*, forma la médula del libro de Barth. Es una exposición ordenada, certera y—cosa rara en un expositor alemán de temas abstrusos—muy clara, de lo que constituía la esencia misma de la filosofía estoica, de su física, de su lógica y de su ética, las tres partes en que se dividía. La cuarta y quinta parte se refieren a las relaciones del estoicismo con otras escuelas coetáneas y a la relación del estoicismo con la ciencia positiva. Todas ellas, como la que Barth dedica a la doctrina de Zenón, forman un conjunto de exposiciones inmejorables, en que el autor anda por camino seguro, pues revela profundos y bien conseguidos conocimientos de las materias que trata.

Si en las partes en que se refiere a la historia de la filosofía, para un lector atento la obra de Barth puede merecer algunas objeciones como las que hemos formulado, no cabe la menor duda de que en la exposición y comentario de la doctrina misma de los estoicos ha realizado una interesantísima labor de investigación y al mismo tiempo de divulgación, que debería ser conocida de todos los espíritus que se interesan por estos estudios.—
Abel Valdés A.

PSICOLOGIA

NACIMIENTO Y EVOLUCIÓN DE LA INTELIGENCIA, por *A. Anselmo González*.

El Dr. A. Anselmo González, médico puericultor, doctor en Ciencias y profesor de la Escuela Superior del Magisterio de Madrid, presenta en este libro un cuadro completo del nacimiento y la evolución de la inteligencia. El libro está destinado a la pedagogía o, mejor dicho, al estudio del desarrollo de las facultades intelectuales en el niño con el objeto de facilitar a los padres y a los maestros la tarea de vigilar la forma normal o anormal en que esa inteligencia se va desarrollando.

Reuniendo los diversos conocimientos que se relacionan con esa materia, desde la histología y la neurología hasta la psicología y la pedagogía, el Dr. Anselmo González ha logrado hacer un volumen interesante de divulgación científica, que se lee sin tropiezo. Le ha servido para ello, en su parte fisiológica, la labor del «maestro de maestros», Ramón y Cajal, cuyo nombre viene citado en el libro, si no con mucha profusión, con tino y oportunidad, y en su parte de psicología pedagógica, los cuadros y las pruebas de Binet, de Vaney, de Kulhmann y de otros autores. Además, su profesión de médico puericultor ha proporcionado al doctor González un abundante material de primera clase.

El objeto del libro, como dice el autor, es llevar al conocimiento

de los padres aquellas nociones que les permitan atender la evolución psíquica del niño.

La considerable disminución de la mortalidad infantil conseguida en todos los países durante los últimos años ha sido debida, en parte muy principal, a la divulgación de los conocimientos de puericultura, y fundamentalmente de biología infantil, que ha permitido a las madres seguir de una manera consciente el crecimiento y la evolución de los niños, compararla en cada caso con la evolución típica normal, percibir las diferencias comprendiendo su significación, y prevenir así los trastornos que, salvando los límites de adaptación fisiológica, podría entrar en el terreno, siempre amenazador, de lo patológico. Pero esa divulgación ha sido incompleta. Por razones lógicas y fáciles de comprender, de más visible apremio, los divulgadores han atendido casi exclusivamente a la salud del cuerpo y han olvidado por completo, o muy poco menos, la del espíritu.

A llenar la falta dedica el doctor González su libro, cuya mayor virtud, por lo que ella representa de utilidad inmediata, es la claridad y la sencillez con que el problema se aborda y estudia.—*M. R.*

EXAMEN DE UNA CONCIENCIA MODERNA, por *François Mauriac*.

Un grupo de gente de espíritu muy religioso y muy apostólico, que edita en Santiago, sin período fijo, la revista *Verbum*, ha publi-

cado en los cuadernos del mismo nombre las páginas de Mauriac publicadas en uno de sus últimos libros con el título de *Paroles en Espagne* (1). En Chile estas palabras han sido traducidas en la forma de un examen de conciencia. El traductor ha agregado «moderna», pero precisamente por el tono en que se interroga a sí misma esta conciencia y por la situación en que ubica sus inquietudes espirituales, la indicada conciencia tiene bien poca modernidad. En efecto, la interrogación religiosa, permanente en todos los espíritus para quienes las eternas interrogantes no han sido aún contestadas, no puede alcanzar en nuestra época ese retorno ciego a un catolicismo integral, que propicia Mauriac. De las religiones existentes, la católica es acaso la que ha conseguido unir con mayor acierto los impulsos de la razón con los impulsos del sentimiento religioso, pero en más de un punto el conflicto permanece sin solución. Cerrar los ojos como la avestruz ante el peligro del cazador, abdicar de las exigencias de la razón que no se satisface con afirmaciones imperiosas e imponerse la total e integral aceptación de un sistema de conciencia determinado, significa un esfuerzo tan violento que muchos espíritus, aun guiados por la palabra cálida y convencida de un François Mauriac, no se resignan a aceptar. Para ello no es preciso, como lo hace Mauriac, mostrar las ruinas de lo que llama «hu-

manismo», que si se refiere al espíritu moderno se encuentra lejos de la ruina; ni encender unas frases panfletarias sobre la insuficiencia de los espíritus de Gide, Proust, Freud, simbólicos del espíritu de la post-guerra, según Mauriac, frente a la personalidad plena de actualidad permanente de Cristo; ni siquiera entonar un cántico dolorido a la tradición religiosa que va muriendo en todos los espíritus sino que es simplemente necesario constatar un hecho: que en la actualidad se necesita menos de la religión que antes, que casi nadie siente la necesidad religiosa. Este hecho es confirmatorio de nuestras palabras anteriores: el catolicismo integral y a fardo cerrado, con ser la mejor de las doctrinas religiosas, continúa inaceptable para más de una conciencia. Y aunque la labor de un Mauriac, de un Blondel, de un Maritain, se refiera a mostrar precisamente la necesidad religiosa que sus doctrinas, según ellos, pueden llenar, esta necesidad no la sienten sus contemporáneos. Hacen el efecto de pastores sin rebaño, generales sin soldados, dictadores sin poder.

No quiere decir esto que el intento de todos los que como Mauriac se encuentran poseídos de una fe ardiente y de una inteligencia penetrante y lúcida, sean estériles. No. El tiempo, el cansancio, las decepciones y la vejez todo lo pueden y las filas vacías de hoy día, alguna vez se verán pletóricas de todos aquellos en quienes la cercanía de la Muerte dió en tierra con las más repetidas negaciones.—
Abel Valdés A.

(1) Cuadernos *Verbum*, Santiago, 1930.

POESIA

BOLETINES DE MAR Y TIERRA, por
Jorge Carrera Andrade.

Don Jorge Carrera Andrade, poeta joyen del Ecuador, apagados los encendidos entusiasmos tropicales de un socialismo no comprendido, se ha dedicado a la carrera consular.

Nos llega su último libro de poesías: *Boletines de Mar y Tierra* (1), donde como su título lo indica, el poeta ha reunido diversas impresiones de su viaje a Barcelona y otras impresiones de tierra europea. También contiene el libro poemitas pequeños que el autor llama Microgramas y que con una marcada influencia del hay-kay japonés se aparta de este, en que el micrograma del poeta ecuatoriano es eminentemente descriptivo. Hay asimismo en el libro algunos poemas de asunto indigenista, que sirven al poeta como pretexto magnífico para repetirnos algunos trajinados gritos, mezcla de rebelión y desenfreno, a que ya nos tienen acostumbrados los reivindicacionistas del indigenismo.

Pero la nueva sensibilidad, o lo que ha dado en llamarse con este epíteto (aunque creemos que los motivos de la sensibilidad son siempre los mismos a través de la historia variando sólo los módulos de expresión), ha encontrado un eco agudo en el poeta ecuatoriano. Se ha apropiado éste de un rebuscamiento intenso de la expresión lanzada tras la búsqueda de la

«imagen nueva», que forma la piedra angular de los nuevos modos de expresión poética, y en más de una ocasión la ha encontrado. Es claro que por agudizar y subentender los diversos motivos de sus imágenes, la conexión que debe existir entre las diversas líneas de sus poemas (no nos hemos atrevido a llamarlas versos, porque en muchos casos no lo son) sufre marcadamente, de tal manera que llega el poeta, quizás sin darse cuenta, a una oscuridad lamentable, ya que por los temas elegidos y por la certeza de algunas imágenes, precisamente contrarias al resultado total del poema, pues son de una claridad y soltura en ocasiones deslumbrantes, muestran que la deshumanización, o más bien estilización del estilo poético, lo llevan al extremo opuesto, a donde parecen guiarlo sus naturales condiciones y donde desearían verlo siempre sus lectores.

Podemos comprobar las afirmaciones anteriores en sus poemas. Del *Cuaderno de Mar* sacamos el siguiente poema, que es una leve impresión concisa y acertada, sobre las faenas y el puerto de Curazao:

Todo el pasado va a anclar.
La alegría es un pez rojo
En la redoma del mar.

Hombres hormigas en cordón
pasan a lo largo de la tarde
en el entierro del carbón.

Se duerme el día holandés
con una pipa en la boca
y el mar indiano a sus pies.

El molinito del ventilador
muele finamente
en el trigo grueso del calor.

(1) Editorial Cervantes. Barcelona, 1930.

El gallo avisa las horas.
Navegan en el horizonte
las estrellas pescadoras.

Una garrafa de cacao
reparte en la mesa extranjera
la luz niña de Curazao.

Si observamos bien, vemos que el poema transcrito es sólo una colección de pequeñas imágenes descriptivas, construídas según la fórmula del hay-kay japonés, y aunque dichas impresiones le han servido al poeta para componer una organización poética completa sobre determinado asunto, en el caso presente el puerto de Curazao, pueden perfectamente dichas impresiones fijarse aisladamente, y entonces tendríamos seis microgramas.

Con lo dicho creemos haber fijado la calidad de la forma poética que el señor Carrera Andrade llama micrograma, y que resumiendo sería: una impresión poética, eminentemente descriptiva, construída según la fórmula lírica del hay-kay japonés, en versos preferentemente octosilábicos.

En dicha fórmula están comprendidas las excelencias y los defectos de la forma que tanto place al poeta ecuatoriano. En la poesía lírica japonesa, donde el género no tiene nada de descriptivo y sí mucho de psicológico, como que los mejores hay-kays son sólo impresiones sobre fugacísimos estados del alma, no se encuentran los defectos que tan notorios son en el señor Carrera, ya que al hacer descriptivo un género que es eminentemente subjetivo, personalísimo, cae

en la fabricación de algunos comprimidos poéticos pintorescos, pero sin valor artístico alguno. Veamos *Lo que es el caracol*:

Caracol:
mínima cinta métrica
con que mide el campo Dios.

¡Como puede verse, el caracol no es nada!

Pero dijimos también que el poeta por estilizar la forma en versos agudizados hasta la exageración, había caído en la oscuridad proveniente de la unión que hace de diversos temas y hasta asuntos, en una misma composición poética. Veamos:

Alazán. Alazán.
Después de la cena ciruela
a carrera tendida hacia el pueblo
de sombreros de paja del páramo.

El montado lleva en el ala del
[poncho
un rollo de viento.

Carteles estremecidos de gritos
en los estancos del camino.

Redobla en las orejas el viento
[tambor.
Corren en fila india los árboles del
[cerro.

Echa su lazo de hielo un aullido
a la garganta del silencio.

Con su peineta de luminarias
la primera casa del pueblo.

Han venido los peones de Santa
[Prisca
con sus ponchos color de ciruela:
borrachos de fuegos artificiales
se arriman al hombro de las puertas.

¡La rueda chillona! la rueda de lu-
[ces! ¡La Rueda!

Muere acribillada de cohetes
la noche de ojos de aguardiente.

Esto sin necesidad de profundizarlo mucho es un tema campesino: la descripción de alguna festividad campestre que el poeta ha titulado. Fiesta de San Pedro. Innegablemente el poema está bien concebido y ha alcanzado en él plenos aciertos de imágenes: «un rollo de viento», «la garganta del silencio», «la noche de ojos de aguardiente», pero si nos fijamos bien nos encontramos con que la falta de conexión de diversos versos entre sí le resta la claridad indispensable en un género como el elegido por el autor: el descriptivo.

Por estas razones creemos que el señor Carrera Andrade, que tiene toda la fibra de un buen poeta, nos habrá de dar en sus futuras producciones algo más depurado, algo en que las últimas influencias recibidas, el género japonés que hemos mencionado y algunos resabios notables de Blanca Luz Brum (págs. 77, 79, 81 y 91) no lo traicionen hasta el extremo de quitarle la fuerza de expresión y el vigor de originalidad que hay derecho a esperar de él, por sus naturales condiciones: una finísima sensibilidad y un deseo fervoroso de hacer de sus poemas un conjunto completo de realizaciones artísticas.—*Abel Valdés A.*

NOVELA

JUDÍOS SIN DINERO, por *Michael Gold*.

Michael Gold, judío de origen rumano, es el director de la revista «New Masses», publicación norte-

americana de arte y literatura, de tendencias comunistas. Cuenta entre sus colaboradores a Upton Sinclair y a John Dos Passos. Michael Gold lleva publicados dos libros: *120 millones*, colección de bocetos y poemas en que se describe la vida obrera en Estados Unidos y éste que comentamos: *Judíos sin dinero*, libro dedicado a narrar la infancia de Michael Gold en el East Side y el ambiente general de ese barrio neoyorquino.

Judíos sin dinero está escrito en forma fragmentaria. No es casi una novela sino una sucesión de cuadros. Los judíos ocupan el primer lugar entre los personajes descritos por Gold. El autor no posee gran estilo y parece que no se interesa por poseerlo. El interés de este libro reside en lo que muestra al lector: el enorme número de judíos pobres que habitan Nueva York, su miserable vida y la forma en que el ambiente de la ciudad y las circunstancias derivadas de sus condiciones de existencia influyen para hacer de ellos bandidos, prostitutas, macrós o simples vagabundos. La vida de la gran ciudad, el ansia de enriquecerse de cualquier modo, el deseo de surgir a toda costa, destruyen en los hijos de los judíos emigrantes el germen de religiosidad y de moral que los padres trajeron a América. Pocos son los que se salvan, pocos los que se enriquecen; los demás siguen un camino de rebelión o de delito, de hambre o de abulia y forman el montón de un millón y medio de judíos sin dinero que vive en Nueva York.

En aquel entonces, el East Side de Nueva York era el distrito de las mancebías y del 606, un inmenso parque de recreos administrado por Tammany Hall. Los judíos, huyendo de los pogroms europeos, habían venido con sus rezos y sus ceremonias, desde un nuevo Egipto, a una nueva Tierra Prometida. Encontraron esperándoles las fábricas explotadoras, las casas públicas y Tammany Hall. Había cientos de prostitutas en mi calle. Ocupaban las tiendas desalquiladas, llenaban varios pisos en todas las casas de vecindad. Los piadosos judíos odiaban el tráfico. Pero aquí eran pobres extranjeros; no podían hacer nada. Se encogían de hombros y murmuraban: «Ésto es América.» Trataban de vivir.

Las mayorías de las prostitutas del East Side eran judías. Así es todo el libro, trágico, sórdido, sarcástico.

Los moralizadores del Ku Klux dicen que el sistema de bandidaje no es americano. Dicen que fué traído aquí por los emigrantes europeos de «clase baja». ¡Qué tontería! Nunca hubo bandidos judíos en Europa. Los judíos eran allí un grupo tímido y estudioso. Los judíos no han matado a nadie desde la caída de Jerusalén. Por eso los cristianos, que aman el asesinato, nos han llamado el «pueblo raro». Pero es América la que ha enseñado a los hijos de los sastres judíos tuberculosos a matar.

Hay observación y poesía en el libro de Michael Gold, poesía que surge de entre los montones de basura y de los cuartos malolientes del East Side, en forma de aspiraciones de reivindicación social y de renovación espiritual.—M. R.

CUESTIONES SEXUALES

VIEJA Y NUEVA MORAL SEXUAL, por
Bertrand Russell.

En cada remesa de libros europeos llega por lo menos uno dedicado a estudiar el problema de la sexualidad. Las fases de este problema son numerosas y ofrecen materia para todos los gustos y todas las predilecciones. Su literatura ya abundantísima proporciona medios de información y de documentación casi inagotables. Los trabajos de muchos sabios, que han amontonado observaciones en este y en aquel sentido del problema sexual, son explotados con un entusiasmo sorprendente, y apenas hay una persona más o menos culta que no se sienta inclinada a escribir un libro o un ensayo sobre la cuestión. El problema ha llegado a su más amplia divulgación.

Sin embargo, y debido a esto, dichos libros o dichos ensayos traen cada día menos novedad, menos cantidad de trabajo personal. Algunos son simples comentarios a la obra de aquellos sabios, obra que hubiera permanecido casi desconocida del mundo si la cuestión sexual no hubiera sido lanzada sobre el tapete por los trabajos de Freud. Pero, una vez lanzada, los nombres de Havelock Ellis, de Malinowski, de Westermack y de otros acopiadores de datos e investigadores primeros de los fenómenos sexuales, han llegado a ser tan comunes como los de los padres de la patria.

Este libro de Russell escapa un

poco a la medida corriente y escapa porque el pensador inglés ataca un tema poco tratado: el problema sexual contemplado desde el punto de vista moral y social. Su libro es un libro de alto sentimiento y de alta moral. Esto hace que la mayoría de él esté lanzado contra la sociedad, contra la religión y contra la moral creada por esas dos instituciones, moral que ha influido profundamente sobre la sexualidad, conduciendo al mundo al estado en que hoy se encuentra.

San Pablo sostiene que el comercio sexual, aun en el matrimonio, viene a ser como un estorbo en el intento de alcanzar la salvación.

Esto en cuanto a los católicos. En cuanto a los protestantes la situación es más desesperante aún, como lo demuestra en sus páginas el libro de Bertrand Russell. Aparte de esto, el autor de *Vieja y nueva*

moral sexual contempla el asunto en sus relaciones con el matrimonio, y es ahí donde su libro alcanza la más alta cúspide.

Sus palabras están llenas de serenidad y de sabiduría y causan en el lector un efecto tranquilizador impagable. Termina su libro con estas:

Lo esencial en un buen matrimonio es el respeto de la personalidad de cada cónyuge, combinado con la intimidad profunda, física, mental y espiritual, merced a lo cual un amor serio entre hombre y mujer es la experiencia humana más fructuosa. Como todo lo grande y valioso, ese amor reclama su moralidad propia, y con frecuencia impone sacrificar lo de menos a lo de más importancia; pero ese sacrificio debe ser voluntario, porque si no lo es, destruirá las bases mismas del amor en cuyo obsequio se hace.

Libro serio, razonado, es de gran valor e influirá de modo profundo en quienes lo lean.—*M. R.*

LAS REVISTAS

ALGO SOBRE PAUL VALÉRY

En uno de los últimos números de la *Revue de France*, la interesante revista que dirigen en París Raymond Recouly y Marcel Prevost, aparece un artículo titulado *Lecturas*, del agudo crítico de Proust, Leon Pierre Quint, en que se refiere a la obra de otro ídolo del público literario francés y universal: Paul Valéry.

Siempre he colocado a Valéry entre los cuatro o cinco primeros escritores de nuestra época. Para hacer mi juicio más actual, he decidido releerlo. Tenía curiosidad de saber si sus libros o alguna parte de ellos creaban de nuevo en mí un choque emocional, sin el que no me intereso por obra artística alguna.

En efecto, la primera condición que debe llenar una obra para satisfacerme es la posibilidad de revivirla intensamente en mí y de volver a crearla (recrearla) por directa simpatía. Esta comunión me prueba que he descubierto, más allá de mi visión habitual, en las fuentes originarias de la vida, *alguna cosa* profundamente humana. Si vuelvo a encontrar esta impresión en una segunda lectura, habiendo desaparecido toda sorpresa y toda novedad, me convengo de la autenticidad y del carácter inédito del es-

tado de espíritu que me hacía vibrar.

Sólo después de esta prueba interviene mi juicio crítico para analizar las emociones de mi lectura: entonces estudio la técnica de esta obra, es decir, los medios y el método que le han permitido la perfección de su expresión; trato de darme cuenta de su calidad intelectual, de conocer su carácter de universalidad. Por último, quiero conocer la amplitud de inteligencia de su autor, dicho en otra forma: su concepción del mundo en comparación con la mía. ¿Rechaza él, como yo, las ideas absolutas? ¿Se encuentra obsesionado por el relativismo de todas las cosas de la existencia? ¿Qué perspectiva encuentra a esta vida o a la futura?

Tales son las condiciones que exige el crítico a un autor para que este le interese. Veamos si Valéry, el estudiado, las cumple o no:

En 1917 cuando Valéry reapareció con *La jeune Parque*, no hubo griterío. Por otra parte, su carrera oficial y mundana, desde esta época, era su mejor testigo.

Para justificarse, declara hoy día que no tiene «sociedades ni conocimientos» que no reposen sobre «decisiones arbitrarias». ¡Afirmación débil y simplista! Sin duda las instituciones resultan de compromisos entre diversas necesidades sociales; porque son idealmente la

expresión necesaria de la sociedad. El rebelde que no acepta las instituciones tales cuales son, tiende justamente a adaptarlas mejor a su función, a perfeccionarlas. Pero Valéry prefiere creer que aproximación es sinónimo de arbitrariedad. Si las leyes, la justicia, las guerras, piensa, son fenómenos a la vez fantásticos y fatales, no queda sino tomarlos como son y no ocuparse más de ellos. Desprendido de los problemas sociales, Valéry se complacerá entonces en enseñar otras posibles vidas colectivas.

Yo no creo que nuestros conocimientos se encuentren fundados sobre «decisiones arbitrarias». Las leyes de la física, de la historia, las leyes del lenguaje, la gramática, la sintaxis, las reglas de versificación, si parecen convencionales, es porque ignoramos las causas que las han engendrado. La ciencia tiene justamente por fin eliminar el azar. Valéry que manifiesta un tan gran amor a las ciencias, no ama verdaderamente sino las matemáticas, y particularmente la geometría. Esta en realidad se encuentra fundamentada en postulados que pueden parecer arbitrarios. ¿Luego, apoyado en estas bases convencionales, no es libre el hombre de razonar rigurosamente, de teorema en teorema, sobre cualquier conocimiento?

Toda la obra en prosa de Valéry se me presenta como una perpetua especulación sobre hipótesis de pura fantasía. Es una embriaguez de especulación en el vacío. En efecto, el escritor se contenta con tomar, desarrollar, comentar el *Método* descrito en la *Introducción a Leonardo de Vinci*. Pero lo que le caracteriza, en adelante, es que ninguna cuestión vital le interesa y sólo el puro juego intelectual lo apasiona. Como M. Teste, se desliga de lo perceptible y medita sobre el papel del espíritu. Pero M. Teste tenía un objetivo: quería adquirir un poder extraordinario. Valéry lo ha renunciado. Se contenta con divertirse, con entretenerse.

Ha comprobado que la inteligencia está caracterizada por su facultad lógica y por su necesidad de precisión. Para hacer funcionar esta inteligencia, ¿no es suficiente encadenar razonamientos unos a otros, con el máximum de rigor? ¿Estos razonamientos no serán tanto más intelectuales, declara Valéry, cuanto más se aproximen a las matemáticas, es decir, carezcan de contenido concreto? Esta cabriola espiritual me parece una aberración completa. Valéry hace la caricatura del intelectual, el constante «pastiche» de su actividad. El verdadero intelectual es, en efecto, para mí, aquel que aplica su espíritu a la penetración de la *realidad*.

Valéry, por el contrario, desdeña todo sujeto real. Mucho más que de la poesía pura, Valéry me parece el autor de la idea pura, es decir, la idea vacía. Valéry aparece así, no como un pensador, sino como un aficionado a las ideas. La ignorancia de los hechos concretos le parece necesaria para pensar. «¿Qué más favorable al pensamiento—escribe—que la ignorancia del espectáculo de la vida a nuestro rededor?» Nuestra ignorancia nos obliga a establecer hipótesis. «Gozad vuestras hipótesis.» La erudición es su bestia negra. Tiene una verdadera impotencia para interesarse por lo sensible, lo perceptible; para concentrar su espíritu en una cuestión objetiva, a fin de enriquecerlo con nociones nuevas. Le falta por completo la curiosidad. Soñemos... ¿Un descubrimiento cualquiera o un sueño, no son equivalentes para él? Su cultura general le provee sobre cualquier asunto de algunas nociones con las que se contenta.

Tiene horror de estudiar, de profundizar este asunto determinado. Prefiere meditar, ayudado por un número determinado de nociones adquiridas en su juventud, sobre el tema que se le proponga. ¿No es suficiente con reducirlo (el tema) a la «figura y el movimiento», es decir, a un teorema abstracto y

cuantitativo, a una fórmula? Las capillas simbolistas le dieron este gusto por las fórmulas sabias, fatales, extrañas, curiosas, precisas, cifradas, que no significan gran cosa.

Después de leer estas objeciones a la obra de Valéry, cuya veracidad y acierto podrá discutirse, pero no su perspicacia, no comprendemos bien por qué Leon Pierre Quint continúa considerándolo como uno de los «cuatro o cinco primeros escritores de nuestra época». Veamos si al estudiar las primeras obras de Valéry nuestra curiosidad queda satisfecha:

La obra de Paul Valéry no es larga de leer. Era casi un adolescente cuando escribió, al mismo tiempo que algunos extraños poemas simbolistas, la *Introducción al Método de Leonardo de Vinci*, de unas cincuenta páginas de texto, aparecida en la *Nouvelle Revue*, que entonces dirigía Julieta Adam. En este ensayo, bien conocido, sabemos que Valéry se sirve del personaje histórico de Vinci solamente como punto de partida: Vinci maestro en todas las artes y las ciencias, parece representarle el tipo ideal de la inteligencia universal. ¿Qué es lo que caracteriza esta inteligencia, que Valéry trata de reconstruir?

El desprendimiento de todas las opiniones, de todos los sentimientos, de todos los éxtasis, porque son cosas vagas. Por lo tanto, es la facultad de análisis, llevada al máximo de rigor posible y que tiende a fijar cierta cantidad de relaciones, expresables en palabras, cifras o signos. La inteligencia universal es precisamente la que posee mayor número de elementos de este lenguaje preciso.

El año siguiente, a los veinticuatro años de edad, Valéry redactó la célebre *Soirée avec M. Teste* que no tiene más de treinta páginas. Esta vez el autor, en plena libertad, ima-

gina un genio del ensueño. Por desprecio a los hombres y a la celebridad humana, M. Teste desdeña probar su superioridad en una creación cualquiera. Su genio reside simplemente en el poder maravilloso que ha adquirido su inteligencia. ¿Cómo ha sucedido esto? Exactamente por los medios descritos en el *Método de Leonardo de Vinci*, es decir, por el desarrollo de esta inteligencia pura, *por y para ella misma*.

¿Cuál es, por último, este poder extraño de M. Teste? Valéry lo ha dejado entrever desde algún tiempo atrás. La memoria de Teste retenía los recuerdos, no disminuidos por el pasado, sino al contrario, se conservaban como equivalentes completos de las impresiones originales. Por supuesto que alcanzaba la atención suprema, dentro del estado de conciencia más elevado. Así había llegado a descubrir leyes del espíritu que nosotros ignoramos. Había suprimido el azar en su actividad intelectual. Si hubiera deseado ser un hombre de acción, «nada ni nadie le hubiera resistido».

M. Teste es más que una simple construcción de la inteligencia; es un hombre que ha quebrado, con un concentrado ardor y con un mínimo de gestos, cierto número de leyes humanas. Por esto, es humano. Sólo no ha podido vencer el sufrimiento físico. Por esto no puedo leer este pequeño libro sin sentirme cogido de nuevo. Constituye, a mi juicio, la obra maestra de Valéry.

Como puede verse, la admiración de Leon Pierre Quint por Valéry se manifiesta antes que nada porque es autor de esa pequeña maravilla que es la creación del poeta francés, de ese sugestivo personaje que se llama Monsieur Emile Teste.

CHILE DESDE FUERA

En el último número de *Nosotros*, la revista que en Argentina

realiza una labor similar a la de *Atenea* entre nosotros, aparece un interesante artículo de Manuel A. Seoane, conocido nuestro y redactor de esta revista, titulado *Huella espiritual de un viaje a Chile*, del que extractamos los más interesantes párrafos.

Después de contemplar el silencio solemne de los Andes, la callada gravedad de sus montañas, nos explicamos muchas de las características que se reflejan en el araucano. Por lo general, encontraremos hombres de largos mutismos. Envueltos en su ego misterioso, su conversación es intermitente, desigual, como su panorama. A veces desciende a los valles su confianza, y conversa afable, cordial, pero de pronto se parapeta, se reconcentra, se yergue a nuestra vista como una cúspide rocosa. Se le mira, pero no se le ve. Está detrás de sí mismo. No hay cómo romper ese abismo súbito y levemente hostil. Le viene del alma, del meollo del alma, y el forastero se detiene inquieto. Puede proseguir la charla, pero siempre angulosa, con quebradas y precipicios, con alegres sonos campesinos interrumpidos de pronto por fríos silencios impenetrables.

Y es que el chileno es fuerte, como su suelo. Carece de esa espontaneidad comunicativa del hombre de la llanura. No es sentimental ni dulzón. Al contrario, prevalece en su ánimo un instinto agresivo, alerta. Dentro de su alma hay perennemente un centinela. Un centinela que está armado. La vida para el araucano no es un deslizamiento. Es un combate. Y se ha hecho a su destino belicoso, del que se enorgullece, con una nueva y adusta prosapia combativa. Antiguamente sus leyendas monetarias decían: «Por la razón o la fuerza.» Ahora las leyendas han desaparecido de las monedas. Pero nada más que de las monedas.

Esta potencia íntima, esta fría y brava resolución de abrirse camino, hacen del chileno un hombre corajudo, beligerante, guerrero. Un tipo de inconmensurable fuerza reprimida. Podrá, a las veces, aparecer tranquilo, calmo, perezoso, como una tarde otoñal. Pero si necesita luchar, si alguien amenaza o destruye aquello que él ama y precisa, despertará bruscamente, se lanzará con fiereza, con saña, sin dar ni pedir cuartel, ebrio de pasión y bravura. Esta indómita pujanza, esta necesidad religiosa de creer en su fuerza y en lo inmediato e inevitable de su triunfo, han hecho del chileno un curioso caso de amor propio. No raciocina ni analiza. No medita. Cuando su ley lo llama a la pelea—en sentido espiritual o personal o nacional—se entrega a ella frenético, sin saber si es o no posible la victoria. No le importa. Su ancestro lo arrastra al combate, lo domina, lo subyuga. Y es su afán por la lucha, su genérico afán por la lucha, el que satisface complacido.

Al chileno, desde que nace, lo capta el ritmo nacional. Los dioses tutelares de la patria son paradigmas de belicosidad y empuje. Los héroes civiles, los constructores de la paz, están rezagados. Por eso, casi todas las estatuas de Chile están a caballo y con espada. Esto ha producido un orgullo nacional exacerbado. Un orgullo, que combinándose con su instinto agresivo, sintetiza con verdad psicológica aquel grito popular con que saluda a su patria.

Pero esta soberbia de ser chileno lo hace áspero con el extranjero. Cuando confronta la realidad extranjera con su realidad, y presiente que aquella es superior, evitará reconocerlo. Se empinará sobre sí mismo, tomará medidas de su futuro y determinará ser más grande, con heroica y amenazante resolución. Así se ha transformado en un espíritu localista. Sólo es deferente, alegre y cordial con quien llega humilde-

mente, sin vanidad ni petulancia.

Mas no todo es dureza en el chileno. Su misma actitud de silencio lo convierte en un ser de aguda y penetrante observación. Sólo un pueblo frío, con riendas interiores, puede alardear esta capacidad extraordinaria para llegar al íntimo sentido de las cosas. Tal cualidad le depara una ironía natural, un humorismo varonil y acre, de espléndida ley. Y sin embargo, esta no es siempre su diversión. Para divertirse, para abrir todas las fronteras del alma, todas las tranqueiras del espíritu y diluirse en una alegría fisiológica, el chileno tiene que perder su equilibrio mental. Es decir, tiene que alcoholizarse. Y esta manía, que es un efecto y una causa, es su más grave y seria manía. Todas las virtudes del alma chilena, que hacen de este pueblo un núcleo varonil de extraordinarias cualidades potenciales, están contrapesadas por este vicio de honda e inquietante gravedad.

El alcoholismo no será destruído desde el poder. Ninguna casta dominante se ha suicidado económicamente en el curso de la historia. Pero tampoco será desterrado desde abajo, por los consumidores o víctimas. Y es que en Chile media un factor psicológico. Un antiguo complejo mental asigna cierta máxima masculinidad al hombre que bebe alcohol sin prudencia. El fuerte pueblo chileno cultiva el concepto con devota preferencia. Para ser hombre, para ser «chileno»—que es algo más que ser genéricamente hombre,—hay que tomar sin vacilaciones, sin excusas, con grandes tragos de varón. Un vocablo típico alumbra esta valoración subconsciente. El ebrio en lenguaje popular está «curado». El abstencionismo, por tanto, es la enfermedad. La alcoholización es la salud, es la «cura».

Pero este vicio no se carga impunemente. Según estadísticas oficiales, sobre 170 mil delitos, 84 mil fueron por ebriedad. Tal proporción ilumina el campo de nuestras

observaciones. El alcoholismo va repercutiendo por ondas concéntricas en los distintos planos de la vida nacional. El obrero, por ejemplo, es irregular en sus compromisos, falta a su trabajo, perjudica el desarrollo industrial. Abandona su hogar y descuida su vestimenta. Se le llama «roto», y en este vocablo típico se sintetiza tristemente la astrosa miseria originada, en parte, por el vicio degenerador.

El articulista cree que el vicio nacional que analiza ha tenido consecuencias de todo orden en el desarrollo de las diversas actividades del país, y que hasta en la política puede seguirse su trayectoria:

El movimiento político reflejó un tiempo esta desorganización o desenfreno. Una influencia, que llamaremos de segundo grado, alcanzó el plano de la vida pública. Hubo entonces, un breve instante de vacilación, de abandono. El recto camino institucional seguido por Chile desde la independencia aparecía confuso. Había hecho crisis el parlamentarismo. Y principalmente era inestable y crítica la situación económica. Inepta para resolver enérgicamente el problema, la conciencia civil se desorientó, y el país creyó verse en los umbrales del caos.

Surgió, entonces, con excesivo apuro, la única fuerza organizada del país.

Para Seoane, el reseñado es el camino por el cual ha llegado a la política, a la dirección de lo que se ha llamado la «cosa pública» el conjunto de las fuerzas armadas de la nación.

Es interesante observar el concepto de la vida nacional chilena, que desde el extranjero ha movido al escritor peruano a dedicarnos algunas líneas sugerentes. —ARIEL.

NOTAS Y DOCUMENTOS

INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

La Universidad de Concepción ha entrado a cumplir su vasto programa de labor educacional. Cada año que transcurre representa un nuevo esfuerzo, un nuevo progreso, espresado, en el orden material, por excelentes edificios construídos para sus diversas escuelas, por la adquisición de laboratorios modernos, por la instalación de amplios y cómodos talleres que, como los de la Escuela de Ingeniería Química, constituirán un complemento de valor inapreciable para la formación de los alumnos: en el orden educacional podemos señalar las nuevas Escuelas y Facultades, los Institutos de Investigación Científica, la contratación de figuras eminentes en las ciencias y en las letras para dar conferencias de extensión universitaria, y de distinguidos profesores extranjeros y nacionales para dirigir las diversas secciones destinadas a realizar una obra de investigación científica pura.

En este último aspecto, la Universidad de Concepción, al igual que las europeas, se propone no solamente formar profesionales en las

diversas ramas de los conocimientos, pues concede, también, especial importancia a las tareas de investigación científica que en Chile sólo ahora empiezan a desarrollarse.

Van pasados algunos años desde que se fundó el Instituto de Fisiología, instalado hoy día en un edificio de propiedad de la Universidad y que crece en prestigio bajo la dirección del sabio Dr. Alejandro Lipschütz; el Instituto de Biología funciona a cargo del distinguido profesor Dr. Ottmar Whilhelm que acaba de regresar de un viaje de estudio a las principales universidades de Alemania, Austria e Italia; el Instituto de Bacteriología es dirigido por el doctor Liborio Moraga; y el profesor Dr. Enrique Solervicens desempeña igual papel en el Instituto de Anatomía Macroscópica.

Actualmente se construye un gran edificio, con un valor de un millón trescientos mil pesos, sin incluir las instalaciones, para destinarlo al funcionamiento de los Institutos de Histología Normal y Anatomía Macroscópica.

La Universidad ha adoptado las normas de que los profesores de la Facultad de Medicina encargados

de la enseñanza de los ramos básicos dediquen todo su tiempo a las labores docentes y de investigación, sin ejercer su profesión de médicos, prefiriendo, en consecuencia, a aquellos especializados en los conocimientos que deben difundir entre los alumnos.

Dentro de este espíritu, encomendó al director de la Escuela de Medicina, Dr. Fischer Klein, que contratase en Europa dos especialistas, para que dirijan los Institutos en formación. Con mucho acierto cumplió esta misión el Dr. Klein, obteniendo que dos jóvenes sabios alemanes aceptasen trasladarse a Chile, a fin de ponerse al frente de estas dos nuevas secciones de la Universidad de Concepción. Son ellos los señores profesores Ernest Herzog y K. O. Henckel. Veamos, en cuatro palabras, cuál es la personalidad científica de cada uno de ellos.

El profesor Herzog nació en 1898 en Mannheim (Baden). Cursó sus estudios de Medicina en la Universidad de Heidelberg, y fué alumno de Braus, Kossel, Lenard, von Krehl y Ernst. Recibió su título en 1921, empezando a trabajar como ayudante del profesor Braus, en Heidelberg y en Wuerzburg. En 1923 ingresó como ayudante del Instituto Patológico de Heidelberg, dirigido a la sazón por el profesor Ernst. En 1925 se trasladó a Holanda, invitado por el Instituto de Embriología y de Histología del profesor Boeke, en Utrecht. En 1926 se trasladó a Nápoles, donde trabajó en la Estación de Zoología Experimental, y en el mismo año se

le nombró ayudante y prosector del Instituto Patológico de Mannheim, dirigido por el profesor Loeschke. En el año siguiente fué nombrado ayudante y prosector del Instituto Patológico de Erlangen, que era dirigido por los profesores Hauser y Kirch, y en el año 1928 fué honrado con el nombramiento de profesor del mismo importante centro de estudios.

Numerosas son las publicaciones científicas, que se refieren a las diferentes ramas de la Patología, debidas al profesor Herzog, sobresaliendo las que se refieren a la histopatología del sistema nervioso y muy especialmente a la del nervio simpático; otras sobre la histopatología del sistema nervioso vegetativo en el importante libro publicado por el profesor Müller; el mismo capítulo en la obra sobre patología especial, publicada por Lubarsch. Conocidos son, además, en Europa, sobre todo en Alemania, sus trabajos referentes a la tuberculosis pulmonar, lesiones de las arterias y tumores, transformaciones y reacciones de las células nerviosas sobrevivientes, cambios reversibles en las células, coloraciones vitales, y su obra sobre patología geográfica, con un estudio sobre la diferencia de patología en Europa y la Patología en Chile.

El profesor Herzog es miembro corresponsal científico del Instituto Cajal y Tello, de Madrid; del Instituto Boecke, de Utrecht; del Lawrentiew, de Moscú, y del Spielmeier, de Munich.

En Concepción hará las clases de anatomo-patología y dirigirá

el Instituto Anatómico-Patológico; desempeñará, además, las funciones de patólogo regional, dependiente del servicio de Patología de Santiago.

El profesor K. O. Henckel nació en 1899, en Estrasburgo. Tomó parte en la guerra, en el frente occidental. Estudió Medicina en su ciudad natal y en Friburgo, Praga y Munich, recibiendo en esa ciudad en 1922. Ingresó, en seguida, como ayudante a la Clínica Médica dirigida por el profesor Müller y perteneció después al Instituto Antropológico dirigido por el profesor Martin; al Instituto Psiquiátrico, del profesor Rüdín; al Instituto Anatómico de la Universidad de Friburgo, dirigido por el profesor E. Fischer. En 1926 se le concedió la «*venia legendi*», que lo autorizó para hacer clases, ingresando, de esta suerte, a las labores del profesorado.

Después de un viaje de estudio a Palestina y Egipto, fué nombrado profesor extraordinario, con cargo docente, de la Universidad de Friburgo.

Numerosos son los trabajos que ha publicado, en los cuales se evidencia su vasta preparación, todos ellos dados a conocer en alemán, francés e inglés, figurando, en primer término, sus investigaciones sobre la constitución del hombre, especialmente sobre su constitución y

predisposición para las enfermedades. En 1925 apareció su obra sobre la embriología comparada de los primates, en la cual llega a conclusiones importantísimas respecto al origen del hombre. Otras de sus publicaciones hablan de coloraciones vitales, micro-incerización, etc. En dos voluminosos tomos se hallan compendiadas sus investigaciones y estudios de histología pura, entre los cuales se destacan los que se refieren a los vertebrados chilenos.

El profesor K. O. Henckel desempeñará en la Universidad de Concepción el puesto de Director del Instituto de Histología Normal. Como el profesor señor Herzog, ha traído desde Europa una completa instalación y los elementos necesarios para continuar sus investigaciones en el magnífico edificio que se construye para el objeto indicado, contando con el personal necesario y con los laboratorios y facilidades exigidas para el desarrollo de sus labores científicas.

En resumen, puede decirse que se trata de dos distinguidos profesores, formados en el sabio ambiente de las Universidades europeas, bajo la dirección de prestigiosas eminencias de las ciencias médicas. La Universidad de Concepción, al crear los nuevos Institutos y al dotarlos de un espléndido local y de inteligente dirección, contribuye a impulsar la obra de investigación científica que hoy interesa y preocupa a todo el mundo del estudio.

DISPARATORIO

... Porque el profesor Senet, argentino, tiene ahora en 1930 cincuenta y dos años de edad.....

Nació Senet en San Martín de la provincia de Buenos Aires, el 29 de Marzo de 1872.—Prólogo de Rodolfo Tomás y Samper en *Origen y evolución de los sentimientos morales y religiosos*, por Rodolfo Senet. Pág. 5, Madrid, 1930.

—Bueno, niños, más continencia —amonesto, adoptando el aspecto de un abuelo con nietos barbudos y agrego:—En tiempos de Santa María y Balmaceda había más decencia; recuerdo mis años mozos cuando vivía con la querida de un Ministro, y ésta ya cincuentona me decía: «En tiempos de Prat y O'Higgins había ¡más decencia...»—Juan Mansoulet: *Maromeros*. Pág. 93. Santiago, 1930.

Total de las inversiones hechas por los Estados Unidos en el mundo. Según estadística del Departamento de Comercio, ellas alcanzan a 7,477.735,000 de dólares. En Chile habría un capital invertido de 1,547.895,000 de dólares.

Washington, 24

Dicha cifra está repartida como sigue:

1,547.895,000 dólares en Sud América.

.....
El detalle de las inversiones en Sud América es el siguiente:

422.593,000 dólares en Chile.

Servicio cablegráfico mundial, etc. *El Mercurio*, Santiago, 25 de Noviembre de 1930.

El conjunto de los aparatos, que ocupan poco lugar, comprendido el montaje, cuesta cerca de 1,500 liras (210 pesos de nuestra moneda, más o menos).—Automovilismo. Ensayos de un nuevo tipo de carburante. *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 18 de Diciembre de 1930.

Cuando la dueña del hotel de Francia que no cabía por la puertecita en que vivían Arlarza y su socio, le anunció la visita a Diego, éste no se movió.

.....
Aquellos recuerdos le había quedado bien grabados. Los utilizó para hacer una crónica festiva sobre «El llamado de la selva», de Jack London, el insigne humorista norteamericano.—Ramón Valenzuela Matte: *El error de Adriano*, Santiago, 1930. Págs. 13 y 78, respectivamente.

Además, como ha dicho Gabriela

1930
1877
—
58

Mistral, la embriaguez del viaje aumenta por años, y en el 2000 se señalará como a un albino a aquel que no lleve en el cuerpo el olor de sus cuatro Continentes.—Renato Valenzuela: Navegando hacia Nueva York. *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 18 de Diciembre de 1930.

Politeama.—Portal Edwards. Especial: Guardia nocturna (sonora), por Billie Dove.

Noche: despedida del doctor Javier, con la resurrección del muerto vivo.—Los espectáculos de hoy. *El Mercurio*, Santiago, 2 de Diciembre de 1930.

De la Facultad de Biología depende el Instituto Pedagógico.—Hoy cumple 88 años la Universidad de Chile. *El Diario Ilustrado*, 19 de Noviembre de 1930.

En este breve volumen hallamos un panorama completo de la vida de Darío en Chile, rectificando algunas fechas equivocadas en obras de otros autores y poniendo en su verdadero lugar algunos hechos cambiados aún por el mismo poeta, como aquel del artículo sobre don Miguel Luis Amunátegui, publicado por Darío en un diario centroamericano, y que él en sus Memorias afirma haber escrito, a petición del director de *El Mercurio*, momento después de haber desembarcado en Valparaíso.—Paradox: Crónica literaria. *Letras*, Santiago, N.º 25, Octubre de 1930. Pág. 20.

El acuerdo de 1900 de la Argentina, el Brasil y Chile (los Estados A B C) parece ser que fué reforzado por el tratado de arbitraje obligatorio de 1915.—G. Bessedowsky: *Al servicio de los Soviets. Memorias de un diplomático soviético*. Pág. 222. Barcelona, 1930.

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA.

La dirección de *Atenea* invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones ibero-americanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.

La encuesta estará abierta por el presente año.

Atenea cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan dentro de la interrelación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieran este afán serían pueblos agonizantes aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos y estamos seguros de que los hombres de cultura espi-

ritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y las reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir las respuestas a la Secretaría de *Atenea*, Concepción, Chile.

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente.

INDICE DEL TOMO XIV, 2.º SEMESTRE DE 1930

A

AGUILAR VIDAL (Oscar).
Don Diego Barros Arana. 68-386 y 69-625 (1).

ALDAO (hijo) (Martín).
Ver: Salomón Wapnir.

ALFA
Crónica de espectáculos. Maurice Chevalier y Al Jolson. 66-106.

ALFA
Crónica de espectáculos. El Teatro Real. Berta Singermann. 67-270.

ALFA
Crónica de espectáculos. El Teatro Municipal. 69-704.

ALFA
Crónica de espectáculos. Suma y sigue. 70-877.

ALONE
Una lectura incitante. 66-86.

ALONE
Ver: Abel Valdés A.

AMUNÁTEGUI SOLAR (Domingo)
Ver: Ricardo A. Latcham.

(1) La primera cifra indica el número de la Revista, la segunda la página en que aparece el trabajo.

ANDREIEF (Leonidas)
Ver: Máximo Gorki.

ARAMBURU (Julio)
Ver: Salomón Wapnir.

ARIEL
Las revistas. 66-144, 67-300, 68-527, 69-736 y 70-889.

ARIJA, JULIO
Ver: M. R.

ASTRANA MARÍN (Luis)
Ver: Raúl Silva Castro.

AZORÍN
Ver: Roberto Meza Fuentes.

B

BALLIVIAN CALDERÓN (René)
Al margen de la revolución boliviana. 66-94.

BARCIA TRELLES (Camilo)
Las raíces remotas del sedicente Derecho Internacional Americano. Fernando Vázquez de Menchaca (1512-1569). 68-402.

BARTH (Paul)
Ver: Abel Valdés A.

BARRENECHEA (Julio)
Ver: Abel Valdés A.

BARROS ARANA (Diego)
Ver: Oscar Aguilar Vidal.

BELLO (Andrés)
Ver: Rodolfo Oroz.

BERNDORFF (H. R.)
Ver: F. Ortúzar Vial.

BERTRAND (Luis)
Ver: Abel Valdés A.

BLANCO FOMBONA (Rufino)
Ver: Roberto Meza Fuentes.

BOLÍVAR

Ver Domingo Melfi.

Id.
Ver: Manuel Ugarte.

BORGES (Jorge Luis)
Ver: Salomón Wapnir.

BRUNET (Marta)
Plaza de Mercado. 66-5.

BUENDÍA (Rogelio)
Ver: Abel Valdés A.

C

CABRERA MÉNDEZ (Rafael)
Atisbo del matriarcado. 68-354.

CABRERA MÉNDEZ (R.)
Confesiones del tiempo. 69-688.

CARRERA ANDRADE (Jorge)
Ver: Abel Valdés A.

CARRIEGO (Evaristo)
Ver: Salomón Wapnir.

CASAS (Enrique)
Ver: Manuel Rojas.

CIGES APARICIO (M.)
Ver: Abel Valdés A.

COSTA (Joaquín)
Ver: Abel Valdés A.

CH

CHABÁS (Juan)
Ver: Abel Valdés A.

CHACEL (Rosa)
Ver: Abel Valdés A.

CHEVALIER (Maurice)
Ver: Alfa.

D

DAIREAUX (Max)
A propósito del «Panorama de la literatura Hispano-Americana». 69-655.

Id.
Ver: Raúl Silva Castro.

DEAMBROSIS MARTINS (Carlos)
Mirando hacia la otra Europa. La capitulación de un régimen. 67-258.

Id.
El Conde Keyserling en la Sorbona. 69-673.

DÉLANO (Luis Enrique)
Una carta sobre d'Halmar. 66-89.

DELONEY (Thomas)
Ver: Guillermo Gandarillas M.

DÍAZ ARRIETA (Hernán)
Ver: ALONE.

DORGELÈS (Roland)
Ver: M. R.

DUHAMEL (Georges)
Ver: Jaime Torres Bodet: Crítica de la vida futura.

E

ECHAGÜE (Juan Pablo)
Ver: Roberto Meza Fuentes.

ESPINOSA (Januario)
El árabe que hablamos. 69-667.

F

FALGAIROLLE (Adolphe de)
La literatura francesa de mañana. 70-874.

FEDIN (Constantino)
Ver: Manuel Rojas.

G

GALANTE (Hipólito)

Ver: Ramón Mondría.

GANA (Federico)

En capilla. 67-155.

GANDARILLAS M. (Guillermo)

Los orígenes de la novela inglesa.
Thomas Deloney y su obra. 70-868.

GARCÍA CALDERÓN (Francisco)

El espíritu de la nueva Suiza.
66-69.

Id.

Eugenio Garzón, profesor de Concordia. 67-261.

Id.

Una posición crítica. 68-464.

GARZÓN (Esteban F.)

Ver: Abel Valdés A.

GARZÓN (Eugenio)

Ver: Francisco García Calderón.

GIDE (André)

Ver: Thomas Mann.

GOETHE

Ver: Romain Rolland.

GOLD (Michael)

Ver: M. R.

GONZÁLEZ (A. Anselmo)

Ver: M. R.

GONZÁLEZ RUANO (César)

Ver: Ricardo A. Latcham.

GORKI (Máximo)

Recuerdos de Leonidas Andreief.
68-452.

H

HALMAR (Augusto d')

Una crónica anacrónica. 69-570.

Id.

Ver: Luis Enrique Délano.

HAYA DE LA TORRE

La emoción de la técnica. 67-240.

Id.

En torno a la política europea.
69-663.

HENTING (Hans von)

Ver: Abel Valdés A.

HESNARD (A.)

Ver: M. R.

HUIDOBRO (Vicente).

Ver: Roberto Meza Fuentes.

HUIZINGA (J.)

Ver: R. C. M.

HUNT (Frazier)

En el paraíso soviético. 66-80.

I

IRIS

Ver: Abel Valdés A.

ISTRATI (Panait)

Ver: M. R.

J

JARNÉS (Benjamín)

Ver: F. Ortúzar Vial.
Ver: Abel Valdés A.

JOLSON (Al)

Ver: Alfa.

K

KEYSERLING

Ver: Carlos Deambrosis-Martins.

Ver: Domingo Melfi.

KRARUP DE GÓMEZ-MILLAS (M.)

Una campaña de opinión en Inglaterra (1850-1914). 68-458.

L

- LACRETEELE (Jacques de)
Ver: Abel Valdés A.
- LATCHAM (Ricardo A.)
Interpretación de Maquiavelo.
La obra. 66-46.
- Id.
Las novelas de Januario Espinosa. 66-75.
- Id.
Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno, por César González Ruano. 67-275.
- Id.
Sangre en el Trópico, por Hernán Robleto. 67-285.
- Id.
Rosas y la posteridad. 68-484.
- Id.
Babbitt, por Sinclair Lewis. 68-505.
- Id.
Los próceres de la Independencia de Chile, por Domingo Amunátegui Solar. 69-728.
- LATCHAM (Ricardo E.)
Los orígenes del hombre americano. 67-194.
- LATORRE (Mariano)
Marimán y el cazador de hombres. 68-327.
- Id.
El sentido de la naturaleza en la poesía chilena. 69-599 y 70-832.
- LEDESMA MIRANDA
Ver: Raúl Silva Castro.
- LEWIS (Sinclair)
Ver: Ricardo A. Latcham.
- LORD JIM
Trilogie. Poème en prose. 67-180.

M

- MAETERLINCK (Mauricio)
Ver: Abel Valdés A.
- MANN (Thomas)
Ensayo sobre André Gide. 70-751.
- MARIÁTEGUI
Ver: Roberto Meza Fuentes.
- MAURIAC (François)
Ver: Abel Valdés A.
- MELFI (Domingo)
Panorama universal. Sobre algunas declaraciones de Keyserling. 66-58.
- Id.
Panorama universal. El Drama peruano. El drama argentino. 67-232.
- Id.
Portales. 69-537.
- Id.
El centenario de Bolívar. 70-850.
- MEREJKOWSKY (Dimitri)
Ver: F. Ortúzar Vial.
- MEYERSON
Ver: Humberto Parodi Alister.
- MEZA FUENTES (Roberto)
«Nuevos retratos», por José María Salaverría. 66-100.
- Id.
Motivos y letras de España, por Rufino Blanco Fombona. 66-110.
- Id.
Letras francesas y Paroles argentines, por Juan Pablo Echagüe. 66-113.
- Id.
Mío Cid Campeador, por Vicente Huidobro. 66-120.

- Id.
Angelita, por Azorín. 66-135.
- Id.
Dos discursos y dos artículos,
por Miguel de Unamuno. 66-138.
- Id.
Mariátegui, por Eugenio Orre-
go Vicuña. 67-280.
- Id.
Stadium, por Ramón Feria. 67-
292.
- MOLINA (Enrique)
El problema de la educación se-
cundaria. 66-35.
- Id.
Recuerdos de un viaje a la Ha-
bana. 68-311.
- MONDRÍA (Ramón).
Andina, poemas de latinos, por
Hipólito Galante. 68-510.
- M. R.
El puente de San Luis Rey, por
Thornton Wilder. 66-128.
- Id.
Historias que parecen cuentos,
por Gonzalo de Reparaz. 66-134.
- Id.
Cruces y muertos (Les croix de
bois), por Roland Dorgelès. 67-
290.
- Id.
*La Guinea española y sus rique-
zas*, por Julio Arija. 67-298.
- Id.
Los hombres en la cárcel, por
Víctor Serge. 68-509.
- Id.
Rusia al desnudo, por Panait
Istrait. 68-519.
- Id.
Psicología homosexual, por el
Dr. A. Hesnard. 69-723.

- Id.
*Nacimiento y evolución de la in-
teligencia*, por A. Anselmo Gonzá-
lez. 70-882.
- Id.
Judíos sin dinero, por Michael
Gold. 70-886.
- Id.
Vieja y nueva moral sexual.
por Bertrand Russell. 70-887.
- MUELLER (A.)
Ver: Parvulus.

N

- NEMIROSKY (Irene)
Ver: Manuel Rojas.
- NERUDA (Pablo)
Colección nocturna. 66-31.
- NICOLAY (M. de)
Privilegios de la ópera rusa. 69-
691.

O

- O'NEILL (Eugenio).
Luna de las Antillas. 70-808.
- OROZ (Rodolfo)
Andrés Bello como filólogo 70-
794.
- ORTÚZAR VIAL (F.)
Teoría del zumbel, por Benjamín
Jarnés. 66-133.
- Id.
Al margen de un libro reciente
67-252.
- Id.
Cosas de la mala vida. 69-643.
- Id.
La viuda del conventillo, por Al-
berto Romero. 69-707.
- Id.
*Paradoja sobre las clases sociales
en la literatura*, por Raúl Silva Cas-

tro. *Acerca de la literatura chilena*, por Manuel Rojas. 69-720.

Id. *Napoleón el hombre*, por Dimi-
tri Merejkowsky. 69-724.

Id. *Espionaje*, por H. R. Berndorff.
69-725.

ORREGO VICUÑA (Eugenio)
Ver: Roberto Meza Fuentes.

OVALLE (Alonso de)
Ver: Eduardo Solar Correa.

P

PAPINI (Juan)
Ver: R. C. M.

PARODI ALISTER (Humberto)
La epistemología de Meyerson.
70-780.

PARVULUS
*Das Genossenschaftswesen in
Deutschland*, por W. Wygodzinski y
A. Mueller. 69-725.

PEDREIRA (Antonio S.)
Ver: Raúl Silva Castro.

PÉREZ (Luis Ignacio)
Ver: Raúl Silva Castro.

PETIT (Magdalena)
Reflexiones. 66-23.

PICÓN SALAS (Mariano)
Literatura y actitud americana.
67-264.

Id. Realismo y cultura en Hispano-
América. 70-763.

PORTAL (Magda)
Hacia nuestro propio conocimien-
to. Apuntes para una interpreta-
ción americanista. 68-438.

PORTALES (Diego)
Ver: Domingo Melfi.

PRÉNDEZ SALDÍAS (Carlos)
Ver: F. Santiván.

R

R. C. M.
Los operarios de la viña, por
Juan Papini. 68-514.

Id. *El otoño de la Edad Media*, por
J. Huizinga. 68-521.

REPARAZ (Gonzalo de)
Ver: M. R.

ROBLETO (Hernán)
Ver: Ricardo A. Latcham.

ROHDE (Jorge Max)
Ver: Salomón Wapnir.

ROJAS (Manuel)
Divagaciones alrededor de la
poesía. III. El poema. Tiempo de
gestación y creación. 66-64.

Id. *Las escuelas nuevas inglesas*, por
Margarita Comas. 66-125.

Id. Divagaciones alrededor de la
poesía. IV. Poema y cultura. 67-
243.

Id. *David Golder*, por Irene Nemi-
rovsky. 67-288.

Id. *Acerca de la literatura chilena*.
68-418.

Id. Divagaciones alrededor de la poe-
sía. V. La poesía de hoy. 69-676.

Id. *Los hermanos*, por Constantino
Fedin. 69-711.

Id. *El origen del pudor*, por Enrique
Casas. 69-722.

ID.
Divagaciones alrededor de la poesía. VI. La poesía de hoy. Sus formas. 70-859.

ID.
Ver: F. Ortúzar Vial.

ID.
Ver: Premio Literario de la Universidad de Concepción. 68-499.

ROLLAND (Romain)
Otros aspectos de Goethe. 68-491 y 69-698.

ROMERO (Alberto)
Don Manuel, por Luis Alberto Sánchez. 67-273.

ID.
Ver: F. Ortúzar Vial.

ROSAS (Juan Manuel de)
Ver: Ricardo A. Latcham.

RUSSELL (Bertrand)
Ver: M. R.

S

SALAVERRÍA (José María)
Ver: Roberto Meza Fuentes.

SÁNCHEZ (Luis Alberto)
Ver: Alberto Romero.

SANTIVÁN (F.)
Cielo extranjero, poemas de Carlos Préndez Saldías. 69-714.

SCHOSTAKOWSKY (Paul)
Europa y Rusia. El occidentalismo y el rusismo, las dos corrientes principales de la cultura rusa. 67-161 y 69-579.

SÉBASTIEN (Robert)
Ver: Raúl Silva Castro.

SEOANE (Manuel A.)
Relieve materialista de Hugo Wast. 67-248.

ID.
Sobre las revoluciones de Argentina, Perú y Bolivia. 69-681.

SERGE (Víctor)
Ver: M. R.

SILVA CASTRO (Raúl)
La madurez en la literatura. 66-71.

ID.
Antes del Mediodía, por Ledesma Miranda. 66-127.

ID.
Maran Atha, por Luis Ignacio Pérez. 66-131.

ID.
Paradoja sobre las clases sociales en la literatura 67-214.

ID.
Mis veinticinco libros. 68-375.

ID.
El cortejo de Minerva, por Luis Astrana Marín. 68-522.

ID.
Aristas, ensayos, por Antonio S. Pedreira. 68-524.

ID.
Rencontres, por Robert Sébastien y Wsevolod de Vogt. 68-525.

ID.
Más sobre el «Panorama» de Daireaux. 69-659.

ID.
Barula, por Carlos Vattier Bañados. 69-708.

ID.
Ver: F. Ortúzar Vial.

SINGERMAN BERTA.
Ver: Alfa.

SOLAR CORREA (Eduardo)
Un gran poeta en prosa. Alonso de Ovalle (1601-1651). 66-12 y 67-183.

T

TOLSTOY (León)

Ver: Abel Valdés A.: Un romance extraño.

TORRES BODET (Jaime)

Lección de cosas. 66-41.

ID.

Crítica de la vida futura. 68-476.

U

UGARTE (Manuel)

La vida de Bolívar. 69-694.

ID.

Nuestras escritoras de hoy. 70-864.

UNAMUNO (Miguel)

Ver: Ricardo A. Latcham.

Ver: Roberto Meza Fuentes.

V

VALDÉS A. (ABEL)

Guía de jardines, por Rogelio Buendía. 66-118.

ID.

Estación. Ida y vuelta, por Rosa Chacel. 66-129.

ID.

San Agustín, por Luis Bertrand. 67-279.

ID.

Joaquín Costa. El gran fracasado, por M. Ciges Aparicio. 67-282

ID.

El pájaro azul, por Mauricio Maeterlinck. 67-291.

ID.

Antología de la poesía mejicana moderna, editada por Jorge Cuesta. 67-295.

ID.

Un romance extraño. 68-467.

ID.

Cuando mi tierra nació. Atardecer, por Iris. 68-501.

ID.

Un gorrión borracho, por Esteban F. Garzón. 68-504.

ID.

Robespierre, por Hans von Henning. 68-515.

ID.

Portales íntimo, por Alone. 68-518.

ID.

Viviana y Merlín, por Benjamín Jarnés. 69-709.

ID.

Agor sin fin, por Juan Chabás. 69-712.

ID.

El mitin de la mariposas, por Julio Barrenechea. 69-718.

ID.

Aparté, por Jacques de Lacrete. 69-721.

ID.

Los estoicos, por Paul Barth. 70-880.

ID.

Examen de una conciencia moderna, por François Mauriac. 70-882.

ID.

Boletines de mar y tierra, por Jorge Carrera Andrade. 70-884.

VARAS CALVO (J. M.)

Somera revista militar a algunas novelas de la guerra. 68-444.

VASCONCELOS (José)

Las dos hermanas de Tunja. 70-853.

VATTIER BAÑADOS (Carlos)

Ver: Raúl Silva Castro.

VOGT (Wsevolod de)
Ver: Raúl Silva Castro.

Disparatorio. 66-153, 68-534,
69-748 y 70-897.

W

WAPNIR (Salomón)
Némesis, por Jorge Max Rohde.
69-731.

Encuesta acerca de la indepen-
dencia económica de la América
Española. 66-155, 67-308, 69-
749 y 70-899.

Id.
Recuerdos de la infancia, por Ju-
lio Aramburu. 69-732.

Errata. 68-535.

Notas y documentos. Activida-
des universitarias. Departamento
de extensión. 66-109.

Id.
El destino de Irene Aguirre, por
Martín Aldao (hijo). 69-733.

Id.
Premio literario de Universidad
de Concepción. 68-499.

Id.
Evaristo Carriego, por Jorge Luis
Borges. 69-734.

Id.
Sobre una crítica literaria. Car-
ta del Dr. Hipólito Galante; Ré-
plica de don Ramón Mondría.
69-743.

WAST (Hugo)
Ver: Manuel A. Seoane.

Id.
Investigación científica en la Uni-
versidad de Concepción. 70-894.

WILDER (Thornton)
Ver: M. R.

WYGODZINSKI (W.)
Ver: Parvulus.

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina — Luis D. Cruz
Ocampo — Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro — Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

| | |
|--|---|
| Un año..... | \$ 16.00 |
| Un semestre (cinco números).... | 9.00 |
| A provincias, recargo de..... | 4.00 |
| Suscripción al extranjero (sólo anual) | 3 dólares o su equivalente, según el país. |

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Biblioteca Nacional.

En sus próximos números la revista

ATENEA

publicará trabajos originales y exclusivos de los siguientes escritores nacionales y extranjeros:

Adolfo Mayer, profesor de Filosofía en la Universidad de Hamburgo; Mariano Picón Salas; Paul Schostakowsky, autor de "El Calvario Ruso"; Gonzalo de Reparaz; Eugenio O'Neill; Dr. Carlos Keller R.; Lidia Santelices V.; Ricardo A. Latcham, autor de "Escalpo"; Manuel Rojas, autor de "El delincuente", premio de literatura de 1929.

TRES ENSAYOS DE VERDADERO INTERES

- 1.º «La inquietud de nuestros tiempos», por Gulielmo Ferrero, autor de «La Grandeza y la Decadencia del Imperio Romano».
- 2.º «Análisis del matrimonio moderno», por Jonh Middleton Murry y Dr. James Carruthers Young.
- 3.º «La decadencia de los pueblos a la luz de la Biología», por Prof. E. Baur, Director del Instituto «Emperador Guillermo», para investigaciones Genéticas y Profesor de Genética en la Universidad Agronómica de Berlín.

ESTA EN VENTA EN TODAS LAS LIBRE-
RIAS EL NUMERO DE NOVIEMBRE DE
ESTA PUBLICACION MENSUAL

PRECIO \$ 1.00

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación única en su género destinada a informar a educadores, directores sociales, etc. sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia -ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos argentinos 10,80; pesos chilenos, 32.

